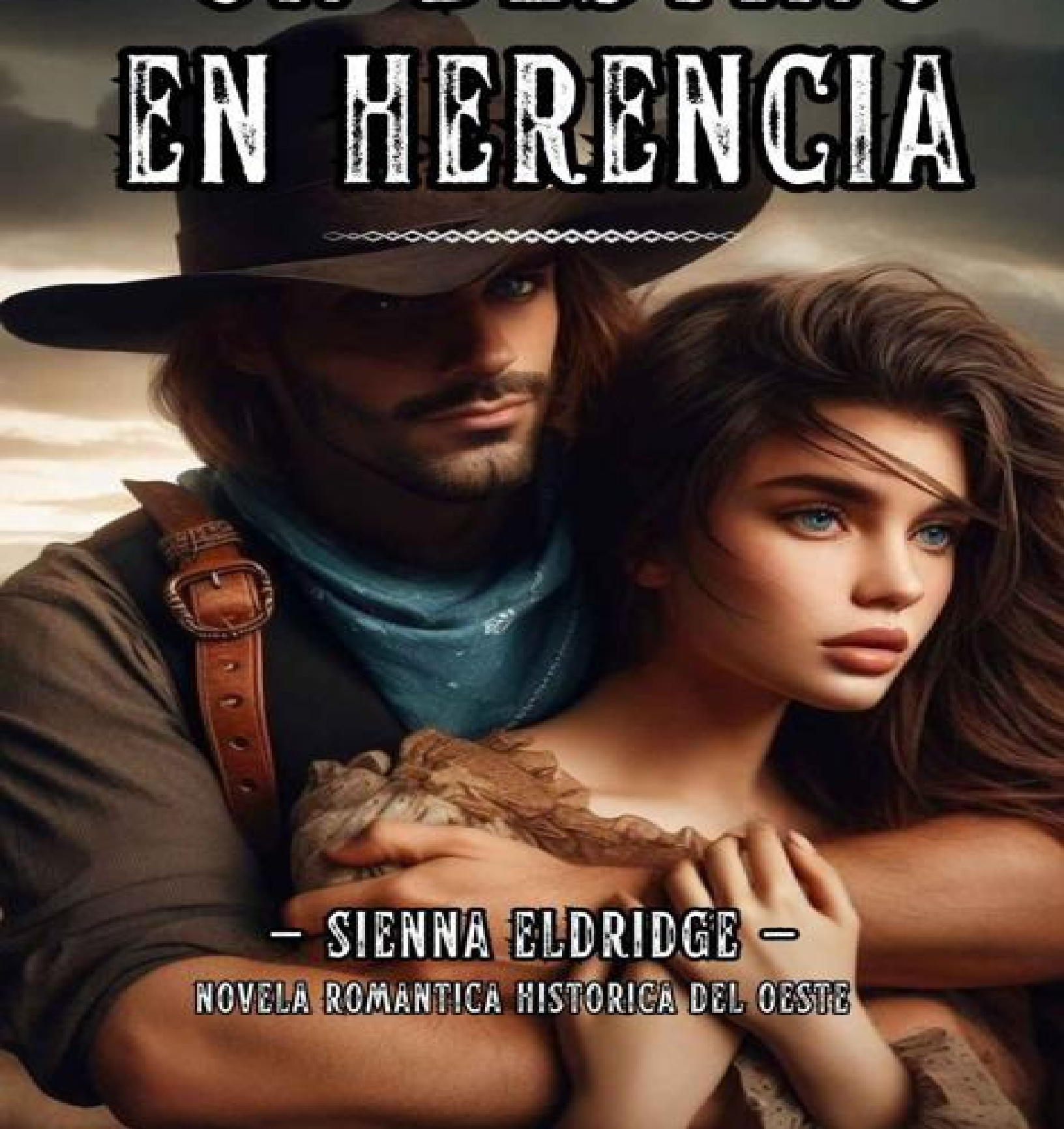


UN DESTINO EN HERENCIA



— SIENNA ELDRIDGE —

NOVELA ROMANTICA HISTORICA DEL OESTE

SIENNA ELDRIDGE

UN
DESTINO
EN
HERENCIA

**NOVELA ROMANTICA HISTORICA
DEL OESTE**

2024

COPYRIGHT © 2024

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación de audio o cualquier otro medio electrónico o mecánico, sin permiso escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y para otros usos no comerciales permitidos por la ley de propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción.

Todas las referencias a personas, lugares y acontecimientos reales son pura coincidencia.

Dedicado a mis padres

Para contactos y sugerencias
sienna.eldridge.author@gmail.com

- Índice -

- CAPÍTULO 1-

TIERRA NUEVA

- CAPÍTULO 2 -

EL POLLUELO DEL ÁGUILA

- CAPÍTULO 3 -

MARCAS EN DISPUTA

- CAPÍTULO 4 -

MOLLY DOWNS, LA GUARDIANA

- CAPÍTULO 5 -

CON LAS CARTAS SOBRE LA MESA

- CAPÍTULO 6 -

COLINGA TIENTA A LA SUERTE

- CAPÍTULO 7 -

UNA INCURSIÓN DE MEDIANOCHE

- CAPÍTULO 8 -

LA INCURSIÓN DE COBURN

- CAPÍTULO 9 -

CORAZONES HAMBRIENTOS

- EPILOGO -

ACERCA DE LA AUTORA

— CAPÍTULO 1—

TIERRA NUEVA

El trote sostenido de los tres caballos se detuvo en la cima de la vasta meseta que se alzaba como una gran isla plana sobre el abismo rojo y hostil del Desierto de Durango, para luego extenderse hacia el norte en poderosas ondulaciones hasta perderse en las verdes laderas boscosas de las Montañas Cobalt.

El sendero que subía desde el desierto había sido escarpado, tortuoso y traicionero, y ahora que lo habían dejado atrás, los animales, aún jadeantes por el esfuerzo, parecían relajarse con la satisfacción de quienes han completado una escalada peligrosa pero enfrentada con tenacidad.

La figura solitaria, que cabalgaba en el caballo delantero y guiaba a los dos animales de carga con una sola rienda, también pareció relajarse y volvió la vista, que brillaba de alegría, hacia las lejanas pero prometedoras laderas, que yacían inmóviles, fascinantes y encantadas bajo el sol resplandeciente.

Había soñado con las Montañas Cobalt durante todo el mes, día y noche, y ahora que las veía por primera vez, no se sentía en absoluto decepcionada. Al estar frente a su majestuosidad, las tórridas y agotadoras millas del viaje por el desierto y el empinado ascenso hasta el borde de la meseta se desvanecían, barridas por el entusiasmo de los sueños futuros.

El viento levantó de repente su sombrero de ala ancha color arena, y su mano lo atrapó al vuelo, mientras la masa de lisos cabellos negro-azulados, elegantemente recogidos en una coleta, se agitaba y retorció en las ráfagas, como un estandarte en lo alto de una torre. La emoción encendió sus mejillas de un tono bermellón y, con la misma intensidad, hizo brillar el azul sorprendentemente límpido de sus ojos.

"¡Por fin hemos llegado, Buck! ", exclamó. "Esta noche acamparemos aquí y mañana estaremos en casa. ¡Piensa, Buck: no más polvo, rocas ni calor! No más agua turbia ni hierba amarga. ¡No veo la hora de estar allí!"

Su montura, un dócil castrado bayo de cuerpo macizo, giró perezosamente un ojo, sacudió las orejas un par de veces y resopló suavemente como si hubiera entendido y apenas concediera su aprobación. Estaba perfectamente dispuesto a tomarse su tiempo y descansar un poco. Pero el entusiasmo de su jinete no podía ser ignorado. Las riendas chasquearon y Buck avanzó obedientemente, con los animales de carga arrastrándose detrás.

A pesar del impacto directo del sol, el aire era muy diferente al del desierto. La mayor altitud de la meseta ayudaba, y había una brisa ligera y constante que descendía de las montañas Cobalt, trayendo consigo una fragancia particular. Incluso el apacible Buck pareció notar la diferencia y, sin darse cuenta, aceleró el trote.

Pasó media hora. El sol estaba descendiendo hacia el oeste, hundiéndose en el manto de la bruma neblinosa de las montañas lejanas, que se alzaban a más de cien millas de distancia. El primer bosque no estaba lejos ahora, tal vez a menos de una milla, y se podían distinguir los árboles individuales, gigantes oscuros y puntiagudos que competían en altura entre sí.

Quedaba una última ondulación de tierra yerma un poco más adelante, más alta y empinada que todas las demás, y en esta pendiente final los caballos avanzaban jadeando, acompañados por

los crujidos de la silla. Pero apenas llegaron a la cresta, la figura se levantó sobre los estribos para mirar más allá, y enseguida volvió a sentarse bruscamente y tiró de las riendas para detener a Buck.

Pareció dudar solo un momento antes de deslizarse de la silla, dejando las riendas sobre el cuello del animal. Dobló las piernas casi hasta arrodillarse en el suelo; luego se levantó un poco, mientras se quitaba nuevamente el sombrero. Al llegar a la cresta, se tumbó boca abajo, espiando a través de un arbusto de avena silvestre.

En la hondonada poco profunda que estaba enfrente, a poco más de cien metros de distancia, había tres hombres. Dos estaban de espaldas, mientras que el tercero parecía mirar en su dirección. Había algo en su postura que los hacía inquietantes. Estaban encorvados sobre las sillas, inclinados hacia adelante, con las miradas cruzadas e inmóviles. Los caballos de los dos de espaldas se movían lentamente, alejándose uno del otro, cuando de repente, con velocidad fulminante, el que cabalgaba solo espoleó a su corcel, haciéndolo encabritar y desaparecer al galope hacia el bosque, con el cuerpo encogido sobre la silla. A pesar de la rapidez del movimiento, uno de los otros dos fue aún más veloz. Levantó la mano y la mantuvo firme. Hubo un destello de fuego, un ruido sordo y apagado, y el jinete que huía fue derribado por el disparo, quedando tendido en el suelo como un montón informe de harapos polvorientos.

El recién llegado, que había permanecido oculto a un lado, contuvo la respiración durante un largo momento. El horror por el acto despiadado que acababa de presenciar le había helado la sangre en las venas, pero no pudo ignorar la repentina oleada de rabia incandescente que estaba incendiando cada fibra de su cuerpo. Vio a los otros dos jinetes lanzarse al galope hacia el bosque, donde el crepúsculo comenzaba a reunir densas sombras violetas. Sin pensarlo dos veces, se giró, corrió hacia Buck, agarró el rifle y, con la respiración entrecortada, volvió a la cima de la cresta. Los jinetes que huían estaban a punto de alcanzar el refugio, a pocos metros de distancia. Con rapidez, sus dedos insertaron un cartucho en el alojamiento, luego se arrodilló y apuntó lo mejor que pudo. El rifle se sacudió debido al retroceso y su grito de desafío resonó en el aire. Vio a uno de los caballos lejanos encabritarse casi hasta caer, pero luego el animal continuó su carrera. Y antes de que pudiera disparar de nuevo, ambos jinetes habían desaparecido en el bosque.

Inconsciente del peligro, el extraño se puso de pie y corrió hacia la hondonada en dirección al hombre caído, el rifle aún apretado en la mano. No creía que los otros dos jinetes, ahora a salvo en el bosque, pudieran regresar.

Y en efecto, así fue.

Tuvo entonces la oportunidad de llegar al lado de la víctima sin encontrarse con ningún peligro. Se arrodilló junto al hombre herido, dudando por un instante ante la vista de la mancha carmesí que se extendía rápidamente por su camisa. El pobre desgraciado estaba tendido en el suelo boca abajo, con los brazos y las piernas extendidos.

Lo primero que hizo fue girarlo de modo que pudiera respirar más fácilmente, suponiendo que aún pudiera hacerlo. El hombre mostraba un rostro juvenil marcado por la vida dura, endurecido y oscurecido por un profundo bronceado. El extraño intentó tomarle el pulso. No había pulso: el desgraciado estaba muerto. Era de esperarse, y aun así el improvisado socorrista retrocedió de un salto, con el rostro pálido y conmocionado. Un momento antes tenía ganas de lanzarse de cabeza al sueño de una nueva vida. Ahora su cabeza daba vueltas y una oleada de náuseas le atormentaba el estómago. Intentó ponerse de pie, pero le resultó difícil, y podría haberse desmayado si una voz áspera y grave no se lo hubiera impedido.

"¡Manos arriba! ¡Rápido! ¡Un solo movimiento en falso y te planto una bala entre los

omóplatos!"

Inconscientemente, el forastero hizo lo que el hombre le había ordenado, girándose luego lentamente para enfrentar la nueva amenaza. A unos diez metros de distancia, con la mano derecha apretando una enorme pistola negra apuntada con inquebrantable firmeza, un hombre de pelo gris y nariz aguileña, cuya mirada fría y sombría parecía herir más que una bala, permanecía inmóvil, recortado contra la luz del sol poniente.

"Él... él está muerto. Le han... le han disparado..."

La frase, balbuceada con voz entrecortada, casi como si la hubiera pronunciado una niña, llegó al viejo con la pistola, que inicialmente se puso rígido; luego dio unos pasos adelante y sus ojos, estrechados entre las arrugas, se abrieron de par en par al darse cuenta de quién tenía delante.

"¡Buen Dios!", exclamó. "¡Una mujer!"

Por un momento la pistola se desvió de la línea de mira, pero enseguida volvió a su posición original, firme e inamovible.

"¡Quédate donde estás!" gruñó el viejo. "No intentes trucos de ese tipo conmigo. Levántate y aléjate de ese rifle. ¡Rápido!"

De alguna manera, la chica logró dominar sus miembros temblorosos lo suficiente como para obedecer. Permaneció allí, mordiéndose los labios y cerrando los ojos con fuerza en un intento fútil de contener las lágrimas repentinas. Oyó el galope de otro caballo que se acercaba. Oyó la exclamación excitada de una nueva voz, una voz más aguda y joven que la otra.

"¡Papá! ¿Qué ha pasado? ¿Ese de ahí es Long Andy? ¿Está muerto?"

"Eso dice esta joven arpía que le disparó", gruñó el hombre mayor. "Estaba ahí encima de él y..."

Los ojos de la chica se abrieron de par en par, llameantes de indignación a través de la cortina de lágrimas.

"¡Yo no le disparé!" gritó con vehemencia. "¡Yo no lo maté!"

"Santo cielo..." murmuró el joven recién llegado, mirándola fijamente. Era alto, ágil, de hombros anchos, y con los mismos rasgos severos y afilados del hombre mayor.

Pero la chica continuó mirándolo desafiante. Entonces, el joven apartó la mirada de ella, dirigiéndose al hombre mayor: "¿Dices que ella le disparó?"

"No hay duda alguna, hijo. Hubo dos disparos, no muy distantes uno del otro. Yo estaba allá abajo, más allá de la curva de la pendiente. Subí con cautela, sin saber qué esperar. La vi correr hacia el pobre Andy, con el rifle listo para rematarlo en caso de que diera señales de vida. No me oyó llegar por detrás y así la desarmé. Pero no pensé que tenía delante a una mujer, no hasta que se dio la vuelta. No creía que una mujer pudiera hacer algo así."

Las lágrimas de la chica habían desaparecido. El azul de sus ojos se intensificó hasta volverse casi violeta. Una cálida oleada de ira la invadió. Golpeó el suelo con el pie.

"¡Ya les he dicho que yo no le disparé! ¡Fueron los otros dos! Ellos..."

"¡No me mientas!" gruñó el hombre mayor. "¿Dónde estarían esos otros dos? ¿De quién demonios hablas?", la increpó el viejo, con tono despectivo.

"Espera un momento, papá", lo interrumpió el joven. "Escuchemos lo que tiene que decir. Tal vez le debamos unas disculpas."

La postura de la chica se relajó, aunque solo un poco.

"Lo vi todo desde allá arriba. Estaba escondida detrás de un arbusto", dijo ella, señalando hacia la cresta. "Eran tres. Ese pobre hombre de ahí se enfrentaba a los otros dos, que tenían la espalda vuelta hacia mí. Se estaban separando, como para rodearlo. De repente, él espoleó su

caballo en una salida repentina y se lanzó hacia el bosque. Y esos dos le dispararon a sangre fría, por la espalda. Y luego... no sé cómo explicarlo, pero me invadió una rabia incontrolable. Entonces corrí a mi caballo y agarré el rifle. Cuando llegué a donde podía apuntar, los dos asesinos estaban corriendo hacia el bosque, como para entrar en él. Disparé una vez y creo que herí a uno de sus caballos, aunque el animal siguió adelante. Y finalmente corrí a ver si podía ayudar al hombre al que habían disparado.

Acababa de descubrir que estaba muerto cuando usted llegó. Eso es todo, y es la verdad."

El hombre mayor se rió sarcásticamente.

"Una bonita historia, pero poco creíble. Hijo, será mejor que..."

El joven levantó la mano.

"Cálmate, papá. Puedo averiguar si está diciendo la verdad. Dame solo un minuto."

El joven espoleó su caballo hacia adelante y comenzó a examinar el terreno en la luz que se desvanecía rápidamente. Pronto encontró las huellas donde los asesinos habían corrido hacia el bosque. Alcanzó la cresta de la pendiente y miró más allá. Luego volvió al punto donde yacía el cadáver y desmontó, inclinándose sobre el cuerpo para un examen minucioso. Cuando se enderezó, se quitó el sombrero y lo apoyó contra el pecho.

"Me disculpo en mi nombre y en el de mi padre, señorita", dijo con calma. "Papá, guarda esa pistola. Ha dicho la verdad. La pistola de Andy no está con él. Es la primera vez que lo veo sin ella. Y nunca habría huido de dos hombres en esta tierra, aunque lo hubieran amenazado con armas; no si su pistola hubiera estado en la funda. No entiendo exactamente qué ha pasado, pero estoy seguro de que la señora está del lado correcto. Su equipo está allá arriba, más allá de la cresta. Caballo de silla y dos animales de carga."

El viejo cedió a regañadientes, rumiando su desaprobación entre dientes:

"Tampoco me parece nada normal esto" refunfuñó. "¿Por qué una mujer, especialmente una joven y hermosa como esta chica, andaría sola por el país con un equipo de carga? Tal vez no cometió este asesinato, pero apuesto a que está tratando de cubrir las huellas de alguien más. ¡Debe haber habido un hombre con ella!"

"¡Tonterías!" bufó el joven. "¿No crees que sé leer las huellas mejor que eso? Estoy seguro de que nos ha dicho la verdad. ¡Usa la cabeza!"

Luego se volvió hacia la chica.

"Soy Liam Sanderson, y este es mi padre, conocido como "Eagle" (Águila) por quienes lo conocen. Te pido disculpas de nuevo por haber juzgado mal la situación."

Sus rasgos delgados y precisos se iluminaron con una sonrisa desarmante que ella correspondió espontáneamente.

"Encantada de conocerte", respondió ella con calma. "Me llamo Lana Carlyle y me dirijo a Thunder City. ¿Puedes decirme cuánto falta?"

"Demasiado para llegar esta noche" dijo Liam, escudriñando en una dirección. "Al menos doce millas, diría yo. Y a menos que conozcas los senderos, sería una locura intentarlo en la oscuridad."

"Me lo imaginaba", asintió Lana. "Tenía la intención de acampar por aquí esta noche en cuanto encontrara agua."

Liam Sanderson frunció el ceño.

"No es asunto mío, por supuesto. Pero esta zona no es precisamente segura para una chica sola que piensa acampar por aquí. Sería mejor que vinieras a casa con mi padre y conmigo. Estaríamos encantados de hospedarte. Hay un sendero fácil desde nuestro rancho hasta Thunder City y podrías reanudar tu viaje mañana."

Por una fracción de segundo, Lana estuvo a punto de aceptar la invitación de Liam. Luego sus ojos se posaron en su huraño padre que - estaba convencida - aún la miraba con sospecha, y su actitud se endureció.

"Gracias, pero estaré bien por mi cuenta. He estado sola durante casi un mes. Estoy acostumbrada, y tengo mi rifle conmigo. No le temo a nada."

El joven Sanderson decidió no insistir. Se encogió de hombros y se limitó a añadir:

"Si vas directo al bosque desde aquí, encontrarás un prado a unos trescientos metros cuesta arriba. Hay un manantial en la cima."

"Gracias de nuevo. Si no tienen más objeciones, iré a buscar mis caballos y me dirigiré allí. Quiero instalarme antes de que oscurezca."

Liam volvió a encogerse de hombros.

"De acuerdo. Por la mañana, si miras hacia el este desde el prado del manantial, verás una cresta bastante grande donde el bosque se aclara en la cima. Corre hacia el norte hasta la cadena montañosa principal. En la cima de esa cresta hay un sendero. Síguelo hasta llegar a la boca del Bear Creek Canyon. Gira al este allí y cruza el flanco de la cordillera durante unas dos millas y te encontrarás con el sendero regular del Quarter Circle S que lleva a la ciudad. Gira a la izquierda y no podrás perderte Thunder City."

"Muchas gracias. Y... adiós."

Lana tomó su rifle y subió la pendiente hacia sus caballos, que la esperaban pacientemente justo donde los había dejado. Había recuperado el control de sus nervios y se sentía nuevamente cómoda.

Aunque gran parte del entusiasmo que tenía poco antes se había desvanecido. Ese mundo vívido y encantador sobre el que había fantaseado hasta hace unos minutos había sido manchado por el toque de la muerte violenta, y un espectro sombrío parecía caminar junto a ella susurrándole algo desagradable al oído. Con el rostro serio, guardó el rifle en su funda y saltó a la silla. Poniendo a Buck al galope, volvió a bajar al barranco y se dirigió hacia el bosque.

A su derecha, oscuros en el crepúsculo violáceo, los dos Sanderson estaban junto al hombre muerto. Habían tomado el caballo de Long Andy y estaban izando al jinete fallecido a la silla. Volviéndose una vez más antes de entrar en el bosque, Lana los vio alejarse hacia el este, siguiendo el curso curvo del fatal barranco. Un momento después, se sumergió en la punzante oscuridad bajo los árboles.

Encontrar el prado del que le había hablado Liam fue sencillo, y el hocico sediento de Buck la condujo al manantial. Desmontó y se puso diligentemente a montar el campamento. Alforjas y sillas fueron colocadas en el suelo y los tres caballos fueron abrevados. Los animales de carga fueron luego atados a estacas en medio de la hierba exuberante bajo el manantial. Buck, en cambio, fue dejado libre, ya que siendo tan fiel como era, no se alejaría.

Había leña seca en abundancia y fue fácil para Lana conseguir una alegre fogata. Luego puso sobre el fuego su pequeña cafetera abollada y, mientras esperaba que se calentara, extendió la lona y las mantas. Cuando el café comenzó a burbujear, ya tenía el tocino chisporroteando en la sartén y una pequeña hogaza de pan de campo dorándose frente a la llama.

Comía lentamente y con gusto.

Pero al mismo tiempo, su mente estaba llena de pensamientos. Con el fuego crepitando tan vivo y alegremente frente a ella, el episodio del tiroteo parecía asumir una atmósfera de irrealdad. Todo estaba tan tranquilo ahora, tan inmóvil.

Tan distante de aquel feo asunto.

Alrededor del borde del prado, las imponentes coníferas se mecían al ritmo lento del viento nocturno. El aire era fresco, limpio y perfumado con el aliento de los árboles. Las estrellas centelleantes eran brillantes, cálidas y cercanas. El odio humano, los conflictos y toda la bajeza parecían finalmente lejanos.

Pero Lana no permitió que el encanto de la noche la engañara. Era demasiado astuta para caer en eso. Mientras lavaba los utensilios, frunció el ceño. Trató de recordar el aspecto de los dos asesinos, ya que se le había ocurrido denunciar el asunto a las autoridades en cuanto llegara a Thunder City.

Fue con consternación que se dio cuenta de que no podía identificar con certeza a ninguno de los dos hombres. Sus espaldas siempre habían estado vueltas hacia ella, y tal había sido la confusión de sus sentidos que no había notado ninguna característica identificativa de sus caballos, suponiendo que tales características existieran.

Era un verdadero rompecabezas para Lana saber tan poco del porqué y el cómo de todo este asunto. Ciertamente no se había divertido defendiéndose de la acusación de ser ella la asesina. Y por mucho que hubiera tratado de reprimirla, la ira volvió a arder en ella: ciertamente no era una buena señal que las primeras impresiones sobre el nuevo país que debía ser su hogar se hubieran roto desde el principio.

— CAPÍTULO 2 —

EL POLLUELO DEL ÁGUILA

Lana abrió los ojos al sol que le besaba el rostro. Permaneció acostada por un momento, mirando el cielo dorado, beatíficamente absorta. De repente, sin embargo, notó el crepitar del fuego y el aire denso y fragante de café y tocino chisporroteante. Sobresaltada, se incorporó y abrió los ojos de par en par por la sorpresa.

Acuclillado sobre el fuego, con un tenedor en la mano que giraba hábilmente el tocino, estaba nada menos que Liam Sanderson.

Aunque estaba de espaldas, lo reconoció al instante. Pero antes de que ella pudiera recuperar el aliento, Liam le habló.

"¡Buenos días, señorita Carlyle!", resonó un agradable acento arrastrado. "Le pido disculpas si me he tomado la libertad con su comida, pero si tiene la mitad del hambre que yo, me perdonará. ¿Cómo le gustan los huevos, enteros o revueltos?"

"¡¿Huevos?!", exclamó la joven sorprendida, tratando de dominar la confusión y el asombro. "Yo no tengo huevos en mi equipaje."

Vio cómo los anchos hombros del muchacho se sacudían mientras se reía entre dientes.

"Lo sé, los traje del rancho. Pensé que le podrían gustar. Y también he hecho un pastel de pollo que no está nada mal, si puedo decirlo."

La sorpresa de Lana dio paso a un sentimiento de indignación. ¿Desde cuándo ese tipo se paseaba con tanta confianza por su campamento? ¿Y con qué derecho se entrometía de esa manera? ¿Y por qué su tono era tan familiar?

"Más que de huevos y pasteles, me gustaría discutir sobre la costumbre que tienen en este país de tomarse tantas libertades con la propiedad ajena", replicó Lana, con un tono frío que pretendía apagar cualquier intento de confianza.

"Bueno", sonrió Liam, "aquí intentamos ser hospitalarios... más allá de las mejores formas de serlo o de las costumbres. Así que no desperdicie esta magnífica mañana frunciendo el ceño. Mis intenciones son las mejores del mundo. Simplemente pensé que estaría contenta de encontrar el desayuno caliente y listo cuando se despertara. ¿Qué le parece si come primero y luego decide cómo me he comportado? ¿Cómo ha dicho que le gustan los huevos?"

"No lo he dicho", espetó Lana. "Pero... uhm... si insiste... déjelos enteros."

Se deslizó fuera de las mantas y bostezó, se puso las botas y, con jabón y toalla sacados de las alforjas de la silla, se dirigió hacia el manantial. El agua estaba tan fría que le picaba la piel y su despertar la llenó de una sensación de bienestar tal que la ira y la indignación se disiparon en pocos minutos. Mientras se secaba el rostro con vigor, observó con cautela a aquel joven descarado que cocinaba no muy lejos de ella.

Apretó los labios en otro mohín: a regañadientes debía admitir que era agradable de mirar. Su rostro era particularmente hermoso. La precisión de su perfil le confería un aire de intensa y brillante virilidad, la mandíbula mostraba fuerza y una voluntad indomable. Era el rostro de un luchador, intrépido, inteligente y fuerte. Su piel estaba bronceada, de un denso color caoba. Llevaba una camisa de lana azul sobre unos vaqueros azules ligeramente polvorientos, por encima de los cuales llevaba atados unos chaparreras acampanados y desgastados. Sus botas

estaban provistas de espuelas que, sin embargo, aún estaban brillantes y puntiagudas: Lana le dio un punto a favor por eso; evidentemente este hombre amaba demasiado a los caballos como para espolearlos o castigarlos con algo tan desagradable como las espuelas.

Era alto de estatura, con hombros anchos y planos y las caderas estrechas de un jinete. Alrededor de esas caderas colgaba un cinturón provisto de cartuchos, y una pistola con la culata de nogal. Su pañuelo de cuello era de un tono neutro, su sombrero de ala ancha negro estaba empujado hacia atrás en la cabeza lo suficiente como para mostrar una melena de cabello castaño y rizado. Notó además que sus ojos eran grises, impecables, claros y penetrantes.

Lana estaba convencida de que no la estaba mirando en absoluto, y sin embargo, de repente Liam habló con una sonrisa irónica en los labios, y sus palabras hicieron que su corazón diera un vuelco y comenzara a latir con fuerza en su pecho.

"Espero realmente pasar su examen", dijo. "Pero le advierto que las apariencias pueden engañar. Soy arisco, terco y perezoso como un lirón."

"¿De verdad?", replicó Lana. "Y estoy bastante segura de que no me interesa en lo más mínimo."

"Error mío, entonces", se rió Liam. "En fin, que aproveche. El desayuno está listo."

Ninguno de los dos tenía problemas de apetito, y por eso comieron con gusto. Nadie habló hasta que la comida hubo terminado. Inmediatamente después, Liam lió un cigarrillo y lo fumó, disfrutando cada calada.

"Solo para explicarnos", comenzó a decir. "Después de llegar a casa anoche, mi padre y yo decidimos que no deberíamos dejarte correr el riesgo de acampar aquí sola, conociendo nosotros este país mejor que tú. Así que cogí una manta y esos huevos, y volví. Me acerqué lo suficiente como para distinguir el resplandor de tu fuego. Luego me instalé, sabiendo que si te hubieran creado problemas, habría tenido la oportunidad de intervenir inmediatamente. Esta mañana me acerqué un poco más tratando de no hacer ruido para no despertarte y empecé a preparar el desayuno. Quizás te he ofendido de alguna manera, pero créeme, no era mi intención."

Lana estaba convencida de que era sincero, pero se esforzó por mantener cierta indiferencia.

"No veo por qué has pensado que no era capaz de cuidar de mí misma", declaró. "No creo que hubiera nada que temer."

"Y yo no creo que tú creas lo que acabas de decir", replicó Liam. "Viste a un hombre asesinado a sangre fría apenas anoche. Esos dos cobardes que lo mataron son solo una parte de los maleantes que cabalgan por este país. Quién sabe qué podría haber pasado si alguno de ellos hubiera visto tu fuego. No estoy diciendo que no tengas agallas y determinación suficientes para cuidar de ti misma la mayor parte del tiempo, pero hay un límite para todo. Simplemente me sentía mucho más tranquilo sabiendo que estaba lo bastante cerca de ti como para ayudarte en caso de que tuvieras problemas."

En ese momento, Lana relajó las facciones de su rostro con una sonrisa. Sabía que Liam tenía razón.

"Escucha... Siento haber sido tan antipática", dijo, con un tono muy diferente al de antes. "Ha sido realmente muy amable y considerado de tu parte. Muchas gracias. Y, por cierto, ese desayuno estaba realmente bueno."

La sonrisa de respuesta de Liam fue inmediata.

"Así está mejor. Mucho mejor. Sabía que tenías algo de sentido común escondido por ahí", le guiñó un ojo. "Ahora quiero pedirte un favor. No es mucho para ti, pero lo es para mi padre y para mí. ¿Qué dices?"

"Depende, vaquero. Dame más detalles. ¿Cuál es ese favor?"

"Bueno... solo espero que no digas nada sobre el asesinato de anoche cuando llegues a Thunder City. De todos modos, no serviría de nada, y mi padre y yo podemos luchar nuestras propias batallas. Lo apreciaríamos mucho."

"Entiendo", dijo Lana, pensativa. "Crees que puedes manejar esto a tu manera, ¿verdad?"

"Creo que sí. Siempre lo hemos hecho."

"¿Y si descubres quién disparó? ¿Qué harías?"

Al instante siguiente, Lana se arrepintió de habérselo preguntado. Se quedó asombrada, desconcertada, casi asustada por la expresión que lo atravesó. En un instante, el sonriente y afable joven vaquero había desaparecido, y en su lugar había un hombre frío y severo en tono y actitud. Sus rasgos afilados se ensombrecieron con una sombra casi espectral que cruzó su rostro. Y sus ojos grises se convirtieron en dos chispas de luz glacial.

"No estoy seguro de que te gustaría saberlo", siseó Liam. "Long Andy era un buen hombre, honesto y leal. El culpable pagará por su muerte. Y eso me recuerda algo más que quiero preguntarte. ¿Reconocerías a alguno de esos dos asesinos si los vieras de nuevo?"

Lana negó con la cabeza. "No lo creo", respondió con seriedad. "Lo pensé anoche, antes de irme a dormir. Verás, ambos permanecieron de espaldas todo el tiempo y no había nada en sus caballos o en su equipo que pudiera recordar, excepto que parecían tener la piel oscura."

"Entiendo", murmuró el joven Sanderson mientras reflexionaba. "Sus caballos podrían haber sido bayos, castaños o ruanos azules, o podrían haber tenido una docena de tonos diferentes. Lo que significa que eran exactamente iguales a mil otros caballos. ¿No se pronunciaron palabras o nombres particulares?"

"No. Eso fue lo que lo hizo tan aterrador. Si se dijeron palabras, debió ser en voz baja. No pude oír nada. Siento no poder ayudarte más. No hay nada que me gustaría ver más que a esos dos tipos feos entregados a la justicia."

"Así será", declaró Liam. "Anoche dijiste que creías haber herido a uno de sus caballos."

"Sí, estoy segura de haberlo hecho. Cuando disparé, el animal se encabritó y pateó como si la bala lo hubiera alcanzado en algún lugar."

Liam se puso de pie. "Bueno, eso es algo. Daré una vuelta a ver si encuentro un caballo cojo. Ahora, supongo que estarás ansiosa por seguir tu camino. Lavaré estos platos y te ayudaré a empacar tus cosas."

Liam se sorprendió aún más cuando se trató de empacar. Había conocido a muchos hombres que entendían las complejidades de hacer un nudo de diamante, pero Lana Carlyle era la primera mujer que había visto hacerlo con tanta pericia. Sabía que ni siquiera él podría haberlo hecho mejor.

Esa cautivadora chica, con su brillante cabello negro y sus intensos ojos azules, se volvía cada vez más asombrosa e intrigante a cada momento. Era competente, hermosa y poseía un valor extraordinario para ser una mujer.

"Este equipo muestra mucho desgaste", arriesgó Liam. "¿Has recorrido mucho camino?"

"Desde Lee's Ferry."

Liam silbó mientras la miraba fijamente. "¿A través de las inhóspitas tierras de Wild Hoss y el Desierto de Durango?"

Ella asintió. "Estoy acostumbrada a las dificultades. He pasado por muchas."

Liam se quitó el sombrero. "Entonces tal vez no te importe que te diga que eres la chica más valiente y capaz que he tenido el privilegio de conocer."

Lana se sonrojó, pero no dijo nada mientras se acomodaba en la silla y tomaba las riendas.

Liam retrocedió un paso, con el sombrero todavía en la mano. "Entonces no me queda más que despedirme, señorita Carlyle. Sigue las instrucciones que te di anoche y no podrás equivocarte para llegar a Thunder City. Mi caballo está donde acampé. Pretendo encontrar el rastro de esos dos asesinos y seguirlo hasta donde pueda. Pero no tengo muchas esperanzas. Quizás heriste a ese caballo mejor de lo que pensabas y podría haber muerto en algún lugar del camino. De todos modos, echaré un vistazo. ¡Adiós!"

Thunder City no estaba a la altura de su nombre altisonante. Se encontraba en una larga pradera verdequeante, rodeada por todos lados por las cimas imponentes de las coníferas. Al este y al oeste, este bosque subía hasta rozar el contorno blanco de las nieves, por encima del cual se alzaban otros ochocientos metros de montaña, desnuda y escarpada en su mayor parte, pero coronada finalmente por hielos perpetuos. Estos picos, llamados East Cobalt y West Cobalt, eran las crestas principales de la cadena montañosa.

Al norte, una carretera principal salía de Thunder City. Serpenteaba en curvas perezosas a través del bosque, ascendiendo lentamente hasta el Paso del Trueno, desde donde descendía en zigzag y curvas cerradas hacia los pastos ondulados, conduciendo finalmente a la ciudad de Healy en el ferrocarril.

De Thunder City a Healy había unas cincuenta millas.

Había quizás una docena de personas cuando Lana Carlyle entró en la ciudad, y cada una de ellas se detuvo a mirar fijamente a aquella chica vivaz, que cabalgaba sola con sus dos caballos de carga. La mayoría de los espectadores eran hombres, vestidos con vaqueros, sombreros y botas con espuelas. Había también una mujer robusta y matronal de mediana edad, atrincherada en una destartada mecedora que oscilaba en el porche de una pequeña cabaña; fue a ella a quien Lana se dirigió para pedir información.

"Disculpe, señora, ¿podría decirme dónde puedo encontrar al juez Reynolds?", preguntó, sonriendo amablemente.

Recibió una sonrisa en respuesta, que era genuina y maternal.

"Por supuesto, querida. Imagino que lo encontrarás en su oficina. Es el tercer edificio a tu derecha. Si no está allí, pasa por la herrería. El juez y mi marido Jim discuten mucho de política."

"Gracias", le dijo Lana, y continuó, desmontando luego frente al edificio indicado. Era un edificio grande, destinado en su mayor parte a una tienda. Pero una pequeña esquina albergaba una oficina, sobre cuya puerta colgaba un cartel: "*Juez Thomas Reynolds. Abogado.*"

Lana llamó a la puerta y entró tras la invitación. Frente a un escritorio viejo y destartado estaba sentado un hombre pequeño, de complexión redonda, con el pelo blanco y el rostro sonrosado, con ojos brillantes y labios alegres. Cuando vio a Lana, se puso de pie de golpe, inclinándose.

"Me alegro de conocerla, señorita", gorjeó. "Soy el juez Reynolds. ¿Qué puedo hacer por usted?"

"Me llamo Lana Carlyle", dijo ella con calma.

"¡Ah!", exclamó el juez. "Me alegro de conocerla. ¿No quiere sentarse?"

Lana aceptó la silla ofrecida y colocó un paquete de cartas sobre el escritorio. "Naturalmente querrá pruebas", afirmó Lana. "Las encontrará ahí dentro."

El juez se colocó un par de gafas de estilo antiguo sobre la nariz y sumergió la nariz en los papeles. Durante diez minutos no se dijo una palabra. Luego levantó la mirada y asintió.

"No hay problema", dijo. "Estoy muy contento de que haya venido, señorita Carlyle. Ahora siento que he saldado mi deuda con su tío. Bert Mannering era un querido amigo mío. Pero había empezado a desesperar de poder encontrarla."

"Lo siento. Enseñaba en una pequeña escuela perdida en el norte de Arizona y encontré solo por pura casualidad el anuncio en un viejo periódico."

"Bueno, como se dice: más vale tarde que nunca", replicó el juez, frotándose las manos regordetas, con una sonrisa paternal. "Supongo que quiere tomar el control de la propiedad que ha heredado de inmediato."

"Sí, me gustaría. He recorrido un largo camino y me gustaría establecerme lo antes posible."

"Muy bien. Llevará algunos días completar el papeleo, pero no es necesario que espere hasta entonces. Cuando todo esté listo, le haré saber y podrá pasar en cualquier momento para cerrar el asunto. El rancho - *su rancho*, señorita Carlyle - se encuentra al sureste de la ciudad, a unas veinte millas de aquí. Es una herencia valiosa y con grandes promesas para el futuro. El nombre registrado por su tío es 'Bar C 88'. Supongo que querrá mantenerlo."

Lana asintió. "No veo razón para cambiarlo. Si fue bueno para el tío Bert, será igual de bueno para mí."

"Eso es lo que se llama sentido común", aprobó el juez. "Encontrará el rancho en buenas condiciones. Deuce Coburn, el capataz, es un hombre capaz y ha sido muy diligente en su papel desde la muerte de su tío."

Discutieron otros asuntos burocráticos durante casi una hora. Luego Lana agradeció al juez y se despidió.

Fuera de la oficina, dudó un momento, luego se dirigió hacia la puerta ancha y oscura de la tienda, teniendo algunas compras personales que hacer.

Un tipo se acercó y se cruzó en su camino; el paso del hombre era incierto. Evidentemente había bebido y sus ojos, inyectados en sangre y con las pupilas dilatadas, estaban fijos en Lana, que sintió un escalofrío de disgusto cuando los cruzó.

La chica aceleró el paso para alcanzar la puerta abierta. Pero el tipo borracho se le adelantó y le bloqueó el camino, tambaleándose de puntillas en el umbral de la tienda.

Una mueca de disgusto contorsionó sus facciones enrojecidas y sudorosas por el alcohol. Lana intentó escapar, pero él extendió una mano sucia y la agarró por el hombro.

"No tan rápido, dulzura", dijo escupiendo por la boca, a la que le faltaban algunos dientes. "No tan rápido. Déjame echarte al menos un vistazo. Maldita sea, si no eres una pequeña belleza. ¿Qué tal si me regalas una bonita sonrisa?"

Los ojos de Lana adquirieron un tono violeta y destellaron de rabia. Ya se había encontrado con borrachos que la habían importunado, pero ninguno se había atrevido a ponerle las manos encima. El contacto de aquel individuo le puso la piel de gallina. Intentó zafarse, pero en respuesta el agarre sobre su hombro se apretó. Y la sonrisa burlona del tipo se convirtió en una mueca furiosa.

"¿Así que... es eso, eh?", gruñó el hombre. "¿Crees que eres demasiado para hablar con Texas Jack, he acertado? ¡Te lo voy a enseñar! ¡Puedes apostar a que te lo voy a enseñar! ¡Por esto tendrás que darme al menos un beso! ¡O mejor dos! ¡Si no, puedes olvidarte de que te deje ir!"

El gesto de Lana fue instintivo: con la mano libre lo abofeteó, y tal era la fuerza de su bofetada que aquel feo individuo se tambaleó hacia atrás.

Sin embargo, su agarre sobre el hombro de Lana no se aflojó.

El hombre borracho maldijo y la arrastró hacia sí mientras ella luchaba frenéticamente,

pateando y debatiéndose.

Vagamente percibió el acercamiento de un caballo al galope, que recorría el camino. El animal se detuvo de golpe, la silla crujió y un instante después algo rápido y fuerte se interpuso entre Lana y el borracho que la molestaba. El impacto la lanzó contra la pared de la tienda, aturdida y desorientada.

Vio al borracho tambalearse uno o dos pasos, luego recuperar el equilibrio mientras vomitaba impropiedades. Pero sus gritos vulgares se interrumpieron con el golpe seco de un puñetazo bien asestado, tras el cual el borracho cayó al suelo tendido, en un montón inmóvil de miembros retorcidos. Sobre él se erguía la figura imponente de Liam Sanderson, el rostro una máscara fría e implacable, los ojos entrecerrados y brillantes de indignación.

"Debería dispararte mientras estás en el suelo, carroña", gruñó el joven Sanderson. "¡Y puedes jurar que lo haré la próxima vez que te encuentre! ¡Dios es mi testigo de que lo haré! De repente, este lugar me parece demasiado pequeño para los dos. Y me parece que el que tendrá que irse serás tú, Texas Jack."

Sin embargo, inmediatamente después, Liam pareció darse cuenta de que sus palabras eran en vano, porque aquel borracho al que había golpeado estaba inconsciente.

Entonces se enderezó y se volvió para mirar a Lana. "¿Te ha hecho daño?" preguntó mientras se quitaba el sombrero.

Ella negó con la cabeza. "No... no. Pero..." Aunque se había esforzado por reprimirlo, se estremeció.

"Te entiendo", dijo Liam. "Es un bruto asqueroso que lleva demasiado tiempo rondando por aquí. Me ocuparé de este pequeño asunto en cuanto se recupere."

El tono amenazante de las palabras de Liam tranquilizó a Lana.

"No pienses más en ello", respondió ella, más calmada. "Después de todo, no estaba en sus cabales. Era el alcohol el que hablaba por él."

"No del todo, me temo", espetó Liam. "Es solo un idiota apestoso y un inútil, ya sea borracho o sobrio. Es como el resto de esa tribu del Bar C 88. Digo yo que hay mucha limpieza que hacer en ese maldito lugar, y..."

"¿Quieres decir que trabaja para el Bar C 88?" lo interrumpió Lana.

"Sí. Pero desde hoy tendrán un hombre menos. En cuanto se ponga de pie, le daré su merecido. Solo le concederé una hora. Después de eso, si todavía anda por aquí... bueno..." dejó la frase a medias, y esto la hizo sonar siniestra.

Lana se puso ligeramente rígida. "¿Qué autoridad tienes sobre el Bar C 88?" preguntó.

"Ninguna... aparte de *esta*."

Dio una palmada en la culata de la pistola que colgaba de su muslo. "El coronel Colt es a veces un poderoso persuasor. Esta será una de esas veces en que se hará valer. Siempre pensé que Bert Mannering era un tipo bastante equilibrado, pero después de echar un vistazo a esa manada de coyotes que puso al frente de su rancho poco antes de morir, tuve que reconsiderarlo. No son aptos ni para pudrirse en el infierno, ninguno de ellos. Mannering debe haberse vuelto senil con la edad."

Los ojos de Lana volvieron a destellar de un violeta humeante. "Naturalmente, te agradezco lo que has hecho hace un momento", dijo la chica con frialdad, "pero me harías un favor si te guardases tus opiniones sobre mi difunto tío. En cuanto a él..." y señaló en dirección al tipo borracho, que empezaba a moverse de nuevo, "haré que lo despidan inmediatamente."

Esta vez fue Liam Sanderson quien se mostró sorprendido. La miró fijamente. "¡Santo cielo!",

exclamó. "¿Bert Mannering... tu tío?! ¡Entonces tú debes ser la heredera que el juez Reynolds lleva meses buscando!"

"¡Soy yo misma! ¡Esperando que eso no te resulte demasiado desagradable!"

"Pero... Pero..." balbuceó Liam, incapaz de decir más. "¡Santo cielo! No estarás pensando en hacerte cargo del rancho, ¿verdad?"

"Es exactamente lo que planeo hacer lo antes posible. ¿Tienes alguna objeción?"

"¿Alguna objeción? ¡Demonios! ¡Me llevaría todo el día explicarte cuántas cosas están mal con eso!"

"Para mí, no hay absolutamente nada malo," respondió Lana con firmeza. "El juez Reynolds me aseguró que mi título es completamente legítimo. El rancho es mío y tengo la intención de gestionarlo."

"Pero lo has entendido mal, Lana," insistió Liam, con un tono grave. "No cuestiono tu propiedad. Lo que digo es que no puedes ir sola. Alguien debe acompañarte, al menos otra mujer. El hecho es que..."

Lana negó con la cabeza. "Para tu información, ¡soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma! De nuevo, gracias por tu preocupación."

Hizo un gesto de despedida y se alejó, entrando en la tienda. Durante un largo momento, Liam se quedó mirándola fijamente. Luego, murmurando una maldición en voz baja, se giró para enfrentarse al borracho que había derribado. Texas Jack todavía estaba sentado, pero la vacuidad de su expresión comenzaba a desvanecerse. Manoseaba la pistola en su cinturón, pero Liam avanzó rápidamente y se la arrebató. Abrió el tambor del arma y dejó caer los cartuchos al suelo, luego la arrojó a los pies de su dueño.

"Tu tiempo aquí ha terminado, cobarde," gruñó Liam. "Este lugar está harto de ti. Tienes una hora para irte, ni un segundo más. Me quedaré en la ciudad todo ese tiempo. La próxima vez que nos encontremos, será una bala la que te golpee, no un puño. Ya te lo advertí."

Girando sobre sus talones, Liam se dirigió hacia la puerta de la oficina del juez Reynolds y entró sin llamar.

Texas Jack lo miró por un momento más, luego se levantó, sus piernas apenas sosteniéndolo, lo suficientemente sobrio para entender lo que había sucedido. Sus facciones se transformaron en una máscara de odio. Guardó la pistola en la funda, bajó perezosamente por la calle y montó un bronco, espoleando cruelmente al animal mientras salía de la ciudad.

El juez Reynolds levantó la vista al ver la entrada abrupta de Liam Sanderson, pero al reconocerlo, sonrió amablemente. "Buenos días, Liam. ¿Qué te trae por aquí?"

"He venido a decirte que deberías hacerte revisar la cabeza," dijo Liam secamente.

Los ojos alegres del juez brillaron.

"Gracias por la sugerencia. Siendo humano, es obvio que cometo errores. Y después de algunos particularmente graves, a menudo he pensado que sería buena idea hacerlo. Pero... eh... ¿qué es lo específico que no va bien con mi cabeza según tú?"

"Varias cosas. Para empezar, ¿qué demonios te llevó a enviar a Lana Carlyle al rancho Bar C 88 sola? ¿Entiendes lo que quiero decir?"

El juez se rió. "Liam, querido, eres un alarmista. Estoy seguro de que esa chica se las arreglará estupendamente."

"¡No estoy de acuerdo en absoluto!" exclamó Liam. "Se meterá en problemas, tan seguro como que estoy aquí frente a ti diciéndotelo. ¡Y tú deberías haberla advertido!"

"Oh, tonterías. Eres como un niño que ve fantasmas detrás de cada esquina oscura. Sé que no te agrada Deuce Coburn, pero eso no cambia el hecho de que sea un hombre capaz en su rol, realmente capaz. Ha gestionado ese rancho a la perfección desde la muerte de Bert Mannering. He estado vigilando las cosas y no puedo encontrar un solo error en su trabajo. Sus cuentas son correctas y muestran un buen aumento en los ingresos. Sí, Deuce está definitivamente haciendo un buen trabajo."

"Tal vez," gruñó Liam. "Sin embargo, no me refiero al lado económico. Mi objeción es que ninguna chica, especialmente una joven y hermosa como la señorita Carlyle, debería quedarse sola en ese rancho. ¡Santo cielo! Esa pandilla del Bar C 88 es la colección de cabezas más increíblemente duras que he visto en un rancho. No tienen respeto ni por Dios ni por los hombres. Y Deuce Coburn no es mejor que los demás."

"Al contrario," observó el juez, imperturbable, "considero a Deuce un capataz muy confiable. Cierto, algunos de sus vaqueros son salvajes. Pero Deuce es lo suficientemente capaz de mantenerlos en su lugar. Liam, está claro que estás exagerando."

Liam se encogió de hombros y se volvió hacia la puerta. "Haz lo que quieras, juez. Pero recuerda mis palabras: llegará el momento en que necesitarás un experto para que te revise la cabeza."

Dicho esto, Liam salió dando un portazo brusco y, una vez afuera, permaneció de pie por un momento, mirando ceñudo la calle.

Vio a Lana Carlyle salir de la tienda con varios paquetes pequeños en los brazos. La joven los acomodó en sus alforjas, montó a caballo y se alejó de la ciudad. Cuando la franja de árboles la engulló, Liam se giró, frunciendo el ceño, pensativo. El estruendo del martillo del herrero, ocupado en su labor, resonaba en el aire limpio y fresco.

En cierto momento, la expresión preocupada de Liam se transformó en una sonrisa. Se apresuró hacia una pequeña cabaña donde una mujer de rostro amable aún estaba sentada en su mecedora. Se quitó el sombrero, sonriendo como un chiquillo. "Buenos días, señora Downs," la saludó, deteniéndose en el escalón a sus pies. "Se ve realmente en forma hoy. ¡Y qué aspecto tan encantador!"

La robusta señora Downs sonrió con afecto. "Muchacho, puedes dejarte de tonterías," replicó. "¿Qué traes entre manos esta vez?"

Liam estrujó un poco el ala de su sombrero entre sus manos delgadas, fuertes y bronceadas. "Bueno, las cosas son así, señora Downs. La heredera de Bert Mannering finalmente está en la ciudad. El juez Reynolds le ha confiado el Bar C 88. Ella..."

"¡¿Ella?!" exclamó la mujer, sorprendida. "¡¿Quieres decir que esa chica vivaz con esos ojos maravillosos, que estaba buscando al juez, es la heredera de Bert Mannering?!"

"A decir verdad," dijo Liam, soñador, "tiene unos ojos realmente maravillosos. Más azules de lo que pensé que podían ser los ojos. Y se vuelven de un violeta brumoso cuando se enoja. Sí, señora, creo que es ella."

"Vaya, ¿no es fantástico? Estoy realmente contenta. Me agradó esa chica desde el primer momento que la vi."

"Sí, señora," concordó Liam de nuevo. "A mí también. Pero, señora Downs, ella estará en ese rancho completamente sola con esa manada de hombres salvajes que rondan por los alrededores, y no me siento nada tranquilo al respecto. Ahora, si hubiera otra mujer con ella por unos días, una mujer más... eh... *adulta*, bueno, tal vez esos patanes del Bar C 88 se darían cuenta de que tiene amigos aquí en la ciudad que se preocupan por ella, y se mantendrían alejados para

asegurarse de que no sea molestada."

La señora Downs torció los labios, pensativa. "Hay algo de cierto en lo que dices, Liam," admitió. "Supongo que estás insinuando que sea yo esa mujer *adulta*... ¿he acertado?"

"Bueno, en cierto modo..."

"Pero, Liam, ¿cómo podría adaptarme allí? No hay posibilidad de conducir un carro, y hace años que no monto a caballo."

Liam sonrió con picardía, pasándose los dedos por el cabello. "Bueno, sabe, señora Downs, estaba pensando desde hace un tiempo que debería volver a montar. Dicen que es un excelente ejercicio para mantenerse en forma. Y sé dónde puedo encontrar un caballo tan manso y dócil que ni siquiera haciéndole explotar dinamita entre las patas lograrías hacerlo encabritar."

La risa de la tía Molly Downs resonó alegre. "¡Bribón de un Sanderson!" exclamó. "Casi estoy tentada a caer, pero Jim Downs se escandalizaría."

"No se preocupe por Jim," dijo Liam, sabiendo que había ganado. "Yo lo pondré en su lugar si se queja. Voy a buscar ese caballo ahora mismo y luego la acompañaré yo mismo hasta el Bar C 88. Vuelvo en un santiamén."

Se alejó al galope, riéndose entre dientes. Molly Downs lo vio alejarse, sus ojos llenos de ternura. "Es el pesar de mi vida que Dios nunca me haya enviado un hijo como tú, Liam Sanderson," murmuró.

Y con un suspiro, se meció en la silla mientras los pensamientos competían con los recuerdos.

— CAPÍTULO 3 —

MARCAS EN DISPUTA

La primera impresión que Lana Carlyle tuvo de su futuro hogar fue más que positiva; en realidad, le recordó una exultación similar a la que había sentido cuando vio por primera vez el encanto y la majestuosidad de los montes Cobalt. El sendero desde la ciudad serpenteaba por la ladera sur de las montañas, dirigiéndose siempre hacia el este.

Al principio, durante millas y millas, el camino atravesaba densos corredores de árboles ininterrumpidos, donde se cabalgaba bajo una penumbra perpetua. Pero finalmente, llegó un cambio. Los árboles comenzaron a espaciarse. Praderas encantadoras, con su verde exuberante y salpicadas de manchas de flores silvestres, se volvieron cada vez más frecuentes. La constante pendiente de la cadena montañosa dio paso a un terreno accidentado que gradualmente se aplanaba, hasta que Lana vislumbró frente a ella un enorme valle en forma de V. Un brazo del valle corría directamente hacia el este, mientras que el otro se extendía hacia el sur, alcanzando una vasta extensión de niebla y colores ásperos que supuso era el desierto de Durango. Una cresta central, salpicada de árboles, separaba los dos valles que se estrechaban hasta el vértice.

En cierto punto, la vista de los valles se volvía extremadamente nítida, y allí, Lana se detuvo por un momento. Arriba y abajo, por la extensión verde esmeralda de las praderas abiertas, podía distinguir manadas de ganado pastando, los lomos rojos y los hocicos blancos resaltando brillantes a la clara luz del sol.

Mucho más abajo, a lo largo del brazo meridional, había un grupo de cubos que parecían juguetes dejados sobre una alfombra moteada de verde y marrón, que Lana identificó como edificios. Sin embargo, por más que lo intentara, no logró divisar nada similar en el terreno del este, hasta que hubo recorrido unas dos millas más. Entonces, de repente, apareció la sede del Bar C 88.

Los edificios del Bar C 88 eran numerosos y de diversos tamaños. Más allá, había un laberinto de corrales para postes y jinetes. Todos los corrales excepto uno estaban vacíos, y en ese, una veintena de caballos corrían y relinchaban ruidosamente, tratando de escapar de las cuerdas atadas a sus cuellos y sujetadas por dos de los entrenadores. Fuera de ese corral, un hombre operaba una fragua portátil, mientras otros tres estaban ocupados alrededor de un caballo embravecido que había sido derribado y atado.

El hombre de la fragua fue el primero en avistar a Lana y lanzó un silbido de advertencia a los demás, quienes abandonaron inmediatamente su trabajo. Parecían estar llenos de sospecha y desconfianza, pues uno de ellos se alejó para tomar un rifle Winchester, que ahora sostenía listo en el pliegue del brazo.

Bastante perturbada por esta bienvenida, Lana avanzó con pasos inciertos. Uno del grupo habló bruscamente a los otros, luego se movió para encontrarse con ella. Era un hombre grande, alto y robusto, con hombros enormes. Su piel era olivácea, muy bronceada, y su rostro tenía rasgos duros.

Fue Lana quien habló primero, y cuando su tono dulce y melodioso llegó a los oídos del hombre, este se quedó rígido de asombro.

"¿Cómo está?", dijo ella. "Soy Lana Carlyle. Este, supongo, es el Rancho Bar C 88."

El hombre quedó tan desconcertado que pareció privado de la capacidad de hablar. La miró con los ojos fijos. Luego se recuperó y se quitó el sombrero.

"Este es el Bar C 88, sí, señorita. Así que usted es la señorita Carlyle, ¿eh? Me alegra verla. Soy Deuce Coburn. Si habló con el juez Reynolds, seguramente mencionó mi nombre."

Su voz era peculiar, grave, ligeramente ronca y con un toque de arrogancia. Pero Lana percibió que, a pesar de todo, estaba intentando ser amable.

"Sí," asintió ella. "El juez me habló de usted, y de manera muy favorable. Veo que están ocupados, así que no quiero interrumpir. Solo me gustaría que me mostraran la casa principal para poder instalarme. Más tarde hablaremos sobre varios asuntos y nos organizaremos."

"Esa es la casa principal, la que está junto al arroyo," dijo Coburn. "Pero primero, debería darle a los muchachos la oportunidad de conocerla. ¡Eh, muchachos, vengan aquí y saluden a su nueva jefa, la señorita Lana Carlyle!"

Mientras los trabajadores se acercaban, Lana recordó cómo Liam Sanderson los había descrito como una manada de coyotes enfurecidos, lo que la llevó a observarlos con cautela. Aunque Coburn era el más presentable del grupo, los demás tenían un aspecto duro y salvaje, con una apariencia desaliñada y una inquietante evasividad en la mirada. Todos llevaban pistolas; dos de ellos incluso un rifle además de las pistolas, cuyas fundas estaban atadas con correas de piel de ante. Adivinar su edad resultaba problemático.

"Señorita Carlyle, estos son los muchachos," los presentó Coburn. "La señorita es la nueva propietaria del rancho. A partir de ahora, sus deseos son órdenes. Recuérdenlo. Dopey, acompaña a la señorita Carlyle a la casa principal y deshaz sus maletas. Pon las cosas más voluminosas en el porche y luego encárgate de sus caballos. El resto de ustedes, vuelvan al trabajo."

Luego se dirigió nuevamente a Lana. "Probablemente encuentre el lugar un poco desordenado para su gusto. Ha sido un cuartel general de hombres solteros durante bastante tiempo. Pero, en cuanto tenga claro lo que quiere que se haga, llame a Dopey. Él se encargará de la limpieza."

Lana asintió y luego intentó un pequeño discurso que había ensayado una y otra vez durante todo el viaje desde la ciudad. "Quiero que el rancho funcione más o menos como lo gestionaba el tío Bert, muchachos," les dijo. "Quiero ser justa e imparcial en todos los asuntos, y si me echan una mano, estoy segura de que todos nos llevaremos bien y las cosas irán como deben ir."

Coburn le dirigió una sonrisa descarada. "Es una propuesta honesta, señorita Carlyle. Hablo en nombre de todos los muchachos. Estamos con usted en todo."

La casa, tal como Coburn le había advertido, mostraba muchos signos de ocupación masculina. Estaba polvorienta, desordenada y necesitaba una limpieza general. Incluso antes de que Dopey hubiera terminado de deshacer sus maletas, Lana se dio cuenta de que necesitaría ayuda, y mucha. Así se lo comunicó a Dopey.

"Sí, señora," asintió él. "Me imaginaba que encontraría las cosas un poco revueltas. Estaré con usted tan pronto como me ocupe de estos caballos."

Se alejó balanceándose sobre sus piernas arqueadas, se llevó los caballos, y Lana lo observó marcharse, diciéndose a sí misma que, aparte de Texas Jack, este tipo era el individuo más desagradable que había conocido. Tenía el cabello rubio y escaso, que le colgaba desordenadamente alrededor de las orejas y el cuello de la camisa. Su rostro era de una palidez antinatural en un país donde los hombres normalmente estaban bronceados. Su perfil era huido, con dientes torcidos, un mentón débil y extraños ojos saltones, similares a los de una rana. Su ropa estaba muy deteriorada y arrugada. Lana recordó lo que le había dicho Liam Sanderson y, por un momento, se sintió presa del pánico. Pero inmediatamente después, sus frágiles hombros se pusieron rígidos y su barbilla se elevó. Después de todo, el trabajo en el rancho era duro y requería la labor de hombres duros. Un vaquero que durante años se había afanado en herrar

caballos rebeldes en el polvo, la suciedad y el calor, no podía ciertamente tener un aspecto impecable.

Cualquier duda residual que pudiera haber tenido se desvaneció rápidamente después de un período de intensa actividad. La robusta y acogedora casa de troncos fue barrida y fregada de arriba abajo. Se limpiaron las paredes, se lavaron las ventanas, y el montón de trastos y herramientas tirados al azar en el porche creció hasta alcanzar proporciones sorprendentes. La cocina fue objeto de especial atención y Dopey trabajó como no lo había hecho en años.

Lana, indignada por el descubrimiento de lo que parecían miles de colillas de cigarrillos esparcidas por todas partes, azuzó sin piedad al vaquero sudoroso. Un cubo de agua tras otro.

Finalmente, el trabajo se completó, justo cuando la tía Molly Downs llegaba tranquilamente en un poni de aspecto manso. Lana la recibió en la puerta con una mezcla de sorpresa y alegría.

"Querida," explicó la tía Molly mientras desmontaba con cierta dificultad, "no tienes idea de cuánto he sufrido para venir a hacerte esta visita. Así que no te enfades conmigo. Solo soy una pobre mujer gorda, tan llena de dolores y achaques que podría gritar a cada paso. ¡Santo cielo! ¡Qué maravilla volver a poner los pies en tierra firme! Y ese pobre caballo... Apuesto a que debe sentirse aliviado por el peso que le han quitado de encima."

Luego rió con genuina alegría, y Lana se unió a ella. Un repentino afecto por esa alma amable la invadió, y recibió a la tía Molly con verdadera alegría. Se dio cuenta entonces de que había crecido en ella un sentimiento de cariño hacia alguien de su mismo sexo.

"Por supuesto," dijo Molly, "sé quién eres. Lana Carlyle, según lo que me ha dicho ese bribón de Liam Sanderson. Soy la señora Downs, tía Molly para todos mis amigos."

Miró el montón de material de desecho acumulado en el porche. "Veo que tus instintos femeninos de limpiar la casa ya se han hecho notar. Esperaba llegar a tiempo para ayudarte. Los hombres pueden ser unas verdaderas bestias."

Entraron del brazo. Dopey aprovechó la oportunidad para marcharse y se dirigió hacia los corrales, llevando el poni de la tía Molly.

El resto del equipo acababa de terminar el trabajo de herraje cuando llegó. El hombre los miró con aire agrio.

"Cerdos," masculló dirigiéndose a sus compañeros. "Eso es lo que sois, un montón de brutos descuidados y cerdos de nacimiento. Ella lo ha dicho, y supongo que tiene razón, después de toda la porquería que he tenido que limpiar. ¡Dios todopoderoso! Estoy exhausto. ¡Y pensar que algunos se ofrecen para este tipo de trabajo!"

Liam Sanderson, después de despedirse de Molly Downs justo en la cima de los dos valles, cabalgó hacia el valle sur a paso perezoso. Se sentía mucho mejor, sabiendo que durante los próximos días, al menos, la presencia de la señora Downs en el Bar C 88 mantendría a raya a los hombres de ese rancho. Y mientras tanto, confiaba en que se darían cuenta de que sería imprudente y peligroso molestar a Lana Carlyle.

Entretanto, se permitió dejar vagar su mente sobre el encanto fresco e irresistible de Lana. Era diferente a cualquier chica que hubiera conocido antes. Era hermosa, orgullosa y dotada de un magnetismo que no lograba comprender; Lana Carlyle había capturado el corazón de Liam desde el primer momento en que la vio. Cada encuentro hacía que su corazón se acelerara, y no podía sacársela de la cabeza. Se consideraba a sí mismo un hombre bastante normal, equilibrado y con un código ético más estricto que el de la mayoría. Si la belleza de Lana lo había cautivado a él, ¿qué haría con hombres más salvajes y sin escrúpulos que ella podría encontrar?

Solo pensar en ello hizo que Liam frunciera el ceño, y la sonrisa que había tenido en los labios desapareció de inmediato. Mientras cabalgaba, un grupo de Hereford se dispersó para dejarlo pasar. Por instinto, sus ojos se posaron en un ternero de dos años con la marca del Bar C 88. No era raro que el ganado del Bar C 88 se mezclara con el de su padre en esa región, pero algo en la marca no cuadraba. Era desproporcionada e irregular, diferente al contorno nítido habitual. Quizás había sido un ejemplar salvaje marcado después.

Liam lo observó con creciente desconfianza. Tomó una decisión repentina, desató el lazo de su silla y lo hizo girar en el aire. Espoleó su caballo, alcanzando rápidamente al ternero que intentaba huir. La cuerda silbó y el lazo atrapó con precisión las patas traseras del animal. El caballo se plantó firmemente, tensando la cuerda y haciendo que el ternero cayera al suelo con un golpe seco, los ojos dilatados por el miedo.

Liam se arrodilló junto al ternero, examinando de cerca la marca. Sus dedos expertos recorrieron los contornos y su rostro se volvió severo, con los ojos fríos. Mientras liaba un cigarrillo, murmuró: "Así están las cosas... Esto le interesará a papá."

Volvió a montar su caballo, aflojó la cuerda y el ternero se liberó y comenzó a correr. Liam lo persiguió, enrollando la cuerda mientras cabalgaba y lo dirigió hacia el valle, en dirección a casa. Su caballo, como si comprendiera la tarea, se mantuvo pegado a los talones del ternero, frustrando cada intento de desviarse.

Después de recorrer una milla, un jinete apareció desde el bosque del este, avanzando en diagonal para interceptar a Liam. Lo reconoció de inmediato y su primer instinto fue aflojar la pistola en la funda. A unos veinte metros, el jinete se detuvo. Era un hombre delgado y desgarrado, con ojos oscuros y duros en un rostro oliváceo. Miró al ternero con intensidad y luego fijó su mirada en Liam.

"¿Adónde llevas ese novillo de dos años, Sanderson?", preguntó con voz fina y aguda.

"Supongo que lo sabes, Glick", respondió Liam con tono frío y sarcástico.

"Te aconsejo que lo sueltes. Podrían acusarte de robo de ganado, y en este país, un ladrón termina siendo el objetivo del primer hombre que pueda dispararle."

Liam rió ásperamente, mirando directamente a los ojos negros de Glick, su cuerpo tenso pero bajo control.

"Es lo más acertado que has dicho, Glick. Dispara cuando estés listo."

Un denso silencio se apoderó de ambos. La reacción de Spider Glick fue rápida como un rayo. Sus manos bajaron y subieron, y dos disparos resonaron en el aire. Fue un movimiento que habría tomado por sorpresa a un hombre menos atento, condenándolo a una muerte segura, ya que Glick rara vez fallaba, especialmente a esa distancia.

Pero esta vez falló, porque el cuerpo de Liam Sanderson no estaba donde había estado una fracción de segundo antes. En el instante en que Glick alcanzó sus pistolas, Liam se deslizó hacia un lado de su caballo, quedando prácticamente fuera de la vista de su adversario, sostenido por la silla con la rodilla y la mano izquierda.

Las balas de Glick silbaron donde debía estar Liam, una de ellas lo suficientemente baja como para marcar el chaparral sobre la rodilla. Glick levantó sus pistolas de nuevo, pero Liam disparó un tiro desde debajo del cuello de su caballo, alcanzando al caballo de Glick en la cruz, lo que hizo que cayera de rodillas, aturdido. Glick, sorprendido, fue lanzado hacia adelante sobre el cuello de su caballo, luchando por recuperar el equilibrio, pero fue demasiado lento. Liam se levantó y disparó una segunda bala que alcanzó el pecho del pistolero. Glick jadeó y cayó al suelo junto a su caballo.

Liam esperó un momento, asegurándose de que su enemigo estuviera inofensivo. Luego

desmontó y se acercó al cuerpo inmóvil, con la mirada dura y fría de nuevo en su rostro.

"Día desafortunado para ti, Glick", murmuró, respirando con dificultad. "Pero no te hiciste problemas en disparar primero. Solo que conmigo te salió mal. Así que... sin rencores, Glick."

Recargó su Colt, observó los alrededores para asegurarse de que no hubiera amigos de Glick cerca, luego levantó el cadáver sobre la silla, lo ató con una correa y envolvió las riendas alrededor del pomo. Giró al animal hacia la confluencia de los valles, le dio una palmada en el flanco, y el caballo partió al galope con su macabra carga.

Montado de nuevo en la silla, Liam agarró al novillo de dos años y reanudó su camino, empujándolo delante de él. Media hora después, ya había llevado al pequeño animal de pelaje blanco a uno de los corrales del rancho Quarter Circle S.

Un vaquero de rostro amable apareció en el umbral de la cabaña.

"Ve a llamar a papá, Sleepy," le dijo Liam. "Tengo algo que mostrarle."

Cuando el viejo Eagle Sanderson apareció, Liam ya había atado y amordazado al desafortunado becerro blanco.

"¿Qué pasa, hijo?", gruñó Eagle, mientras entraba en el corral.

"Hay algo muy interesante," respondió Liam de forma concisa. "Echa un vistazo a esa marca. Ve si te hace pensar en lo mismo que a mí."

El viejo vaquero examinó la marca en el cuerpo del becerro con minucioso cuidado. Cuando se levantó y se volvió hacia Liam, su rostro estaba frío y endurecido.

"¿Dónde encontraste a esta bestia, muchacho?", preguntó bruscamente.

"Arriba en el valle. La marca me pareció un poco extraña, así que até al animal y lo revisé mejor. Luego decidí traerlo aquí, a casa. Pero en el camino me encontré con Spider Glick."

Eagle se puso rígido de repente y maldijo.

"¡Maldita sea, muchacho! ¡Dime qué pasó!"

"Nos disparamos," replicó Liam con calma.

"¿Qué? ¿Spider Glick y tú se dispararon? Viéndote ahí, entero, es difícil de creer, hijo."

Liam mostró la pierna de sus chaparreras, donde el plomo de Glick las había desgarrado.

"¿Pero qué hizo después?", preguntó Eagle. "¿Dejó de disparar?"

"No tuvo opción," dijo Liam. "Fui más rápido y más preciso que él, y le di de lleno."

Por un momento, el viejo miró a su hijo con los ojos muy abiertos.

Luego: "¿Quieres decir que mataste a Spider Glick? No me dirás que le disparaste por la espalda, ¿verdad?"

Liam se sonrojó de indignación, pero mantuvo firme la mirada.

"Soy un Sanderson, papá," respondió. "Nosotros no disparamos por la espalda."

Una sonrisa severa se dibujó en los labios del viejo, y un gran orgullo brilló en sus ojos.

"Te pido disculpas, hijo mío. Pero conociendo a Glick... y conociéndote a ti... bueno..."

"Entiendo," asintió Liam. "Glick nunca había sido acorralado antes. Pero siempre hay una primera vez, papá. Y, desafortunadamente para él, fui yo quien lo acorraló."

Eagle Sanderson miró el mundo iluminado por el sol, su rostro nuevamente serio.

"Hijo," dijo pensativo, "quitarle la vida a otro hombre es un asunto serio. No quiero que ninguno de mis hijos se convierta en un asesino. Pero a veces es cuestión de matar o ser asesinado, y sé que este era uno de esos casos. Así es la vida por estos lados. Puede que tengas que eliminar a otros hombres antes de morir. Me lo espero, viendo cómo van las cosas en estos últimos años. Pero espero que siempre sea en defensa propia para ti."

"Siempre lo será, papá," le aseguró Liam.

En silencio, Eagle estrechó la mano del muchacho.

"He criado a un verdadero hombre. Estoy orgulloso de ti, Liam. Ahora, sin embargo, creo que es mejor hacerle una visita a Deuce Coburn. Quiero ver cómo explica esa marca alterada. Llevaremos también al ternero blanco. Pero, mientras tanto, la comida está lista. Y creo que es mejor comer primero."

— CAPÍTULO 4 —

MOLLY DOWNS, LA GUARDIANA

Después de terminar de limpiar la casa, lo primero que hizo Lana Carlyle fue calentar una gran bañera de agua y darse un baño regenerador. Una vez vestida, en lugar de los vaqueros y la camisa, se puso un sencillo vestido a cuadros que había sacado de uno de los equipajes. Eso fue suficiente para cambiar increíblemente su aspecto, realizando su feminidad y encanto.

Molly Downs la miró de arriba abajo y no pudo evitar exclamar:

"Niña mía, estás tan encantadora que quitas el aliento. ¡Harás que estos vaqueros pierdan literalmente la cabeza, te lo digo yo! Los verás revoloteando a tu alrededor como moscas enloquecidas."

Lana se sonrojó y rió.

"Imagino que se llevarán una gran decepción. No tengo tiempo para esas tonterías.

La señora Downs se encogió de hombros.

"Ya he oído esa frase antes, querida. Cuando llegue el hombre adecuado... bueno, espera y verás.

"Exageras, Molly", protestó Lana. "Aún no he visto a ninguno de ellos particularmente impresionado. Piensa en Dopey, ese pobre que limpió la casa para mí. Estoy segura de que me odiará de por vida. Lo he mandado como si fuera un sargento."

"Yo, en cambio, conozco a uno que ha quedado demasiado impresionado contigo", guiñó un ojo la señora Downs. "Cuando un joven me dice que los ojos de cierta chica son más azules de lo que jamás pensó que pudieran ser, y añade que esos mismos ojos se vuelven de color violeta cuando su dueña se enfada... bueno, diría que ese joven está bastante impresionado."

El rubor en las mejillas de Lana se intensificó y rápidamente cambió de tema.

"Me muero de hambre. ¿No crees que es hora de comer algo?"

Cuando terminaron de comer, las dos ya se habían convertido en excelentes amigas. Lana encontraba muy estimulante y reconfortante la franqueza de aquella mujer mayor, sagaz y alegre.

Habían terminado de recoger la mesa y estaban tranquilamente sentadas charlando, cuando un grito ronco de rabia se elevó desde la zona de los corrales. Rompió la paz de ese agradable paréntesis como el rugido de un feroz depredador, y al oírlo, Lana se estremeció, mientras sus mejillas perdían el color.

"¿Qué ha sido eso?", preguntó con un suspiro asustado.

Molly Downs había oído ese grito antes, y cada vez presagiaba violencia y muerte repentina. Era la voz de un hombre presa de una rabia homicida. En lugar de responder, la mujer se precipitó hacia el porche. Pero Lana se apresuró a seguirla. Los hombros de la chica estaban rígidos y, aunque la palidez de su rostro se había intensificado, en sus ojos azules había una determinación que no admitía dudas.

"Voy contigo", dijo con calma. "Debe ser uno de mis trabajadores. Tengo que entender qué está pasando."

Se acercó al grupo corriendo. Y mientras se aproximaba, maldiciones vulgares y llenas de ira le golpeaban los oídos como si fueran piedras. Fue Deuce Coburn quien la vio primero y lanzó una orden que silenció a los demás. Luego el hombre se volvió y la enfrentó.

"No me acercaría demasiado, señorita Carlyle", dijo bruscamente, con el rostro enrojecido y los ojos llameantes. "Se trata de Spider Glick, uno de nuestros muchachos."

"¿Él... está muerto?", preguntó Lana.

"Así es, señorita. Seco como un arenque. Ha sido asesinado. ¡Alguien pagará por esto! ¡Lo pagará caro! Y tengo una corazonada sobre quién es el responsable. Los muchachos seguirán las huellas del caballo y lo descubrirán. Le haremos mucho daño. No pueden salirse con la suya."

"¿De quién hablas?"

"Esos malditos Sanderson, padre e hijo", soltó Coburn. "¡Esta vez han ido demasiado lejos! Resolveremos todo este asunto... ¡de una vez por todas!"

Deuce se habría dado la vuelta para ponerse al frente de esa expedición punitiva, pero Lana lo agarró por un brazo.

"¡No!", ordenó con firmeza. "No quiero oír hablar de venganzas. Este es mi rancho y yo mando aquí. No estamos seguros de quién lo ha hecho ni de las circunstancias. Cualquiera de ustedes que haga un movimiento sin mis órdenes está despedido. Hablo en serio."

Inconscientemente, Lana había alzado la voz y se produjo un silencio atónito, pero que duró poco. El grupo se abrió mientras un vaquero bajo, ancho y con las piernas arqueadas se adelantó apartando con brusquedad a sus compañeros a su paso. La primera impresión de Lana fue que nunca había visto a un ser humano tan enfurecido y depravado antes. Tenía ojos salvajes, profundamente hundidos bajo una frente estrecha e inclinada, ojos que centelleaban rojos como los de una fiera lista para matar. Un golpe violento en el pasado le había roto la nariz, que sobresalía grande en su rostro, con fosas nasales similares a las de un cerdo. Su boca era una hendidura estrecha y torcida, que gruñía y se contraía. Su garganta, manos y muñecas eran peludas, como las de un mono. Dos grandes pistolas le colgaban de las caderas regordetas. Su voz, cuando finalmente logró hacer salir las palabras de sus labios retorcidos, tenía la misma furia horrible que había resonado en aquel primer grito escalofriante.

"¿Qué demonios significa esto?", ladró el energúmeno. "¿Qué quiere decir que no podemos ir a cazar al bastardo que hizo esto? ¿Estás diciendo que no podemos? ¡Maldita sea! ¡Inténtalo, detenme! ¡Ninguna mujercita cara pálida puede decirle a Joe Colinga qué hacer! Han matado a Spider... ¡han matado a mi amigo, maldita sea! ¡Y yo los mataré! ¡Les dispararé directo al corazón! Despídeme si quieres. ¡Al diablo con el trabajo! No trabajaré para ninguna pandilla que no tenga las agallas de luchar por sus compañeros. Me las arreglaré solo."

Lana inevitablemente dio un paso atrás ante la furia del hombre. No pudo evitarlo. Pensó en un animal enloquecido y babeante que le saltaría al cuello si se atrevía a interrumpir su arrebato. Por suerte, Coburn agarró a Colinga por un brazo, intentando hablarle. Pero el hombre de aspecto simiesco se zafó violentamente y corrió hacia el cobertizo, para reaparecer casi de inmediato con un rifle Winchester, en cuyo cañón estaba cargando cartuchos.

Coburn se volvió hacia Lana y se limitó a encogerse de hombros.

Ella lo fulminó con una mirada llena de desprecio.

"Usted debería ser el capataz de este rancho "gritó." Si lo es, ¡detenga a ese hombre! ¡Deténgalo o váyase con él!"

"No diga tonterías", gruñó Coburn en respuesta. "Colinga está con ganas de matar. No se puede razonar con él ahora. Si lo intentara, me dispararía a mí también. Ya lo he visto así una vez. Y tiene razón en una cosa: ¡no valemos nada si no podemos vengar a nuestros propios compañeros!"

"¡Pero no está seguro!", insistió Lana impotente. "No sabe quién lo hizo. ¡Podría dispararle a algún inocente!"

"Eso no se puede decir de Joe. Esta rabia loca se le pasará en un minuto. Luego se convertirá en una especie de lobo. Encontrará el rastro, aunque le lleve meses. Al final, encontrará a su

hombre. Mire bien: ya se está calmando."

Era cierto. Colinga había dejado de gritar y estaba ensillando un caballo casi como si nada hubiera pasado. Pero este cambio, para Lana, representaba una amenaza aún peor que su estallido inicial de ira.

Luego, un nuevo grito de uno de los vaqueros captó la atención de todos hacia una nueva fuente de peligro. Por el valle, avanzando lentamente, cabalgaban los Sanderson, Eagle y Liam. Delante de ellos trotaba un ternero blanco de dos años, que parecía exhausto por la marcha forzada. Eagle tenía la mano derecha levantada, con la palma hacia adelante, en el antiquísimo código de la frontera: quería negociar.

Una intensa excitación se apoderó de los vaqueros del Bar C 88. Se movían indecisos, como un enjambre de avispones cuyo nido ha sido atacado. Joe Colinga, notando lo que sucedía, se acercó sigilosamente, dejando su rifle apoyado en el poste de una cerca.

Lana, con una decisión repentina, se adelantó para encontrarse con los dos que cabalgaban hacia su rancho.

Lentamente, casi a regañadientes, Deuce Coburn la siguió con paso cansado.

Molly Downs, inadvertida por todos, se acercó a la cerca, tomó el rifle de Colinga y, escondiéndolo detrás de su figura robusta, se movió silenciosamente hasta colocarse justo detrás del propietario del arma.

Los Sanderson tiraron de las riendas.

"Coburn", rugió Eagle, "tenemos algo que mostrarte. Liam, ata a ese animalito."

Liam se abalanzó sobre el ternero, que intentó huir. Pero por tercera vez en unas pocas horas, fue rápidamente capturado por un lazo infalible.

"¿Y esto qué significa?", gruñó Coburn. "Ya he visto bestias atadas y tiradas al suelo antes". Eagle no prestó atención a su intento de sarcasmo.

"Mira esa marca. Estoy ansioso por escuchar tu explicación", dijo.

Coburn dudó un poco demasiado, pasándose la lengua por los labios.

Entonces fue Lana quien dio un paso adelante.

"Señor Sanderson", dijo con voz firme, "como propietaria del Bar C 88, supongo que se me permite observar esa marca. ¿Qué tiene de malo?"

Eagle la miró fijamente. Una admiración a regañadientes se reflejaba en sus ojos profundos.

"Si sabes algo de marcas, señorita, pronto descubrirás un detalle", respondió Eagle. "Pero si realmente quieres que te lo diga yo, te lo diré. Originalmente aquí había una marca del rancho Cuarto Círculo S. Y luego fue cambiada a una marca del Bar C 88, ¡aunque con un trabajo mal hecho, debo decirlo!"

La respiración de Lana se aceleró mientras se inclinaba sobre el joven bovino. Si lo que decía Eagle Sanderson era cierto, la situación era grave. Y sabía algo de marcas; lo suficiente para discernir rápidamente, a través del tacto y la observación, que Sanderson tenía razón. Se enderezó y se giró hacia Coburn.

"El señor Sanderson tiene razón", dijo fríamente. "¿Cómo explica esto, señor Coburn?"

"No sé nada", gruñó el capataz, claramente desorientado. "Si dice que es verdad, le creo. Pero eso no significa que lo haya hecho yo, o alguno de nuestros muchachos. Tal vez sea una invención de alguien para crear problemas entre los Sanderson y nosotros. O quizá una conspiración."

"No mientas, Coburn", ladró el viejo Eagle, con los ojos brillando de rabia. "Ese tipo de discurso no te llevará a ninguna parte. Me esperaba que dijeras que no sabías nada. Lo mismo va para toda tu maldita cuadrilla. Pero quería mostrarte que Liam y yo estamos atentos. Y esto es

una advertencia. Si vuelve a suceder, te haré personalmente responsable. Y vendré a buscarte."

Coburn se encogió de hombros, burlón.

"Cuando quieras y donde quieras, Sanderson. ¡Ahora mismo, si te atreves!"

Eagle se rió.

"Duro y valiente... cuando tienes a toda tu pandilla detrás, ¿no es así? He notado que lo eres mucho menos cuando estás solo. Pero eso es otro asunto. He venido a poner las cartas sobre la mesa, cara a cara. Ya sabes cómo están las cosas ahora. Vamos, Liam."

"¡Un momento, ustedes dos!"

Las palabras provenían del borde del grupo de hombres, a pocos metros de Lana y Coburn. Lana se volvió y vio a Joe Colinga nuevamente tenso, con sus dientes amarillos descubiertos en un gruñido, su cuerpo rechoncho y encorvado, y sus manos peludas colgando cerca de sus pistolas.

"Un momento", dijo con voz ronca. "Tengo que hacerles una pregunta. ¿Qué saben sobre el asesinato de Spider Glick?"

Fue Liam quien respondió: "Tanto como usted sabe sobre el asesinato de Long Andy, Colinga."

La respuesta de Colinga fue una maldición entre dientes, y sus manos se movieron hacia abajo en un destello. Era rápido, mucho más rápido de lo que se podía imaginar. Pero una mujer robusta y de ojos agudos fue aún más rápida que él. La tía Molly Downs, que había estado observando a Colinga como un gato a un ratón, sacó el Winchester que mantenía oculto detrás de su espalda y, con un movimiento ágil, golpeó la culata del rifle contra la cabeza de Colinga, quien cayó al suelo como un saco vacío.

"Esto es lo que te mereces, bruto asqueroso", espetó la tía Molly, dando un paso atrás, insertando un cartucho y luego levantando el rifle contra el grupo de vaqueros del Bar C 88, que la miraban atónitos. "¡Le dispararé al primero de ustedes que haga un movimiento en falso!"

Por un momento reinó un silencio absoluto. Luego, Liam Sanderson soltó una risa suave y arrastrada.

"Señora Downs", rió entre dientes, "me quito el sombrero ante usted. Ha sido lo más hermoso que he visto jamás. Realmente le ha dado su merecido a ese tipo. ¡O le ha partido la cabeza o ha partido la culata del rifle!"

En cualquier caso, mi padre y yo se lo agradecemos. Todo lo que tenemos es suyo. Le estrecharé la mano a Jim Downs cada vez que lo vea. Debe estar realmente orgulloso de usted. Papá, es mejor que nos vayamos de aquí. La señora Downs tiene la situación bajo control. ¡Hasta pronto!"

Los dos Sanderson giraron sus caballos y se alejaron al galope, pero Liam, antes de irse, miró directamente a los ojos abiertos de par en par de Lana, inclinó la cabeza, dio un toquecito al ala del sombrero con el índice y el medio, y le sonrió.

Mientras tanto, todos los hombres del Bar C 88, excepto Colinga, que yacía boca abajo en la tierra, se quedaron observando hasta que los dos Sanderson desaparecieron de vista.

Esa misma noche, Deuce Coburn se presentó en la puerta de la casa principal y pidió hablar con Lana. La tía Molly lo hizo pasar a la sala de estar y se sentó para escuchar la conversación y asegurarse de que todo fuera bien. Coburn estaba claramente incómodo, y la presencia de Molly lo hacía aún más.

"¿Qué ocurre?", preguntó Lana con calma mientras entraba en la habitación.

"Solo quería decirle que he despedido a Colinga", murmuró el capataz, con la mirada baja.

"No tenía derecho a alterarse de esa manera, así que me deshice de él. Hablé con los otros muchachos y estuvieron de acuerdo conmigo. Así que... así que hice lo correcto... eh... creo.

También me pidieron que le dijera que están completamente satisfechos con su trabajo aquí y que quieren mantenerlo. Obedecerán y seguirán sus órdenes sin hacer preguntas. Por supuesto, todos estábamos un poco alterados por la muerte de Glick, pero pensándolo bien, quien lo mató debía tener una buena razón. Spider era alguien que siempre buscaba problemas, y terminó metiéndose con alguien que no supo manejar."

"Entiendo", concedió Lana. "Pero tengo una pregunta, Coburn. ¿Cómo explica esa marca que nos mostraron los Sanderson?"

Coburn se encogió de hombros.

"No lo sé con certeza. Pero tengo una idea, si quiere escucharla."

"Por supuesto que quiero escucharla."

"Bueno, pensé que tal vez fue Glick quien lo hizo. Verá, hace un par de semanas, él y yo tuvimos una especie de enfrentamiento. Lo puse en su lugar, pero sé que estaba resentido por eso. Glick era un tipo rencoroso. Creo que marcó a ese ternero con la idea de que los Sanderson la encontraran y así se pondrían tras de mí, como de hecho sucedió. Quizás, mientras llevaba al animal a donde seguramente sería encontrado, se topó con Eagle Sanderson o su hijo, y los dos le ganaron la partida. Si mi suposición es correcta, realmente se lo merecía.

De todos modos, Colinga habría buscado el conflicto con los Sanderson, y cuando es así, no lo quiero en el equipo del Bar C 88. No conviene pelear con los vecinos."

"No, no conviene", concordó Lana. "Pero te escuché decir hoy que los Sanderson necesitaban ser puestos en su lugar. ¿En qué te basas para hacer tal afirmación?"

Coburn pareció incómodo.

"Digamos que solo estaba enojado en ese momento y no razonaba como debería. Manejar un rancho en este país no es fácil. Tienes un montón de problemas y tienes que luchar por lo que obtienes, y luego luchar aún más para mantenerlo. No se puede culpar a un hombre si de vez en cuando pierde la cabeza."

"Está bien, pasemos por alto esto por esta vez", concedió Lana. "Veremos cómo evoluciona la situación. Puedes decirles a los hombres que los estoy vigilando a todos. Si se comportan bien y hacen lo que se les dice, se quedarán. Pero la primera desobediencia a mi autoridad significará el despido inmediato.

Y hay una primera regla inamovible que no debe ser violada: dejen en paz a los Sanderson. ¿Entendido?"

"Ningún problema, señorita Carlyle", declaró Coburn asintiendo lentamente. "Muchas gracias. Se lo diré a los muchachos y me aseguraré de que cumplan sus órdenes. Buenas noches."

Mientras la puerta se cerraba, Lana se volvió hacia tía Molly con una expresión triunfante en el rostro: "¿Has visto? Al final, Coburn y los demás no son tan malos. No tendré problemas con ellos. De hecho, me parece que están ansiosos por hacer lo que les digo, y..."

"¡Tonterías, niña!" resopló tía Molly. "¡Usa la cabeza! Conozco a Deuce Coburn desde hace mucho más tiempo que tú. No es propio de él volverse tan manso a menos que esté tramando algo. Y los demás son igual que él. Debes estar atenta a los problemas. Están en el aire, los presiento."

Lana se puso seria de inmediato. Esperaba al menos pasar una noche tranquila, pero algo le hacía pensar que las pesadillas no la perdonarían ni siquiera esta vez.

— CAPÍTULO 5 —

CON LAS CARTAS SOBRE LA MESA

A la mañana siguiente, Lana se puso de nuevo su ropa de montar y se dispuso a explorar su nueva propiedad. Le hubiera gustado que Molly Downs la acompañara, pero la anciana señora se negó.

"No quiero ni oír hablar de una silla de montar durante al menos un par de días, cariño", gimió la señora Downs. "Estoy tan rígida y dolorida que podría gritar con cada paso."

Así que Lana se resignó a cabalgar sola y se dirigió hacia el valle. El día era espléndido y ocho horas de sueño profundo la noche anterior habían sido suficientes para disipar el mal humor causado por la muerte de Spider Glick.

Aunque no se había criado en un rancho, Lana tenía suficiente criterio y sentido común para darse cuenta de que su herencia constituía un verdadero tesoro: el agua era ilimitada, el forraje era abundante y la madera era un recurso seguro en cualquier época del año. Además, gracias a la conformación del terreno, el ganado no se alejaría demasiado durante el pastoreo.

Lana recorrió toda la longitud del valle, maravillándose de su vastedad. Al final, llegó al extremo inferior, que descendía rápidamente en una gran pendiente hacia el sureste. Su mirada se encontró con una sección de meseta, y más allá, el Desierto de Durango.

Eligió la cima de una colina cubierta de hierba, desmontó, ató las riendas de su caballo al tronco de un árbol y se sentó con las piernas cruzadas sobre la hierba, contemplando la infinita extensión ardiente hacia el sur.

Se sentía vagamente inquieta. Justo antes de irse a dormir la noche anterior, había examinado un montón de viejas hojas de contabilidad, fechadas unas semanas antes de la muerte de su tío. Con un rápido cálculo, había descubierto que poco más de cuatro mil cabezas de ganado llevaban entonces la marca Bar C 88. En su cabalgata por el valle había intentado hacer un recuento aproximado del ganado que había encontrado, pero lo máximo que pudo contar fue un total de unas dos mil quinientas. Así que estaba perpleja.

Pasó quizás media hora en silencio. Entonces, su caballo levantó la cabeza y, con las orejas en punta, miró hacia la larga pendiente de la meseta. Lana, siguiendo la mirada del caballo, vio a un vaquero allá abajo, avanzando a trote sostenido, examinando las pocas cabezas de ganado que se encontraban allí.

Lo reconoció de inmediato: era Liam Sanderson.

Su primer pensamiento fue saltar a la silla de su caballo y escabullirse antes de que el muchacho la viera. Pero ese pensamiento fue rápidamente sometido por un rebelde estremecimiento de curiosidad que se encendió en su pecho.

Estaba claro que Liam estaba controlando el ganado del Bar C 88, evidentemente en busca de otras marcas alteradas. Y por instinto sintió que eso implícitamente la acusaba de ser de alguna manera una ladrona.

El color de sus mejillas aumentó; luego, de repente, se decidió; espoleó al caballo y galopó rápidamente hacia él.

Al verla llegar, Liam se quitó el sombrero y sonrió, las filas de dientes blancos como perlas brillando al sol del día.

"Buenos días, vecina", la saludó. "Hermosa mañana, ¿verdad?"

"Bastante", respondió Lana, tratando de parecer distante. "¿Qué te trae por aquí?"

"Estoy echando un vistazo a otras marcas" admitió Liam de inmediato. "Encontrar la primera me ha vuelto un poco curioso.

"¿Has tenido suerte?", preguntó ella, sin ocultar el desdén en el tono de su voz.

Liam la miró con seriedad:

"Diría que sí. He encontrado catorce, para ser exactos."

La arrogancia se desvaneció del rostro de Lana como el sol detrás de una nube gris.

"¿Catorce?!", exclamó la chica. "¿Estás realmente seguro?"

"Bastante seguro. Tengo buena vista."

Lana se sonrojó, pero trató de controlarse.

"Lo siento mucho", murmuró. "Esto me pone en la posición de ser una ladrona, ¿no es así?"

"Yo no he dicho eso", la tranquilizó Liam. "Pero es hora de que tú y yo tengamos una buena charla. Bajemos de los caballos y pongámonos cómodos."

Liam desmontó primero, se lió un cigarrillo y se tumbó sobre la hierba, aflojándose unos cuantos botones del cuello de la camisa a cuadros para disfrutar de los cálidos rayos del sol. Lana dudó solo un momento antes de bajar y sentarse junto a él.

"¿Y bien?", preguntó ella.

"Iré directo al grano. Y por favor, créeme si te digo que hablo por tu bien. Sé que eres orgullosa y un poco testaruda, pero me he dado cuenta de que en el fondo tienes mucho sentido común."

"Gracias", susurró Lana, volviendo a ponerse rígida a su pesar. "Así que sin rodeos, y yendo directamente al punto, supongo que quieres advertirme sobre Deuce Coburn una vez más. Todos excepto el juez Reynolds parecen tenerla tomada con Coburn."

Liam se rio suavemente.

"Puedes engañar a algunas personas, pero no puedes engañarlas a todas. Si te hace sentir mejor, no diré una palabra sobre Coburn. Solo te contaré algo de lo que ha pasado y luego juzgarás por ti misma. En primer lugar, papá y yo últimamente hemos notado que faltaba parte de nuestro ganado. Cuánto no lo sabremos hasta que hayamos controlado las cabezas en la reunión de primavera, que comienza la semana que viene. Pero estamos seguros de haber perdido algunas. Nunca nos había pasado antes, no mientras Bert Mannering estaba vivo. Siempre nos llevábamos bien con Bert. Era un hombre honesto. Cuando ayer encontramos esa marca alterada, las sospechas aumentaron, y lo que he visto hoy sirve para confirmar las cosas."

"¿Me estás diciendo que el Bar C 88 ha robado deliberadamente parte de vuestro ganado?", estalló Lana.

"No", replicó Liam con gravedad. "No el Bar C 88 que te pertenece. Los que lo han hecho son los hombres que trabajan allí."

"Pero, ¿por qué lo harían? ¿Qué ganarían con ello? Yo soy la dueña del rancho y ninguno de ellos me había visto antes de ayer por la mañana. No me deben nada. ¿Por qué robarían para mí?"

"He reflexionado sobre ello", continuó Liam, mientras arrojaba la colilla con un rápido movimiento de sus dedos. "Y solo he encontrado una respuesta. Dime, ¿tienes idea de cuántas cabezas de ganado llevaban la marca del Bar C 88 cuando murió tu tío?"

"Creo que sí. Examiné algunas hojas de conteo anoche y llegué a una cifra aproximada de poco más de cuatro mil cabezas."

"Debería ser la cifra correcta", asintió Liam pensativo. "Podría ser esclarecedor hacer un recuento de tu ganado en el pasto ahora. Algo me dice que ni siquiera nos acercaremos remotamente a esa cifra."

Lana palideció.

"¿Lo que quieres decir es que Deuce Coburn y mis otros trabajadores me han robado a mí además de a vosotros? ¿Es así?"

"Sí, eso es lo que quiero decir. Probablemente pensaron que el juez Reynolds tardaría mucho tiempo en encontrar al heredero del Bar C 88, y de hecho así ha sido. Durante ese período, tenían la intención de vender el ganado del Bar C 88 y embolsarse las ganancias."

"En ese caso, ¿por qué no limpiar todo el rancho de una sola vez y luego abandonarlo?"

"Porque podrían haber tenido muchos problemas para vender el ganado de una sola vez. Cuatro mil cabezas son una manada considerable. Sin duda habría llamado la atención, no importa dónde lo hubieran llevado. Y no siempre se encuentra un comprador capaz de manejar una manada de ese tamaño. Pero vendiendo un par de cientos de cabezas a la vez, lo habrían logrado. Y eso es lo que han hecho hasta hoy."

Lana trataba de luchar contra ese razonamiento, esforzándose por encontrar una explicación alternativa, aunque algo le decía que ese joven delgado y bronceado era también bastante inteligente, y por lo tanto había dado en el clavo.

"¿Y las cifras que Coburn proporcionó al juez Reynolds?"

Liam rió suavemente.

"Cualquier mentiroso puede organizarse para hacer las cuentas. El juez afirma haber controlado a Coburn con mucho cuidado. Creo que lo hizo... pero con las cifras que Coburn le proporcionó. Nada es más fácil que manipular una hoja de conteo. Cualquier tonto puede marcar un porcentaje de aumento normal, si conoce un poco el ganado, y hay que reconocer que Coburn conoce bastante bien el ganado. El juez actúa de buena fe, y es un viejo honesto, pero la única forma de verificar las cifras de Coburn es hacer un recuento preciso de toda la manada, algo que el juez no podría hacer ni aunque lo intentara."

"Creo que tienes razón. Creo tu versión de los hechos", admitió Lana, sorprendiendo a Liam. "Esta mañana he recorrido el valle, controlando el ganado que he visto. No pretendo saber mucho de ganadería, pero si es cierto que hay cuatro mil cabezas de ganado en mi territorio, sinceramente no sé dónde están escondidas."

Liam se enderezó, enrollando otro cigarrillo.

"Ahora podemos razonar", exclamó el muchacho con satisfacción. "Coburn ha robado mis animales. Ha borrado nuestra marca y la ha sustituido por la tuya, intentando tomarme el pelo. Tenemos que pensar en una forma de hacérselo pagar caro."

Lana se estremeció.

"No hables así. Ya he tenido suficiente de violencia y muerte. Y, por cierto... ¿fuiste tú quien mató a Spider Glick?"

Liam asintió, entrecerrando los ojos.

"Sí. Fue él o yo. Pensó que me tenía acorralado, pero se equivocó."

"Y... ¿tu conciencia no te remuerde?"

"Para nada. Además, estoy seguro de que él y Colinga mataron a Long Andy. Cuando llevamos a Andy a casa la otra noche, lo examinamos y encontramos marcas de cuerda en sus brazos. Ahora entendemos cómo le quitaron la pistola. Lo atraparon en algún tipo de emboscada, lo desarmaron y luego lo ataron, y finalmente lo asesinaron. ¿Esperas que me sienta mal por haber eliminado a una especie de coyote que no tiene problemas en comportarse de esa manera? Ni en sueños. Y uno de estos días podría hacer lo mismo con Colinga."

Ella lo miró seriamente. Él miraba a lo lejos, su rostro de rasgos decididos estaba firme e implacable. Lana pensó que nunca había conocido antes de Liam a un hombre tan orgulloso,

resuelto y capaz. Y tuvo que admitir que se sentía atraída: su complexión vigorosa y robusta, la virilidad que emanaba. Su corazón aceleró ligeramente el latido, mientras el rubor calentaba sus mejillas.

"Si lo que sospechas es cierto, no puedo culparte por cómo te sientes", dijo ella en voz baja. "Y espero que no pienses que yo aprobaría algo turbio con respecto a mi rancho."

Liam la miró, y su expresión se suavizó.

"Lo único que puedo pensar de ti es que eres la mujer más valiente, orgullosa y hermosa que he conocido jamás. Seremos amigos, tú y yo; buenos amigos. Pero te enfrentas a una situación difícil y necesitarás ayuda para manejarla. Mi primera idea era decirte que despidieras a todo tu equipo, pero creo que es mejor que los mantengas por un tiempo. Le daremos a ese astuto de Coburn un poco más de cuerda, y tal vez él mismo se ahorque. Mientras tanto, me iré por unos días por unos asuntos. Cuando regrese, te haré saber cómo actuaremos. ¿Qué te parece si nos encontramos aquí de nuevo... digamos el próximo sábado? Así tendré cuatro días para reflexionar sobre qué es lo correcto hacer."

"De acuerdo, me encontrarás aquí", prometió Lana.

Liam le tendió la mano.

"¡Entonces estamos de acuerdo, compañera Lana!"

Había una nota acariciadora en su última palabra, y Lana la recibió con un sobresalto en el pecho. Pero aun así, le estrechó la mano; la palma de Liam se cerró sobre la suya y él miró esos ojos azules y brillantes, iluminados por una luz que nunca había visto antes.

"Sí", murmuró de nuevo, "seremos amigos. Lo seremos sin duda alguna."

Lana soltó el agarre más rápido de lo que deseaba. Volvió a montar y espoleó a su caballo cuesta arriba al galope. No miró atrás hasta que alcanzó la boca del valle. Llegada a ese punto, el orgullo aún le decía que no se volviera, pero su corazón insistía en lo contrario, y al final ganó esa batalla. Así que vio que Liam se había quedado tal como ella lo había dejado, de pie mientras la seguía con la mirada. No podía distinguir sus facciones, pero él agitó el sombrero. Y Lana le correspondió, feliz de que la distancia ocultara el brillo de su sonrisa y el latido salvaje en su pecho.

Luego espoleó de nuevo hacia el camino a casa, que ahora le parecía más acogedor. Y sus pensamientos ya no se centraban en el rancho o en los problemas que le daría. Su mente gravitaba completamente alrededor de Liam Sanderson.

"Es simpático, ¿verdad, Buck?", susurró a su caballo. "Y te diré que me gusta mucho. Pero este es un secreto que debe quedar entre tú y yo. ¿Estamos de acuerdo, Buck?"

Buck sacudió las orejas perezosamente; Lana lo tomó como un sí.

Liam Sanderson cabalgó directamente hacia el Quarter Circle S, donde eligió una nueva montura, la ensilló, y luego subió hacia la casa del rancho. Rellenó un par de cantimploras, llenó un par de alforjas con comida y enrolló una manta. Con ese escaso equipamiento, más un rifle Winchester metido bajo el brazo, volvió a su caballo y ató el equipo a la silla. Mientras terminaba, su padre apareció debajo de un porche, con las manos en los bolsillos.

"¿A dónde vas, Liam?", le preguntó, notando la manta y las alforjas.

"Hacia Buckeye", fue la respuesta. "Estaré fuera un par de días, creo."

"¿Qué vas a hacer allí?"

"Aún no lo sé, pero espero bastante. Por cierto, encontré catorce de nuestros animales con la marca del Bar C 88 esta mañana."

"¡¿Qué?!" El rugido del viejo se podría haber oído a media milla de distancia. "¡¿Catorce?!"

¡Por todos los diablos del infierno! ¡Olvídate de Buckeye! ¡Reuniremos a los muchachos e iremos a limpiar a esa banda del Bar C 88 hasta el último hombre! ¡¿Catorce de nuestros animales, dices?! Pero qué... pero qué demonios..."

Eagle Sanderson comenzó a balbucear sin sentido, tanta era su ira.

Liam sonrió sombríamente y esperó a que su padre se calmara un poco.

"Dejemos a Coburn y su banda en paz por un tiempo", dijo finalmente con calma. "No queremos perder la cabeza justo ahora. Quién sabe cuántas más de nuestras marcas han alterado. Es eso lo que quiero investigar."

Comió unas rodajas frías de tortilla, luego se puso en camino.

Hacia la mitad de la tarde llegó a la ciudad de Buckeye. Era un lugar poblado de casas destartadas, hechas de tablas sin pulir, un amasijo de edificios apiñados alrededor de una única calle polvorienta. Liam se detuvo y desmontó cerca de un edificio frente al cual había varios animales de montura atados. Un letrero sobre la puerta identificaba el lugar como el "Salón del Ocaso".

Liam entró con despreocupación, se apoyó en la barra y bebió un vaso de cerveza no demasiado fría. Mientras bebía, miraba alrededor. Cinco hombres estaban sentados a una mesa de juego, absortos en una partida de póquer de cinco cartas. Había uno, vestido con ropa de tienda, con un rostro pálido e inexpresivo; Liam lo identificó como un jugador profesional. Los otros cuatro eran vaqueros, vestidos con ropa de granja. Uno de estos cuatro era visiblemente más joven que los demás, un muchacho de poco más de veinte años. Además de ser joven, ese muchacho estaba lejos de estar sobrio.

No es un mal chico, decidió Liam, con sus mejillas lisas y bronceadas, su pelo rubio rizado y sus ojos azules, ojos que ahora estaban cálidos e inyectados en sangre. Su boca y su mentón estaban tensos: el joven vaquero acababa de perder otra mano, que el jugador frente a él estaba recogiendo impasiblemente. El muchacho maldijo, metiendo la mano en sus vaqueros para buscar más dinero.

"¡Maldita sea!", gruñó, con la voz ronca por el licor que había bebido."¿No hay una mano que me salga bien? ¡Tenía un montón de cartas que no valían nada! Smythe, ¿estás seguro de que las estás repartiendo como se debe?"

En ese momento, Liam vio a otro jugador tensarse, mientras miraba al muchacho con ojos fríos e inmóviles. Su mano derecha comenzó a deslizarse dentro de la solapa izquierda de su abrigo negro. Liam, a su vez, llevó la mano a su pistola y estaba a punto de decir algo, cuando el jugador junto a Smythe, un individuo de rostro rubicundo y tosco y cejas oscuras, le dio un codazo.

"Déjalo estar", sonrió con lo que pretendía ser una sonrisa conciliadora."No hagas caso a Johnny. Es lo suficientemente joven como para decir más de lo que piensa. Y además es el alcohol el que lo hace hablar. Al fin y al cabo, su suerte ha sido pésima; no ha ganado una sola mano. Yo también estaría enfadado. Pero su suerte cambiará pronto. Reparte las cartas."

Liam, mirando atentamente, vio caer ligeramente el párpado izquierdo del que acababa de hablar, y el jugador se relajó.

"Está bien", dijo con voz fina. "Pero no hagas más bromas de ese tipo, Bidwell. Yo reparto las cartas honestamente."

La tensión se disipó y el juego continuó. Liam se volvió para ver al camarero, un tipo gordo, de rostro rojo y malhumorado, que lo miraba interrogativamente.

Liam emitió una risita ligera.

"Parecía por un momento que podría haber fuegos artificiales", dijo con despreocupación.

"Sí... y muchos de ellos los habrías tenido en tu contra, amigo, si hubieras seguido metiéndote", gruñó el camarero. "Eres un desconocido, así que te daré un consejo amistoso: en Buckeye lo peor que puedes hacer es meterte en los asuntos de los demás."

Un destello frío brilló en los ojos claros y grises de Liam, pero su sonrisa se mantuvo.

"¿Tú crees? Bueno, tal vez tengas razón", comentó con calma. "Pero ese muchacho está medio borracho. Y nunca me ha gustado ver a alguien sacar una pistola contra un muchacho medio borracho, mucho menos un jugador de poca monta. No te preocupes por mí, amigo."

Hace mucho que cambié los dientes de leche."

El camarero, helado hasta los huesos por ese destello en los ojos de Liam, se calmó y comenzó a pulir los vasos con más empeño que antes. Liam se ajustó el cinturón y se acercó a la mesa de juego, deteniéndose justo detrás de la silla del muchacho que estaba perdiendo.

El joven levantó la mirada, se encontró con la sonrisa amistosa de Liam y la devolvió.

"Hola, forastero", lo saludó. "Quédate donde estás, ¿de acuerdo? Tal vez cambies mi suerte. Que bien la necesito."

"Tal vez sí", asintió Liam. "Haré lo que pueda."

El desagrado de los otros jugadores hacia este acuerdo se reflejaba en las muecas que le lanzaban, pero Liam no les prestó atención. Encendió un cigarrillo con tranquilidad mientras observaba el juego con creciente atención. A medida que avanzaba la partida, sus ojos se volvían más afilados y su rostro adquiría esa dureza característica que Lana Carlyle había notado en él más de una vez.

Y Liam tenía todas las razones para que su sangre hirviera; estaba presenciando el caso más descarado de trampa que jamás había visto. Los otros cuatro jugadores estaban claramente confabulados, y el muchacho era la víctima. Lo estaban robando sin que él se diera cuenta.

Liam Sanderson era lo suficientemente maduro y consciente como para saber que ocuparse de los propios asuntos es generalmente lo más sabio. Pero sus instintos lo gobernaban, y en ese momento uno de ellos se encendió, decidido a seguirlo sin vacilar, fuera cual fuera el resultado.

Smythe, el repartidor, acababa de repartir las cartas.

El muchacho tomó su mano, la examinó y trató de ocultar su júbilo. El bote fue abierto por el hombre a la izquierda de Smythe, un tipo de rostro tosco, y subido por turnos por los otros dos. El muchacho también subió la apuesta.

"Chicos, tendrán que pagar para ver esta mano", sonrió tontamente.

Smythe y los demás igualaron la subida. El hombre a la derecha del muchacho vio y subió nuevamente. El muchacho igualó la subida y aumentó aún más la apuesta.

"Estoy cargado esta vez", advirtió.

Los demás fruncieron el ceño, pero igualaron la subida.

"Cartas", espetó Smythe.

El muchacho levantó la mirada hacia Liam y le mostró su mano.

"Los haré saltar esta vez, ¿verdad?", sonrió.

Liam asintió pensativo.

"Lo lograrás si pides bien", dijo con calma, mirando fijamente los ojos azules del muchacho.

"Yo no descartaría ese as. Nunca conviene. Escúchame y pide dos cartas."

El muchacho miró a Liam sin comprender, ya que su mano era un full, pero no había rastro de ningún as. Sin embargo, de repente, un destello de comprensión apareció en sus ojos azules. Asintió.

"Creo que tienes razón, amigo. Estaba a punto de descartar ese as. Pero seguiré tu consejo esta vez. Dame dos, Smythe."

Eliminó el par de seises de su mano. Smythe dudó, y Liam sonrió sombríamente. El jugador se encontró con la mirada de Liam.

"Si estás tan ansioso por participar en este juego, amigo", siseó, "¿por qué no compras algunas fichas y te sientas?"

"Si lo hiciera, ese bonito montón frente a ti se reduciría rápidamente", replicó Liam con confianza. "Adelante, el chico pidió dos. Dáselas."

Smythe se lamió los labios, manipuló las cartas y sacó dos.

"No las tomes, muchacho", siseó Liam con decisión, sus ojos grises fijos en Smythe. "Dale otras dos, de la parte superior del mazo esta vez."

El silencio que siguió se podía cortar con un cuchillo. Smythe parecía furioso.

"No pensabas que el chico pediría cartas, ¿verdad, Smythe?", murmuró Liam suavemente. "Sabías que tenía un full de entrada. Se lo diste a propósito. Pero el hecho de que haya pedido dos cartas ahora arruina tu mano. Esas dos cartas que te pidió te habrían dado un póker, ¿no es así? Y habría sido suficiente para vencer la mano que le diste. Por eso intentaste darle otras dos del fondo. Pero nuestro Johnny no las quiere. Quiere las cartas de arriba. ¡Así que dáselas!"

Las últimas palabras sonaron como el chasquido de un látigo, y Smythe, maldiciendo entre dientes, hizo lo que se le ordenó. Luego arrojó su mano al mazo.

"Pensé que era una partida honesta y tranquila", gruñó. "Y en cambio parece un robo."

"Te doy la razón en ambas cosas", replicó Liam. "El chico y yo pensábamos que era un juego honesto, pero no lo era. Era un robo, con tú orquestando los movimientos y el resto de estos coyotes facilitando tu juego sucio."

Esa fue la chispa que desencadenó la deflagración de acción furiosa y brutal. La mano de Smythe se deslizó bajo el abrigo, rápida y traicionera como una serpiente que se esconde. Luego emergió, sosteniendo metal azul y frío. Pero el rifle de Liam ya había trazado un arco relampagueante de arriba hacia abajo. La culata aterrizó con un golpe sordo en la nariz de Smythe, rompiéndosela y haciendo que el hombre cayera al suelo como un saco de patatas.

El hombre de rasgos toscos, Hancock, estaba a punto de disparar cuando Liam le acertó con una bala en el hombro derecho y cayó al suelo, aullando como un animal atrapado en una trampa.

Los otros dos, Pasco y Jardine, se giraron en sus sillas para agarrar sus pistolas. En los primeros momentos surrealistas, Johnny había permanecido inmóvil, su cerebro nublado tanto por el alcohol como por la escena inesperada que estaba presenciando. En algún momento, sin embargo, se puso de pie tambaleándose y forcejeando con su cinturón. Liam, alerta y listo, vio a Pasco apuntando directamente al corazón del muchacho y disparó con la velocidad de un rayo.

Fue un disparo que dio precisamente en el blanco, abatiendo al enemigo al instante. Pasco se retorció mientras caía, disparando al azar. El fogonazo de su pistola apenas rozó el rostro de Jardine, y el tipo cayó con él, la mirada vacía, el rostro pálido y el agujero de bala justo debajo del ojo derecho.

Inmediatamente después, Liam se volvió hacia la barra.

"¡Suéltala!" ladró.

El camarero se quedó inmóvil donde estaba y dejó caer la escopeta recortada que había sacado de debajo de la barra.

"¡Por el amor de Dios, muchacho...!" jadeó. "No dispaes. ¡Por favor, no dispaes! Me rindo."

"Eres un mentiroso, un cobarde y un canalla", espetó Liam. "Pon las manos sobre la barra y mantenlas ahí."

Cayó el silencio, interrumpido solo por el gemido del jinete de rasgos toscos al que Liam

había herido en el hombro. Los demás yacían inmóviles en el suelo. Johnny tosió entre los remolinos de humo de los disparos. Miró a Liam, ahora completamente sobrio.

"Creo que te debo un favor, amigo", murmuró. "Me habrían liquidado seguro. De una forma u otra..."

Liam asintió bruscamente. "Así es. Te has salvado, muchacho. Pero cobraré mi recompensa más tarde. Ahora tenemos otras cosas en qué pensar. ¿Cuánto perdiste en esa partida amañada?"

"No lo sé con exactitud. Tal vez doscientos dólares."

"Toma lo que te corresponde de ese tramposo con las cartas marcadas. ¡Date prisa! Luego nos iremos. Las cosas podrían ponerse peligrosas aquí en un minuto o dos."

El muchacho rebuscó en el cuerpo inconsciente de Smythe, luego se puso de pie.

"Está bien", tragó con dificultad. "Vámonos."

Salieron del salón y tomaron sus caballos. Un grupo de hombres ya se estaba acercando al local.

"Abre camino", ordenó Liam. "¡Y haz sonar las riendas!"

El muchacho se lanzó a un galope furioso, con Liam pisándole los talones. Se oyeron gritos, luego algunos disparos que fallaron. En unos minutos estaban fuera de la ciudad, cabalgando hacia el norte. Liam espoleó su caballo poniéndose a su lado.

"¿Adónde te diriges?" gritó.

"A casa" respondió el muchacho. "Al Wineglass, a unas siete millas de aquí. Es de mi padre."

No hubo persecución. Pero Liam sentía que podría haber consecuencias más tarde. Pensándolo ahora, lamentaba un poco haberse visto involucrado en semejante lío. Después de todo, quizás debería haber dejado que los tramposos desplumaran al chico y le dieran una lección. Sentía que su misión sería mucho más difícil de llevar a cabo. Sin embargo, descartó estos pensamientos con un encogimiento de hombros. Después de todo, ese muchachito le caía bien.

— CAPÍTULO 6 —

COLINGA TIENTA A LA SUERTE

El Wineglass se extendía en una amplia cuenca a los pies de la cordillera Cobalt y, a los ojos de Liam mientras se acercaba con su nuevo amigo, parecía un rancho próspero y administrado con competencia. Cuando se detuvieron frente a la confortable casa principal del rancho, un hombre y una mujer de mediana edad salieron al porche. La mujer tenía un rostro amable y maternal, afable y sereno. El hombre era de estatura media, más bien fornido, con una cara cuadrada y maciza, cuyos rasgos testarudos y combativos conquistaron inmediatamente a Liam.

"¿A qué se debe tanta prisa, Johnny?" preguntó el hombre, examinando a Liam con atención. "¿Y quién es tu amigo?"

Dándose cuenta de que el chico no sabía su nombre, Liam intervino.

"Soy Liam Sanderson, de Thunder City. Johnny y yo nos encontramos en la ciudad y me invitó a su casa."

"¿Eres hijo del viejo Eagle Sanderson?"

Liam asintió. "Así es."

El hombre sonrió radiante.

"¡Me alegro de conocerte, muchacho! He oído hablar de tu padre y parece justo el tipo de hombre que me agrada. Me llamo Bart Bidwell y esta es mi esposa. ¿Cómo es que tú y Johnny se hicieron amigos?"

Johnny habría soltado toda la historia allí mismo si Liam no lo hubiera detenido con una mirada de advertencia.

"Oh, ya sabe cómo es..." dijo Liam con tono aburrido. "Empezamos a hablar. Señora Bidwell, encantado de conocerla."

La señora Bidwell sonrió y Liam le tomó cariño al instante.

"Por supuesto que se quedarán a cenar" dijo.

"Una invitación que acojo con alegría y acepto con entusiasmo, señora. Johnny, ¿qué te parece si acomodamos los caballos?"

Mientras decía esto, Liam cruzó la mirada con Bart Bidwell y le hizo un leve asentimiento con la cabeza. Luego se dirigió hacia los corrales, llevando su bronco. Bart Bidwell lo acompañó, mientras Johnny, asustado e inseguro, los seguía con la cabeza gacha.

Tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído de la casa, Liam se dirigió a Bidwell.

"Han ocurrido algunas cosas en la ciudad" afirmó con tono grave. "Cosas serias. No quería que la señora tuviera que oírlas. Un par de tipos fueron abatidos, un tercero tiene el hombro agujereado y un jugador de poca monta llamado Smythe tiene la cara destrozada por la culata de un rifle. Johnny y yo estábamos de alguna manera involucrados."

Bidwell se giró hacia su hijo.

"Así que estabas jugando a las cartas otra vez con Smythe y esa pandilla, ¿eh? ¡Creía haberte dicho que no lo hicieras! Ahora ves a dónde te ha llevado. Y por supuesto tu viejo no sabía nada."

Johnny levantó la cabeza y miró a su padre directamente a los ojos.

"Vamos, papá" dijo simplemente. "Pégame si quieres. Me lo merezco."

Y el chico se desahogó, contando lo que había sucedido. Cuando terminó de hablar, Bidwell

lo miró con los ojos brillantes. Pero antes de que pudiera decir algo, Liam puso una mano en el brazo del hombre.

"Escúcheme, señor" comenzó, con el tono paternal que debería haber tenido Bart Bidwell. "Johnny se ha comportado como un tonto, pero se ha dado cuenta. Creo que ha aprendido una buena lección, de esas que no se olvidan. ¿No es así, Johnny?"

"Liam tiene razón," afirmó el chico con decisión. "He terminado con las cartas y el alcohol. Lo digo en serio."

Bart Bidwell suspiró y se relajó.

"Bueno, ya es algo," gruñó suavemente.

Luego se dirigió a Liam:

"Estrechémonos la mano, Sanderson. Mi esposa y yo te debemos mucho, por lo que parece. Pero debo decirte que has cometido un error: deberías haber matado también a Hancock. Pasco era una rata y Jardine otro igual. Smythe es un pícaro astuto. Pero me temo que podrías tener algunos problemas más adelante."

"Supongo que podré manejarlo," declaró Liam con tono seco. "Claro, lamento haber tenido que usar el plomo. No es exactamente mi estilo. Pero las cosas se precipitaron rápidamente y se me fueron de las manos. Solo había pensado en asustarlos, pero no fue suficiente. En cualquier caso, lo hecho, hecho está, no tiene sentido llorar sobre la leche derramada. Pero tengo una historia que contarles y algunas preguntas que hacerles que podrían ayudarme a aclarar, si no les importa."

"¡Después de lo que has hecho por Johnny!" exclamó Bidwell. "¡Demonios! De ahora en adelante, cualquier cosa que tenga es tuya, Sanderson. Ven a la casa y tómate algo. Johnny, ve a asearte y echa una siesta para quitarte la borrachera. Tienes un par de horas antes de la cena."

Frente a un vaso de whisky, Liam le contó a Bart Bidwell el propósito de su visita a Buckeye. Bidwell escuchó con atención, los ojos entrecerrados y la mandíbula cuadrada apretada. Cuando Liam terminó de hablar, el ranchero asintió.

"Has venido al lugar correcto para la información que buscas, Sanderson. Según lo que he oído, Pete Hancock compró dos rebaños considerables de ganado del Bar C 88. Era razonable y ninguno de nosotros en esta zona lo vio como un negocio turbio, así que tampoco le presté mucha atención."

"¿Qué marca usa Hancock?" preguntó Liam.

"Una 'H' alargada. Su rancho está al este, a unas diez millas de aquí. Está a menos de una docena de millas de Splitrock, en el ferrocarril A. M. & Southern. Splitrock es el punto de embarque para todos nosotros por estos lados. Supongo que es un punto que te interesa, ¿no?"

"Mucho," dijo Liam. "¿Qué tipo de reputación tiene Hancock?"

"Nada de qué presumir. Ahora que has visto por ti mismo de lo que es capaz, puedes sacar tus propias conclusiones. No ha sido atrapado aún en nada deshonesto, pero lo tenemos vigilado."

"Entonces nada le impediría comprar ganado robado."

"En absoluto. Si hay algún dólar fácil de ganar, Pete Hancock no tendrá ningún problema. Las cuestiones morales no le preocupan en absoluto. No es casualidad que haya hecho beber y jugar a un chiquillo como Johnny."

"Pasco y Jardine, ¿quiénes eran?"

"Un par de vaqueros a sueldo de Hancock. Y como ya te dije: ninguna pérdida."

Liam permaneció en silencio por un momento, reflexionando. Asintió lentamente.

"Creo que ya entiendo el asunto. Deuce Coburn hizo un trato con Hancock. Él lleva el ganado

del Bar C 88 al rancho de Hancock, donde le cambian la marca y luego lo envían desde Splitrock. Entonces se reparten las ganancias, con Hancock obteniendo un porcentaje por el uso de su marca. Si es así, creo que puedo encontrar una forma de acorralarlos. Pero tengo que pillar a Coburn con las manos en la masa, si es posible. Esta es mi idea. Dígame qué le parece."

Liam habló un poco más, mientras Bidwell lo escuchaba atentamente, asintiendo varias veces.

"Lo haré, Sanderson. Pero no tomaré ni un centavo por esto. Mis muchachos estarán encantados de tener la oportunidad de pelear. Últimamente se han vuelto inquietos porque los días son demasiado aburridos. Solo envíame un mensaje cuando creas que sea el momento adecuado y estaremos listos. Mientras tanto, enviaré a uno de los míos a Splitrock para hacer algunas preguntas. Te haré saber lo que descubra. ¿Cuándo volverás a casa?"

"Tan pronto como oscurezca. Probablemente habrá un alboroto por esa pelea en Buckeye y cuanto antes me ponga en camino, mejor. Si intentan culpar a Johnny, riéte en su cara. El chico no disparó ni una sola vez, pero estaba a punto de hacerlo. Tiene agallas, eso es seguro."

Dos horas después, Liam cenó con los Bidwell, se despidió y salió para llegar a su caballo, que había descansado y comido. Johnny lo acompañó. Mientras Liam montaba, miró al muchacho.

"En Buckeye, después de ese lío, dijiste que me debías un favor, Johnny. Estuve de acuerdo contigo y dije que cobraría ese favor más tarde. Ahora ha llegado el momento. Quiero tu promesa de hombre y de amigo de que dejarás el alcohol y las cartas de ahora en adelante. Recuerda: tienes que comportarte como un adulto. ¿Entendido?"

"Escuchaste lo que le dije a papá," replicó Johnny. "No hablé por hablar. Creía en lo que dije. He terminado con esas cosas."

Liam se inclinó desde la silla, con la mano extendida y una sonrisa radiante.

"Ahora que realmente he entendido quién eres, puedo estrecharte la mano. Y considerarte un verdadero amigo."

La atmósfera estaba tranquila alrededor de la casa principal del Bar C 88.

Lana Carlyle, con verdadero entusiasmo femenino y un ojo para la belleza, pidió consejo y sugerencias a su tía Molly Downs y comenzó a esbozar planes para embellecer el interior. Discutieron sobre cortinas, algunos muebles nuevos y algunas alfombras. Lana cogió papel y lápiz y empezó a hacer una lista de las compras necesarias. Una vez terminados los planes para el interior, se centró en el exterior e imaginó algunos parterres de flores.

Después de haberlos delineado satisfactoriamente, llamó a Deuce Coburn y le comunicó sus deseos. A su vez, Coburn puso a sus hombres a trabajar con pico y pala y supervisó personalmente la construcción de una pequeña represa en el arroyo sobre la casa, y finalmente cavó un canal de riego hasta el punto donde estarían las flores.

La mañana del segundo día después del encuentro de Lana con Liam, un jinete llegó al galope, trayendo un mensaje del juez Reynolds que decía que todos los documentos legales necesarios habían sido redactados y estaban listos para su firma.

Así que Lana se preparó para ir a la ciudad de inmediato. La señora Downs decidió concluir su visita por el momento, convencida de que Lana no tenía nada que temer, porque Coburn y sus hombres la trataban con el máximo respeto. Así que las dos mujeres partieron juntas.

Los asuntos de Lana con el juez se concluyeron pronto.

"Todo es de su propiedad, señorita Carlyle," dijo el juez, entregando los papeles a la joven. "Y

aquí está la libreta de ahorros de su tío. Muestra un saldo de aproximadamente treinta mil dólares en el banco de Healy. He tomado todas las medidas necesarias con Jacobs, el presidente del banco, y ahora puede retirar de ese saldo en cualquier momento."

Lana estaba asombrada y sin aliento ante esa noticia. "Esto... esto es realmente una fortuna," balbuceó. "No tenía idea de que..."

Reynolds se rió. "De ahora en adelante debería considerarse una señora bastante rica, querida," sonrió. "Con su rancho y ese saldo en el banco, está más o menos establecida de por vida."

No había nada en la tienda que satisficiera el gusto de Lana para cortinas o muebles, así que envió un pedido para lo que necesitaba, además de una amplia variedad de semillas de flores, bulbos, raíces y esquejes de rosas.

Lana se detuvo en casa de los Downs y cenó con Molly y su marido, Jim, un hombre amable y fuerte con los antebrazos musculosos, típicos de su oficio de herrero. Después de obtener de la señora Downs la promesa de volver a visitarla pronto, Lana salió de la ciudad al galope.

Una gran felicidad invadía su corazón mientras cabalgaba hacia casa. Su herencia era mucho más cuantiosa de lo que había imaginado, y bendijo al viejo tío que había dejado su propiedad a la hija huérfana de una hermana menor. Lamentaba no haber conocido mejor a Bert Mannering. Pero, además de todo esto, Lana sentía un sutil escalofrío al pensar que pronto volvería a ver a Liam Sanderson.

Era demasiado honesta para tratar de mentirse a sí misma sobre ese extraño sentimiento que tenía por Liam. Su vida pasada había sido muy dura y exigente, con la prioridad absoluta de ganarse la vida. Su madre había muerto cuando Lana era muy joven y su padre, un ingeniero de minas, había fallecido en un derrumbe cuando ella tenía quince años, dejándola prácticamente sin nada.

Lana había trabajado duro, adaptándose para ganarse la vida, y no había tenido tiempo para relaciones sentimentales. Había conocido a hombres que le habían ofrecido su atención, pero ninguno la había conmovido de ninguna manera.

Con Liam había sido diferente. Desde el primer momento, él la había intrigado y perturbado. Era, al mismo tiempo, un caballero franco y amable, y, sin embargo, un hombre rudo y valiente. Los ojos de Lana se iluminaron y sus mejillas se calentaron ligeramente con solo pensar en tenerlo de nuevo a su lado.

En el punto desde donde ambos valles eran visibles, Lana tiró de las riendas, mirando hacia abajo al rancho Sanderson. Inmediatamente divisó a un vaquero allí abajo, cabalgando lentamente a través del ganado disperso en el pasto. Tenía con ella unos prismáticos que había encontrado en la casa, y que evidentemente habían pertenecido a su tío. Con la ayuda de estos, identificó rápidamente al vaquero como el viejo Eagle Sanderson.

Mientras lo observaba, se le ocurrió que algún día Liam sería así: erguido, canoso, sereno, un hombre sobre el que los años pesarían poco. Una vez más, se sonrojó y se rió entre dientes, mordiendo los labios como para contener el secreto placer que brotaba en ella.

Los prismáticos recorrieron de derecha a izquierda, deteniéndose finalmente en una abertura en el bosque en la cresta que dividía los valles. Inmediatamente se tensó. Vio a otro hombre a caballo allí abajo, justo en el acto de desmontar. Lo vio luego sacar un rifle de la funda de la silla, volverse y dirigirse hacia el límite del bosque en un punto que lo llevaría a doscientos metros de donde se encontraba Eagle Sanderson.

Le tomó poco tiempo identificar a ese hombre. La figura era baja y rechoncha, con brazos largos y colgantes, piernas arqueadas y un extraño andar simiesco: ¡se trataba sin duda de Joe

Colinga!

El instinto le hizo comprender inmediatamente la urgencia de la situación. Colinga había seguido alimentando su odio contra los Sanderson con una furia ciega y salvaje. ¡Y ahora que tenía la oportunidad, mataría al viejo Eagle!

Liam le había dicho que estaba seguro de que Colinga y Glick eran los dos hombres que habían asesinado a Long Andy. Ciertamente habían sido despiadados y a sangre fría. ¡Lo que se estaba desarrollando ante sus ojos no era más que la prueba definitiva!

Pero ahora, ¿qué haría ella? No perdió más tiempo en pensamientos. Sacudió las riendas, sorprendiendo al dócil Buck, y se lanzó al galope hacia el valle. No siguió el sendero serpenteante que descendía gradualmente. En su lugar, se precipitó directamente por la empinada pendiente, agachándose sobre la silla para evitar ser derribada por los arbustos espinosos.

Eagle Sanderson estaba a media milla de distancia cuando lo vio claramente por primera vez, moviéndose lentamente mientras subía por el valle. Tal vez trescientos metros los separaban ahora, pero a la joven le parecieron una distancia infinita debido a la ansiedad. Con un último resoplido y un golpe sordo, Buck emergió de la maraña de ramas y hojas, y finalmente corrió libre en el valle abierto. Lana dejó escapar un pequeño suspiro de alivio cuando vio que el viejo ranchero aún estaba en la silla, ajeno y tranquilo.

Sin embargo, justo en ese momento, el estampido sordo y plano de un disparo de rifle resonó en el aire. Eagle Sanderson fue sacudido violentamente hacia un lado, doblándose ante una fuerza invisible, y se deslizó de la silla, desplomándose en el suelo.

Su caballo, bien entrenado y fiel, dio solo unos pasos antes de detenerse, con la cabeza levantada y las orejas erguidas hacia el punto de donde provenía el disparo.

A pesar de lo sucedido, el instinto le sugirió a Lana tirar de las riendas. Correr hacia el hombre caído ahora atraería un disparo de rifle también sobre ella, y después de todo no había nada que pudiera hacer por Eagle. Detectó un movimiento en el borde del bosque, en el punto desde donde había llegado el disparo.

Apareció Joe Colinga, que avanzaba con paso seguro, mientras cargaba otro cartucho. Al principio, Lana no entendió qué pretendía hacer. Luego se dio cuenta de que Colinga se dirigía hacia su adversario para asegurarse de haber hecho un buen trabajo. Y estaba tan concentrado en su propósito mortal que ni siquiera había notado la presencia de la joven.

El primer pensamiento de Lana fue correr directamente hacia él, cabalgar en ciega defensa del pobre hombre caído. Pero su propósito cambió inmediatamente cuando vio a Colinga detenerse, nivelar el rifle y disparar de nuevo. Vio la bala estrellarse contra el suelo y levantar polvo justo más allá de la figura tendida de Eagle Sanderson.

Fue entonces cuando una furia salvaje recorrió cada fibra de su cuerpo. Era lo más brutal y a sangre fría que Lana había visto jamás: Colinga estaba a punto de disparar de nuevo al hombre inmóvil, para asegurarse de que no tuviera ninguna posibilidad de salvación.

Entonces Lana desmontó, sacó su rifle y se alejó un poco de su caballo para arrodillarse en el suelo y apuntar. Colinga había avanzado unos metros más y había tomado puntería, cuando Lana levantó el cañón y, manteniendo apenas el blanco, apretó el gatillo.

Se sorprendió del éxito de su primer intento. Colinga cayó como un buey golpeado por un hacha. Y para mayor asombro de Lana, Eagle Sanderson había empezado a moverse e incluso se había levantado lentamente.

Lana saltó de nuevo a la silla y se lanzó al galope. Eagle Sanderson la vio llegar, su rostro severo endurecido en una máscara de dolor. Su brazo izquierdo colgaba inerte y había una mancha roja que se extendía en su camisa, sobre el hombro correspondiente.

Lana tiró bruscamente del freno y Buck se encabritó.

Luego, la joven se deslizó al suelo y corrió hacia el viejo ranchero.

"¡Señor Sanderson!" exclamó, la voz vibrante de emoción. "¡Gracias a Dios! Él... ¡no logró matarlo!"

A pesar de la debilidad y el dolor, Eagle Sanderson sonrió.

"No, querida muchacha," gruñó. "Gracias a tu intervención, no lo logró. Tengo mucho de qué disculparme contigo. Eres una verdadera mujer... una joven y fantástica mujer."

Lana se sonrojó y desahogó la tensión en una risa emocionada. Luego tomó una cantimplora de la silla y se acercó a él.

"Siéntese," ordenó. "Ese hombro necesita atención de emergencia. Cuando le haya puesto un vendaje, lo llevaré a casa."

"Espera un momento," dijo el anciano. "Primero, quiero echar un vistazo para asegurarme de que ese canalla de Colinga haya recibido lo que se merece. ¿Está tieso como un bacalao o solo herido? Has disparado un poco alto. Pude ver dónde la bala levantó polvo más allá de él. Ayúdame a levantarme."

Lana lo levantó, con el brazo sano alrededor del cuello, rodeando su torso, y haciendo lo mejor que pudo para sostener al ranchero mientras se tambaleaba lentamente hacia adelante, hasta el punto donde yacía Colinga.

"Justo como pensaba..." gruñó Eagle. "No está muerto. Lo has golpeado encima de la oreja. Afortunadamente lo notamos. Se recuperará pronto de esto. Ve a buscar mi cuerda."

Lana, agradecida en su corazón de no haber matado a ese hombre a pesar de todo, se alejó rápidamente y pronto regresó con el lazo de Eagle.

"Átalo," le ordenó el anciano. "Yo te digo cómo se hace."

La herida de Colinga era poco más que una quemadura sobre la oreja izquierda, pero el impacto de la bala había sido lo suficientemente fuerte como para dejarlo fuera de combate por unos minutos. De hecho, ya estaba empezando a moverse, aunque torpemente. Pero Lana, siguiendo el consejo de Eagle Sanderson, trabajó con rapidez. Las vueltas de cuerda y los nudos se hicieron bien y rápido. Y cuando los ojos de reptil de Colinga se entreabrieron y se abrieron, él hizo su primer intento de escape, Lana comprobó que su trabajo resistiría bien: el asesino apenas podía moverse, y no por casualidad, Colinga empezó a maldecir.

"Vámonos, Lana. Enviaré a algunos de los muchachos a recogerlo," decidió Eagle Sanderson.

Pero, al volver a los caballos, Lana insistió en lavar y vendar el hombro del ranchero, y finalmente usó su pañuelo de seda como venda.

Luego lo ayudó a montar y cabalgó a su lado, lista para sostenerlo con el brazo nuevamente, si fuera necesario. Como el viejo lobo que era, Eagle Sanderson resistió hasta llegar al Quarter Circle S. Pero allí, Sleepy Burch se apresuró a salir justo a tiempo para atrapar a su jefe cuando el viejo se desmayó.

El grito salvaje de Sleepy atrajo a otros tres trabajadores.

"Llévenlo a la cama," ordenó Lana. "Es grave, pero no creo que la herida sea fatal. Sin embargo, la bala lo atravesó completamente y ha perdido bastante sangre."

Cuando su jefe estuvo a salvo entre las sábanas, los vaqueros se volvieron hacia Lana como un solo hombre.

"¿Quién fue? ¿Y por qué?" preguntó Sleepy.

"Joe Colinga," respondió Lana, y proporcionó una breve descripción de lo sucedido. "Colinga debería estar todavía donde lo atamos," concluyó la chica. "El señor Sanderson dijo que los enviaría a ustedes a buscarlo. Aunque lo primero es que alguien vaya al pueblo a llamar a un

médico. Yo me quedaré con Eagle y haré lo que pueda."

"Nos encargaremos de llamar al médico," prometió Sleepy, con una mirada significativa a sus compañeros. "Y también nos ocuparemos de Colinga. Vamos, muchachos."

— CAPÍTULO 7 —

UNA INCURSIÓN DE MEDIANOCHE

Liam Sanderson llegó al Quarter Circle S la mañana siguiente, poco después del amanecer. El cansancio había marcado su rostro, pero sus ojos, aunque ligeramente hundidos, aún brillaban con su habitual luz vivaz y clara. Sleepy Burch lo recibió en el corral.

"Aquí se armó un alboroto," comenzó Sleepy. "Joe Colinga intentó tenderle una emboscada al viejo."

Liam se puso tenso.

"¿Hablas en serio?" preguntó con voz áspera. "¿Y cómo resultó?"

Sleepy relató lo sucedido con lujo de detalles. Cuando terminó, Liam sonrió débilmente.

"Esa chica es una maravilla, Sleepy."

"Tienes toda la razón," declaró Sleepy, compartiendo la sonrisa. "Ella y Eagle ya son uña y carne. Anoche pasé después de que el jefe se despertó, y él la hizo sentarse a su lado y le tomó la mano. ¡Casi ni yo reconocía al viejo búho!", exclamó en tono jocoso.

Liam se rió por lo bajo.

"¿Dónde han puesto a Colinga, Sleepy? Quiero hablar con esa carroña ahora mismo."

La mirada de Sleepy se volvió evasiva y pateó el suelo con el tacón de la bota.

"Bueno, verás, Liam, los muchachos estábamos un poco nerviosos cuando llegamos a por él, y empezamos a discutir sobre qué hacer con él. Y, ya sabes cómo es," levantó la mirada y sonrió, "en cierto punto de esa discusión, terminamos colgando a Colinga. Sí, señor, lo colgamos de una rama robusta. Claro, nos arrepentimos después de que todo había terminado, pero... los accidentes ocurren."

"Tienes toda la razón, Sleepy," declaró Liam solemnemente. "Los accidentes ocurren. Y a veces tienen el poder de dejar las cosas mejor de lo que estaban antes. Agradece a los muchachos de mi parte. Ahora, creo que será mejor que vaya a echarle un vistazo a mi padre."

Liam encontró al viejo Eagle disfrutando de una comida ligera, asistido por la dulce y atenta Lana. Al ver a Liam, las mejillas de la joven se tiñeron de rosa, pero logró saludarlo con compostura.

"Tu padre ha tenido un pequeño accidente," bromeó con voz tranquila. "Pero está bien."

Eagle sonrió con picardía a su hijo.

"No te dejes engañar, Liam," gruñó. "Habría muerto de no ser por ella."

"Eso mismo me acaba de decir Sleepy," murmuró Liam, dirigiendo una sonrisa de agradecimiento a Lana. "Y he oído que ustedes dos se están entendiendo de maravilla."

Eagle se rió entre dientes.

"Tienes toda la razón. Si fuera veinte años más joven, me casaría con esta chica, aunque tuviera que raptarla para tenerla. Pero nos entendemos, ¿verdad, Lana?"

Lana sonrió al anciano.

"Nos entendemos perfectamente. Por cierto, ¿qué han hecho tus hombres con Colinga?"

Liam encendió un cigarrillo, eludiendo la pregunta directa.

"Lo han puesto a buen recaudo," respondió evasivamente.

"Bueno, papá, me alegro mucho de que Colinga no haya dado en el blanco. Te habrías perdido la mayor parte de la diversión."

"¿Quieres decir que has encontrado algo?" preguntó Eagle con impaciencia.

Liam asintió.

"He encontrado bastante. Justo como imaginábamos. Estoy a punto de poner en marcha un plan que pondrá fin a todo este asunto. Así que no te agites ni te pongas nervioso. Cuídate y recupérate. Mientras tanto, yo me ocuparé del señor Deuce Coburn y su pandilla."

"¿Y cómo lo harás?, insistió Eagle.

"Eso no importa. Deja de preocuparte. ¿Ya ha desayunado, señorita Carlyle?"

Lana negó con la cabeza.

"Entonces desayunaremos juntos. Tengo un hambre de lobo."

Mientras comían, Lana observó a Liam con atención.

"No solo tienes hambre, tienes un aspecto terriblemente cansado", observó. "Te aconsejo que duermas al menos doce horas."

"No me vendría mal", admitió Liam. "Pero quiero aprovechar la oportunidad para agradecerte lo que has hecho por papá."

"Somos vecinos, ¿no?", replicó Lana con ligereza. "Deberíamos ayudarnos mutuamente. Dios sabe que tú estás haciendo mucho por mí. Tu viaje ha sido más por mi bien que por el tuyo. Así que no hablemos más de ello."

"De acuerdo", sonrió Liam. "Pero eso no me impedirá pensar en lo que has hecho. Ya he pensado bastante en ello", añadió con un significado especial.

Lana no podía sostenerle la mirada. Sus ojos se posaron en el plato y el rubor en su rostro se intensificó. Empujó hacia atrás la silla y se puso de pie.

"Es hora de que regrese a mi rancho. Tu padre está descansando tranquilamente. El doctor volverá de la ciudad esta tarde para cambiar el vendaje de la herida, después de lo cual vendré yo a renovarlo cuando sea necesario."

"Eres realmente muy valiosa", dijo Liam con voz queda. "No sabía que existieran mujeres como tú."

Su sonrisa era un poco temblorosa.

"Soy una mujer normal, en realidad. Es solo que mi preparación para convertirme en maestra de frontera incluía algunas nociones de enfermería de emergencia. En cualquier caso, me pregunto si podrías hacer que ensillaran mi caballo."

"Lo haré yo mismo", dijo Liam. "Y volveré a casa contigo. Después de la mala experiencia con Colinga, no me gusta que andes sola por el rancho."

"¡No!", protestó Lana con énfasis. "No es necesario. Duerme un poco. Si realmente insistes en que alguien me acompañe, envía a uno de los tuyos... Sleepy, por ejemplo. Es muy amable", concluyó con malicia.

"Más le vale serlo, si no quiere vérselas conmigo", gruñó Liam. "De todos modos, haré lo que quieres y se lo diré."

Sleepy Burch estaba más que feliz de complacerla y, después de acompañar a Lana a su rancho, regresó a casa con pesar. Sleepy era aún lo suficientemente joven como para conocer el encanto del enamoramiento y, aunque se daba perfecta cuenta de que cualquier sueño sobre ese tema era completamente imposible, encontraba un placer melancólico en estar en compañía de esta deslumbrante muchacha.

"Una chica como ella realmente aviva la fe de un hombre en una vida mejor", murmuró Sleepy, mientras trotaba por el sendero de regreso a casa.

Para su sorpresa, el Bar C 88 parecía desierto cuando Lana regresó. No había señales de vida por ninguna parte. Al principio, un vago temor la invadió, así que inspeccionó a fondo, hasta

irrumpir en el cobertizo del dormitorio. Una vez allí, sus temores se disiparon, porque el lugar estaba lleno de efectos personales y equipamiento. Evidentemente, Coburn y los otros vaqueros estaban fuera realizando algún trabajo en el rancho.

Volvió a la casa y se dio cuenta de que ella también estaba muy cansada, pues había dormido poco la noche anterior. Esa falta de descanso, unida a la tensión y la excitación del tiroteo, había minado sus fuerzas. Así que se sumergió en un baño caliente y luego se fue a la cama.

Era el atardecer cuando se despertó, muy descansada. Mientras se vestía, oyó el ruido de cascos que golpeaban la tierra. Mirando por la ventana, divisó a Coburn y los demás, que estaban regresando de la parte sur del valle.

Preparó y consumió una cena solitaria y estaba a punto de terminar cuando llamaron a la puerta. Al abrirla, se encontró frente a frente con Coburn.

"Buenas noches, señorita Carlyle", la saludó. "Vi su caballo en los corrales, así que sabía que había vuelto de su visita a la ciudad. Solo quería informarle que he mantenido a los muchachos ocupados todo el día preparando las cosas para la ronda de primavera. Estábamos rastreando el bosque y reuniendo el ganado que podíamos al aire libre. Me tomé la libertad de enviar a un par de muchachos a la ciudad para algunos envíos de suministros. Comenzaremos la ronda de primavera por la mañana. Sin duda, ha sido un buen invierno para el ganado. Nunca había visto una manada en mejor forma. Y el aumento de la natalidad es muy superior a lo normal."

Lana Carlyle, además de sus otros dones, era una actriz bastante buena. Por eso no mostró ningún signo de su verdadero estado de ánimo. Expresó satisfacción por la noticia, pero sus pensamientos estaban en otra cosa.

Estaba haciendo una comparación mental entre Liam Sanderson y aquel individuo que tenía delante: eran literalmente polos opuestos. Para Liam, el honor y la honestidad eran conceptos esenciales de la vida. Él era el tipo de persona que diría y defendería la verdad aunque lo ahorcaran por ello.

Deuce Coburn, en cambio, no era más que un estafador vil y mezquino, que robaba al mismo rancho que le había pagado el salario, le había dado refugio y lo había alimentado. No conocía ni el honor, ni el respeto por sí mismo, ni la lealtad.

De repente, Lana se sacudió de su reflexión para encontrarse nuevamente frente a la fea cara del capataz, que la miraba de manera extraña: había un aire de lujuria en sus ojos que le hizo correr la sangre por las venas. Llevaba puesto un sencillo vestido de casa de guinga azul, que inconscientemente resaltaba el maravilloso color de sus ojos y destacaba la belleza de su cuerpo de manera sorprendente. Tanto que, si Coburn hubiera sido un lobo, sin duda se habría relamido los bigotes.

"Es realmente fácil trabajar para una jefa como usted", murmuró, con lo que pretendía ser una mirada cautivadora. "La mayoría de los hombres estarían completamente satisfechos con una o dos sonrisas en lugar de un salario."

"No me parece que este sea el momento de discutir asuntos semejantes, si no le importa", dijo Lana fríamente. "Debe estar cansado después de un largo día de trabajo."

Experto como era, Coburn captó la indirecta y, ante la fría y distante mirada de Lana, con un gruñido áspero no le quedó más remedio que desearle buenas noches e irse.

Pasado un momento, Lana se aseguró de cerrar la puerta tras él, dando varias vueltas a la llave.

De nuevo sola, no pudo evitar rumiar sobre lo que acababa de soportar.

"Eres un ladrón mentiroso y cobarde," murmuró evocando con disgusto la imagen de Coburn. "Me sorprende que un hombre como el juez Reynolds se deje engañar por un canalla como tú."

Doy gracias al cielo que Liam no se quedara con las primeras impresiones... menos mal que está él..."

Lana esperó un poco más antes de retirarse a su habitación. A pesar de la hora, nunca se había sentido más despierta; ni, por otra parte, tan vagamente inquieta. La noche estaba tan silenciosa, tan sombría y, de alguna manera, eso la hacía sentir amenazada.

Fue a una ventana que daba al cobertizo del dormitorio y a los corrales y se sentó allí. Podía ver las luces del cobertizo y, de vez en cuando, captar fragmentos de voces indistintas.

En la espesura sobre la casa, un coyote estaba aullando. Poco después, desde la cresta al otro lado del valle, un búho se unió al coro lúgubre y su canto se prolongó aún más.

Lejos, al fondo del valle, una vaca mugió como si algo la hubiera herido. Lana se estremeció y tragó con dificultad. Fue como si oyera esos sonidos por primera vez. Una terrible soledad, nunca experimentada hasta entonces, la atenazó. No lograba explicárselo.

Nunca se había sentido así antes de esa noche. Durante todo ese largo viaje solitario desde Lee's Ferry, a través de las Badlands de Wild Horse y el desierto de Durango, nunca había sentido nada parecido a lo que experimentaba ahora. Y sin embargo, allí, segura en su propia casa, con una docena de trabajadores a su disposición, poco faltaba para que se echara a llorar.

Luego el rostro bronceado y amable de aquel muchacho cariñoso apareció en su mente como la luz del amanecer. Y al menos en parte se calmó. Y comprendió. Eso era lo que le faltaba. Eso era lo que necesitaba en ese momento. Pero por suerte, Liam estaba allí, y estaba allí para ella. Y sería lo que la haría seguir adelante a pesar de cualquier cosa que tuviera que soportar. Porque si no fuera por él, probablemente al día siguiente habría huido de allí.

El borde oriental del mundo adquirió un tono plateado y bruñido y pronto la luna apareció en el horizonte, redonda, fría y pura. Creó sombras intensas bajo los árboles, pero iluminó los espacios abiertos casi como si fuera de día. En medio del silencio, Lana escuchó el trote constante de un caballo que avanzaba lentamente. Su corazón dio un vuelco; tal vez era Liam, respondiendo a sus plegarias, como ya había hecho otras veces.

Pero rápidamente comprendió que se equivocaba. Liam no aparecería esa noche. Aun así, sonrió. Ese repentino sobresalto de su corazón le dejó claro lo que antes apenas sospechaba: estaba enamorada de Liam Sanderson. En un instante, olvidó el caballo que se acercaba, y su mente se perdió bajo la luz de la luna mientras esa nueva emoción le inundaba el pecho y el vientre con una cálida caricia.

Se aferró a ese pensamiento con avidez, y sus labios se entreabrieron en un éxtasis extraño mientras miraba fijamente hacia el lugar donde Liam Sanderson seguramente ya dormía. Aunque la sensación la sorprendiera, lo aceptó: lo que más deseaba en ese momento era abrazarlo, acariciarlo y dormir entre sus brazos.

El sonido de una voz ronca y empapada de whisky la sacó bruscamente de su ensoñación.

"¡Eh, Coburn! ¡Sal fuera, maldita sea!"

La puerta del cobertizo se abrió con furia, y Deuce Coburn apareció en el umbral.

"¿Quién es?", graznó el capataz con desconfianza. "¿Quién demonios viene a estas horas?"

"Soy yo, Texas Jack. Manda a alguien para que se ocupe de mi caballo. Estoy muerto de cansancio. Acabo de llegar de Buckeye. Es Pete Hancock quien me envía. Quiere que..."

"¡Cierra el pico!", gruñó Coburn. "Debes estar borracho para gritar esas cosas para que todo el mundo las escuche. ¡Cállate y entra!"

Texas Jack masculló algunas maldiciones, pero luego se calmó. Lana lo vio seguir a Coburn al cobertizo. Un momento después, salió otro hombre y condujo el caballo del recién llegado

hacia los corrales.

Durante un largo rato, Lana permaneció inmóvil, pero su mente no dejaba de correr. ¡Texas Jack!

Era el bruto borracho que la había importunado el primer día en Thunder City, y que luego había sido castigado rápidamente por el puño de Liam. Pero, ¿qué hacía allí ahora? ¿Qué noticias podía traer a Coburn de parte de Hancock desde Buckeye?

En su mente relampagueó la teoría que Liam Sanderson había propuesto a su padre y a ella: Hancock estaba confabulado con Coburn para robar ganado del rancho Bar C 88, y la visita nocturna de Texas Jack debía estar relacionada con esos asuntos. Liam había regresado recientemente de Buckeye, y probablemente su misión tenía ese mismo propósito.

Ideas audaces pasaron por la mente de Lana. Quería oír lo que Texas Jack tenía que decir a Coburn. Y solo había una forma de lograrlo. Corrió hacia donde estaban colgadas sus alforjas, sacó su pequeña pero letal Colt calibre 38, y luego salió de la casa, escondiéndose en la sombra bajo los árboles.

Esperó allí hasta que vio al vaquero que había llevado el caballo de Texas Jack entrar en el cobertizo. Luego, pasando de sombra en sombra, se precipitó hacia los corrales. Al abrigo de estos, atravesó corriendo un espacio abierto, refugiándose en la sombra que proyectaba la barraca. Allí se detuvo un momento para recuperar el aliento. A partir de ese punto, avanzó lentamente a lo largo del muro hasta llegar a una ventana parcialmente abierta. Justo al lado de esta se acurrucó, inmóvil, pues las voces en el interior eran bastante claras.

Texas Jack estaba hablando.

"Ese maldito Liam Sanderson realmente ha agitado las cosas allá en Buckeye. Se metió en una partida de cartas en la que jugaba Hancock. Hancock, junto con un tramposo llamado Smythe y dos de sus vaqueros, estaba desplumando a un chico del lugar. Smythe no fue lo suficientemente hábil para engañar a Sanderson, y Sanderson lo desenmascaró. A partir de ahí, todo se precipitó.

En cualquier caso, cuando la pelea terminó, Smythe tenía la cara destrozada por la culata de un rifle, Hancock estaba herido, y sus dos hombres murieron. Naturalmente, Hancock está furioso. Quiere la cabeza de Sanderson y dice que pagará bien por ella. Pero ha adivinado por qué Sanderson podría estar allí, y me envió para advertirte que tengas cuidado."

"Pete Hancock no ha adivinado nada que yo no supiera ya", respondió Coburn. "Las cosas se están poniendo incómodas últimamente. Así que los muchachos y yo hemos decidido dar un último golpe, un golpe que limpiará este maldito rancho de arriba a abajo. Hemos estado todo el día rastreando y concentrando el ganado en la parte baja del valle.

Mañana, con el pretexto de iniciar la reunión, recogeremos todos los animales que podamos, junto con todos los objetos de valor del Quarter Circle S que encontremos. Y al caer la noche, nos iremos. Para la mañana siguiente, estaremos bien encaminados hacia Buckeye y, cuando esos tontos se despierten y se den cuenta de lo que ha pasado, ya estaremos a salvo en el territorio de Hancock. ¿Qué te parece?"

Texas Jack pareció reflexionar.

"Bueno", dijo lentamente, "podría funcionar si los Sanderson estuvieran fuera del juego. Esta mujer al frente del Bar C 88 no cuenta para nada, por supuesto. Pero esos malditos Sanderson..."

Coburn se rió brutalmente.

"No te preocupes por los Sanderson. Ya está Joe Colinga ocupándose de ellos. Joe solo está esperando su oportunidad. No te sorprendas si oyes que uno o ambos Sanderson han sido agujereados por alguna bala. Joe hará un mejor trabajo que Spider Glick, puedes estar seguro.

Spider era demasiado confiado. Estaba convencido de que nadie podía vencerlo con la pistola, y le gustaba tener el objetivo a corta distancia. Siempre decía que le gustaba verlos patalear mientras morían. Pero subestimó a su último adversario. Joe, en cambio, es más paciente. Los pillaré, ya verás."

Texas Jack maldijo.

"¡Definitivamente le invitaré una copa si lo logra! Por cierto, tengo una idea. Ya que vamos a limpiar este rancho mañana por la noche, ¿por qué no nos llevamos también a esa chica? ¡Esa pequeña peste altanera! Me gustaría tener la oportunidad de domarla un poco."

Un coro de protestas se levantó contra su repugnante propósito.

"¡Ni hablar!", dijo una voz que Lana reconoció como la de Dopey. "No queremos a ninguna mujer en esto. El robo de ganado ya es bastante grave, pero el secuestro de una mujer está fuera de discusión. Si intentan siquiera hacerlo, ¡yo lo dejo todo!"

Otras voces secundaron la prudencia de Dopey, y Texas Jack finalmente se calmó.

Lana no esperó a oír más. Lo que había escuchado ya hacía que cada fibra de su cuerpo temblara de rabia. En ese momento, algo indescriptiblemente violento pulsaba dentro de ella. Sentía que, si tuviera la oportunidad, acribillaría a balazos a toda la banda de traidores y ladrones que, por un breve y fatuo periodo, había creído que estaban trabajando para sus intereses.

Pero era demasiado lúcida para perder el tiempo en lamentaciones y rabia. Tenía que actuar: era necesario hacer algo resolutivo. Ágil como una sombra, se alejó del cobertizo hacia los corrales y luego regresó al rancho. Allí se cambió rápidamente, poniéndose una camisa, vaqueros y botas. Dejando una luz encendida en su habitación, se colocó el revólver en el cinturón, tomó el rifle que estaba en el rincón y se deslizó de nuevo en la noche.

Esta vez salió por el lado opuesto del cobertizo, dio un rodeo bajo los corrales y luego se dirigió directamente al suroeste, cruzando el valle. El mundo estaba inmóvil, como congelado bajo el resplandor plateado de la luna. En otras circunstancias, Lana habría admirado la majestuosidad de la naturaleza. Esa noche, sin embargo, debía ser fríamente práctica. Apreciaba la luz lunar solo porque facilitaba su camino.

Cruzó el valle de la manera más directa, dirigiéndose hacia la cresta boscosa que separaba su rancho del de los Sanderson. Al principio había pensado en usar un caballo, pero descartó la idea de inmediato: caminando tendría menos probabilidades de ser descubierta. El aire fresco de la noche punzaba sus pulmones, puro, frío y enérgico. La cresta boscosa se acercaba cada vez más, gracias a su paso rápido y seguro.

Estaba oscuro bajo los imponentes árboles, y su ritmo se volvió, por necesidad, más lento. Pero no se permitió descansar. Al contrario, la urgencia de la situación la impulsaba continuamente. Bajo sus pies, la alfombra de agujas de pino levantaba en el aire húmedo de la noche una fragancia balsámica que le picaba en la garganta.

El largo viaje terminó bajo las frías y brillantes estrellas del amanecer. La masa de los edificios del rancho del Quarter Circle S se alzaba frente a ella, inmóvil y silenciosa. Preocupada por el viejo Eagle Sanderson y su necesidad de descanso, se dirigió hacia la casa donde lo habían dejado para recuperarse. La puerta estaba abierta, y a través de ella provenía el sonido de una respiración pesada y un suave ronquido.

"¡Sleepy!", llamó en voz baja. "¡Sleepy Burch!"

Hubo un movimiento desde el interior, y el chasquido del seguro de una pistola al ser liberado.

"¿Quién es?", resonó la voz de Sleepy, dura y sospechosa.

"Lana Carlyle. ¡Rápido! ¡Necesito hablar con Liam!"

Sonrió ante el murmullo de completa sorpresa de Sleepy, y escuchó el ruido de sus botas al ponérselas. El hombre salió por la puerta, despeinado y desaliñado por el sueño y por haberse vestido apresuradamente.

"¿Usted?!", exclamó. "¡Señorita Carlyle! ¡Santo cielo! ¿De qué se trata esta vez?"

"Puedes escuchar mientras se lo digo a Liam. ¡Haz que venga aquí! ¡Date prisa!"

Sleepy se dirigió hacia la casa principal, corriendo torpemente, todavía aturdido y nublado por el sueño. Lana lo siguió más lentamente, y cuando llegó a los escalones del porche, Liam salió, con Sleepy pisándole los talones. Los ojos de Liam parecían arder en la oscuridad, y su simple mirada hizo que el corazón de Lana latiera con fuerza.

"¿Qué sucede, Lana?" le preguntó bruscamente.

Lana relató en pocas palabras la llegada de Texas Jack al Bar C 88 y lo que había oído entre él y Deuce Coburn.

Liam escuchó atentamente. Cuando ella terminó, descubrió que le había tomado ambas manos y las apretaba con fuerza.

"Liam, tal vez pienses que estoy loca... pero pensé que deberías saberlo de inmediato..."

"Al contrario, Lana. Esto es lo que esperaba que sucediera, y es también lo que necesitábamos. Significa que los atraparemos con las manos en la masa, y esto jugará a nuestro favor. Al informarme de inmediato, acabas de garantizar el éxito de mi plan. Más tarde, te diré lo que pienso de tu valentía y tu buen instinto, pequeña zorra. Por ahora, solo puedo decir que me siento inmensamente afortunado de tenerte de mi lado. No podría haber deseado nada mejor."

Para acallar el trueno de su corazón y enmascarar su confusión, Lana habló de nuevo.

"Liam, ese cobarde mentiroso de Coburn ha enviado a Joe Colinga a cazarte a ti y a tu padre. Lo ha mandado para acabar con ustedes dos. Y envió a Spider Glick antes que a Colinga. Oh, sé que no debería sentirme así. Tal vez sea malvado por mi parte... pero desearía que hombres como ellos fueran borrados de este mundo. Y si sucediera, nunca sentiría ni un mínimo de piedad."

"Entiendo", dijo Liam en voz baja. "Tienes derecho a sentirte así. No te valoro menos por ello. Nos ocuparemos del señor Coburn a nuestra manera y en su debido momento. ¡Sleepy!", aquí su voz se volvió enérgica e incisiva. "Tienes una larga cabalgata por delante. Será mejor que partas ahora. Llévate un relevo de cuatro caballos. Te dirigirás a Buckeye. Al norte de Buckeye está el rancho Wineglass. Bart Bidwell lo dirige. Encuéntralo y dile que el ganado está en camino. Salt Creek es el lugar. Entenderá qué hacer, porque te está esperando. ¡Date prisa! Te prepararé algo de comida mientras alistas los caballos."

Sleepy se comportó como un buen soldado. Tomó las órdenes de Liam al pie de la letra y sin discutir. Se apresuró hacia el corral de caballos, mientras Liam conducía a Lana al rancho, donde encendió una lámpara y le señaló la despensa cerca de la gran cocina. El cocinero del Quarter Circle S dormía en el barracón con los demás hombres, y Liam no quiso molestarlo. Tomó un saco de harina vacío y lo llenó de comida, luego regresó al corral. Sleepy estaba listo. Ató la comida detrás de la silla, enganchó un par de cantimploras al pomo de la silla y montó.

"Adiós, muchachos", dijo con voz pausada. "Nos vemos."

Se lanzó a la noche, con el relevo de caballos siguiéndolo a toda prisa.

Mientras el ruido de la cabalgata de Sleepy se desvanecía, Liam se volvió hacia Lana.

"Esa larga caminata debe haberte abierto el apetito", dijo, guiñándole un ojo juguetonamente. "¿Qué te parece si preparamos un pequeño desayuno? Luego ensillaré un par de caballos y te llevaré a casa. Aún faltan tres horas para el amanecer, y para estar seguros, queremos que Coburn piense que has estado en casa toda la noche. Si llegara a investigar y descubrir que has desaparecido, podría sospechar y evitar hacer sus movimientos, lo que echaría por tierra todos

nuestros planes."

"¿Quieres saber qué te digo? Digo que tengo hambre, Liam Sanderson", admitió Lana, y su rostro se iluminó con una sonrisa radiante.

Juntos prepararon la comida, luego se sentaron frente a frente y la comieron. Sin embargo, no hablaron mucho. Una extraña y trepidante tensión flotaba entre ellos. Era como si ambos no estuvieran dispuestos a confiar en sus propias emociones. El destino, la casualidad, o algo así, estaba acercando cada vez más las vidas de estos dos jóvenes, soldándolas en lazos de respeto y afecto mutuos. Ambos se dieron cuenta de ello, y una dulce timidez los envolvió.

Todavía estaban en silencio mientras cabalgaban hacia el Bar C 88, pero era un silencio del que ambos, extrañamente, se sentían contentos. Solo cuando habían cruzado la cresta entre los dos valles y se encontraban en los márgenes del campo abierto, Liam habló. Se había detenido y estaba mirando fijamente el punto donde se encontraban los edificios del Bar C 88.

"Es mejor que sigas a pie desde aquí", decidió Liam. "Todo parece bastante tranquilo. Cuando llegues, enciende una luz dos veces desde una ventana de este lado. Eso me hará saber que has llegado sana y salva."

Quería decir algo más, algo que no fuera tan trivial, pero por alguna razón, las palabras no le salían. Y la misma inhibición bloqueaba los labios de Lana.

"Buenas noches, Liam," se limitó a decir ella en voz baja.

Luego se deslizó al suelo y se apresuró, desapareciendo en la niebla. Liam desmontó y se acuclilló sobre sus talones, liándose un cigarrillo. Ningún sonido le llegó de los edificios y, después de un rato, una luz parpadeó dos veces en la noche. Asintió y se levantó, como para montar. Pero sacudió lentamente la cabeza.

"No," murmuró. "Tú te quedas aquí, Liam Sanderson, hasta que veas moverse a esa banda de coyotes. Tal vez ese miserable de Texas Jack ha convencido a Coburn de llevarse a Lana con ellos. Me quedo hasta estar seguro."

Y así permaneció, sentado con la espalda apoyada en el tronco de un enorme pino, esperando con la paciencia de un indio mientras la noche cedía paso al amanecer que comenzaba a disipar las nieblas. Vio a los trabajadores renegados del Bar C 88 levantarse y dedicarse a sus preparativos.

Y finalmente los vio partir, cabalgando hacia el sur por el centro del valle. Cuando hubieron desaparecido, con Texas Jack entre ellos, Liam se levantó de un salto, montó a caballo y regresó a casa cruzando la cresta.

— CAPÍTULO 8 —

LA INCURSIÓN DE COBURN

Durante todo el día, los jinetes renegados del Bar C 88 trabajaron febrilmente. El ganado que habían reunido en el valle el día anterior se había dispersado un poco, pero no sería un problema. Los animales fueron reagrupados nuevamente y comenzaron a moverse hacia el extremo inferior del valle. Dejándolos al cuidado de tres de sus hombres, Coburn envió a los demás de vuelta entre los árboles para recoger a los rezagados que se habían pasado por alto el día anterior.

"Esta es nuestra última gran oportunidad de dar un gran golpe," gruñó. "No podemos dejar escapar nada."

No hubo quejas por parte de los vaqueros. Cuanto más ganado reunieran en ese rebaño robado, mayor sería su parte de las ganancias, así que no escatimaron ni en sí mismos ni en sus caballos. Coburn incluso había reunido un pequeño grupo de caballos de refresco para que, en cuanto un bronco mostrara signos de agotamiento, el vaquero pudiera elegir una montura fresca. Estos hombres, a pesar de su naturaleza deshonestas, eran rancheros de primera categoría, hombres que conocían su oficio, y por lo tanto no había nada que se dejara al azar.

Coburn se asignó a sí mismo y a Texas Jack como vigilantes. Eligió como su punto de observación un lugar en la cresta que dividía las montañas del Bar C 88 y del Quarter Circle S. Desde ese punto, con la ayuda de unos prismáticos, podía escudriñar todo lo que sucedía en el rancho de Sanderson. Pero no logró encontrar ningún rastro de actividad anormal. Después de una larga observación, bajó los prismáticos con una sonrisa de burla.

"Creo que eres un listo, Liam Sanderson," murmuró. "Pero en este momento seguramente estarás dormitando como un bebé. Cuando te despiertes y te des cuenta de lo que está pasando, ya estaremos lejos de aquí, demasiado lejos para que puedas hacer algo. Y algún día, tal vez, nos encontraremos de nuevo, tú y yo. Entonces saldará cuentas, si Joe Colinga no se me ha adelantado."

Al mediodía, los miembros de la banda se detuvieron para un bocado rápido, luego reanudaron su trabajo. Y cuando el sol se puso y se reunieron alrededor de Coburn, este se dio cuenta, por el tamaño del rebaño frente a ellos, que el territorio del Bar C 88 había sido completamente limpiado.

"Comamos y descansemos una hora," propuso Coburn, "luego partimos. Sé que estáis cansados, muchachos, pero no es momento de detenerse."

"Cansado? ¡Diablos!" soltó uno de los vaqueros. "He cabalgado treinta y seis horas seguidas, más de una vez en mi vida, ¡y por unos salarios de miseria! Con un verdadero interés a la vista, cabalgaré incluso cincuenta si es necesario. Creo que el resto de la banda piensa lo mismo."

Por los gestos de asentimiento y gruñidos de aprobación, estaba claro que había expresado los sentimientos de todos los compañeros.

Había reunido a una banda de hombres duros y tenaces, razonó Coburn, que se partirían gustosamente la espalda antes de renunciar a llevar a cabo ese plan con un botín tan goloso.

Coburn volvió a pensar una vez más en Liam Sanderson, en Lana Carlyle y, en particular, en ese viejo tonto y gordo del juez Reynolds.

Y consideró que bien podía permitirse esa risa de burla y desprecio que ahora estaba siseando a través de sus dientes podridos.

En el Quarter Circle S, Liam Sanderson se movía con calma. Se encontró con los hombres en el desayuno y les dijo que se quedaran cerca del rancho y que pusieran en buenas condiciones sus sillas de montar, rifles y cinturones para pistolas. Cuando le preguntaron por la ausencia de Sleepy Burch, Liam se limitó a sonreír.

"¿Sabéis qué?" dijo Shorty Pierce, frotando con fuerza un trapo de limpieza arriba y abajo por el cañón de su Winchester. "Juro por Dios que escuché a alguien sacando a Sleepy de la cama en las primeras horas de la mañana. No me desperté del todo, pero los escuché igual, como si estuviera medio dormido."

"Tú y tus sueños," resopló Bob Rennifer, el mejor amigo y atormentador perpetuo de Shorty. "Siempre tienes la cabeza en las nubes, ¿esa es la verdad! Lo único que puedes haber escuchado es a Jim roncando, ¡y eso es todo!" y diciendo esto, Bob le guiñó un ojo a Jim Staley, un viejo rechoncho con pequeños ojos brillantes y un rostro serio color caoba. Jim asintió.

"O eso, o el fantasma de Joe Colinga que lo estaba persiguiendo, Bob," concordó el viejo con gravedad. "Sabes que me quedé impactado por la forma en que Shorty se comportó anteayer. Estaba completamente sediento de sangre. La manera en que tiraba de la cuerda cuando colgamos a Colinga casi me horrorizó, se podría decir."

El rostro redondo y rosado de Shorty se volvió rojo ladrillo. A decir verdad, el mismo Shorty había estado un poco asqueado por el espectáculo de la justicia rápida y severa que los hombres del Quarter Circle S habían infligido al renegado asesino.

"¡Por supuesto!" replicó. "Vosotros, canallas, os creéis muy listos, ¿verdad? Solo porque tenéis tripas de acero. Pero si sabéis tanto, entonces ¿dónde está Sleepy? ¡Responded a eso, si podéis!"

Bob miró a Shorty con una mezcla de lástima y asombro.

"¿De verdad no lo sabes, Shorty? Vaya, es realmente una pena. Sleepy se fue a Kalamazoo a pedir prestada una llave inglesa para zurdos."

Shorty arrojó su Winchester sobre el catre y se precipitó hacia la puerta del barracón. Allí se dio la vuelta.

"¡Bah! Cuánta palabrería de un borracho patizambo con cara de caballo. ¡Bah!"

Y con ese último exabrupto, se alejó cojeando hacia el cobertizo de las sillas con toda la dignidad que su maltrecho cuerpo de un metro sesenta podía contener.

Mientras tanto, Jim Staley se acurrucó en su camastro, conteniendo las carcajadas que amenazaban con salir. Bob Rennifer, por su parte, no hizo ningún esfuerzo por ocultar la sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

José Salvatore, un joven vaquero mexicano ágil, esbelto y de rostro risueño, que podía presumir de la amistad y admiración incondicional de todos los hombres del rancho, sonrió amablemente. Sin embargo, detrás de esa fachada bromista, cada uno de ellos sabía que se avecinaba un asunto serio, y sus preparativos debían ser precisos y meticulosos. A media tarde estaban listos, sin descuidar ni un detalle. Fue entonces cuando Liam los reunió de nuevo a su alrededor.

Liam les contó lo que se avecinaba y expuso sus planes:

"Podríamos ir allí ahora mismo y echar todo a perder," comenzó. "Pero no obtendría los resultados que quiero. Coburn podría alegar que simplemente estaba reuniendo el ganado de la manera habitual. Y aunque nosotros sabemos lo contrario, no podríamos probarlo. Así que los dejaremos actuar. Partirán esta noche. Les permitiremos cabalgar toda la noche, y nosotros los seguiremos. Por la mañana estarán donde los queremos. Coburn no tendrá coartada. Entonces lo atraparemos con las manos en la masa. Y limpiaremos el valle de una vez por todas de su

presencia y la de sus secuaces."

"Supongamos," intervino Jim Staley con tono suspicaz, "supongamos que cuando los alcancemos no decidan pelear, Liam. Tal vez huyan y sigan corriendo. Recuperaremos el ganado, pero esas pieles roñosas tuyas no sufrirán ni un rasguño."

Liam asintió: "Tranquilo, he pensado en eso, Jim, y he tomado precauciones. Por eso Sleepy no está aquí con nosotros. Lo envié temprano esta mañana para llevar un mensaje a Bart Bidwell, que dirige el rancho Wineglass al norte de Buckeye. Bart es amigo mío y sabrá qué hacer. Se apostará con algunos de sus hombres entre los sauces a lo largo de Salt Creek. Y si a Coburn se le ocurre perder la cabeza y huir, Bart lo estará esperando."

Shorty se volvió triunfante hacia Bob y Jim. "¡Ja! ¡Cabezas de chorlito! ¿No os dije que oí a alguien llamar a Sleepy muy temprano esta mañana? Creíais que erais vosotros los listos, ¿verdad?"

"Está bien. Tú ganas, camaroncito," sonrió Bob. "Tú ganas, ¿contento?"

"¡Claro que gano yo, maldita sea! ¡Porque yo siempre tengo razón!" exclamó Shorty. "¿Cuándo partimos, Liam?"

"No hay prisa," dijo Liam con calma. "Aunque esperemos hasta medianoche, podemos alcanzarlos fácilmente al amanecer. No tienen forma de moverse muy rápido con el ganado. Así que, ya que vais a perder un montón de sueño esta noche, bien podríais descansar un poco mientras podáis."

En la brisa fresca y vigorizante de la noche, Liam y sus hombres ensillaron los caballos. No hubo retrasos en su partida. Liam tomó la delantera y se dirigieron hacia el sureste, rodeando el extremo inferior de la cresta que dividía los dos valles. Cuando alcanzaron la meseta y giraron directamente hacia el este, un sonido cavernoso y repetitivo llegó a sus oídos. Era el lamento conjunto del ganado sometido a una marcha forzada.

Liam se detuvo mientras se liaba un cigarrillo. "Acaban de salir del extremo inferior del rancho Bar C 88," anunció. "Tenemos tiempo de sobra. Tomadlo con calma."

Esperaron una buena media hora antes de ponerse en marcha de nuevo, luego se posicionaron directamente detrás del ganado robado, a unos ochocientos metros de distancia. El penetrante olor del ganado flotaba denso en el aire húmedo. Liam llamó a José Salvatore, su jinete mexicano.

"José, tú eres, con diferencia, el mejor explorador de este grupo. Acércate sigilosamente y echa un vistazo a esa banda. Mira si actúan de forma sospechosa. Podrían haber puesto algún tipo de retaguardia. Y no queremos meternos de cabeza en una emboscada."

Los dientes blancos de José brillaron en una sonrisa y el joven se alejó al galope. Liam mantuvo su ritmo y el de los demás a paso lento. Pasó poco menos de una hora. José regresó para informar que los asaltantes no tenían retaguardia, sino que estaban concentrando a todos los hombres en la tarea de mover el ganado lo más rápido posible. Y, en efecto, volvió a escucharse el mugido de protesta del ganado, resonando de vez en cuando débilmente y alternándose con el agudo grito de alguno de los rancheros, que empujaba la manada hacia adelante.

"Maldita sea," meditó Liam, "Coburn no cree en absoluto en mi sentido común. Debe haber pensado que me pillaría completamente desprevenido. Bueno, siempre ha sido demasiado confiado. Aprenderá su lección demasiado tarde."

Cuando el amanecer, gris y gélido, iluminó el horizonte, el ganado había superado el punto donde la meseta descendía hacia el límite del desierto. La cautela de Liam aumentó. Ser visto ahora lo arruinaría todo. Por lo tanto, se dirigió hacia la base de las montañas Cobalt, ocultándose en el bosque.

"Los rodearemos desde aquí," explicó. "Podremos estar más cerca de esta manera, sin el riesgo de ser detectados."

"¿Cuándo los atraparemos, Liam?" preguntó Shorty impaciente. "Esos bribones ya han recorrido un buen trecho."

"Esperaremos hasta llegar a Salt Creek," respondió Liam.

Bob Rennifer miró a su rechoncho compañero. "¿Qué es toda esta determinación, camarón? ¿Has bebido leche de tigre esta mañana? Nunca te he visto tan lleno de coraje y ganas de actuar. Apuesto a que al primer disparo de una pistola saldrás corriendo como una niña."

"¡¿Ah, sí?!" saltó Shorty. "Si huyo, tendré que tener cuidado de no ahogarme con el polvo que levantarías mientras me abres camino."

El sol salió y se elevó. El ganado estaba lejos y casi oculto por el polvo que flotaba en el aire. A lo lejos, se extendía una delgada línea verdosa: Salt Creek. Liam se detuvo de nuevo, su actitud era vivaz y segura. "Bob, tú y Shorty cortad directamente hacia el sur hasta que lleguéis mucho más allá del ganado. Luego girad hacia el este y moveos rápidamente. José y Jim, tomad este lado. Moveos por los flancos y no dejéis que nadie pase. Yo mismo mantendré el centro.

Este era un trabajo que había que hacer desde hace tiempo.

Ahora que estamos aquí, vamos a hacerlo bien.

Y tened cuidado: esa gente preferiría con mucho el plomo antes que una cuerda al cuello. Yo también lo preferiría. ¿Entendéis a lo que nos enfrentamos?"

Los hombres de Liam asintieron.

"¡Bien! Una cosa más: Bart Bidwell y sus muchachos están a lo largo del riachuelo. Tened cuidado de no disparar a esos sauces. La cosa debería terminar rápido. ¡Pongámonos en marcha y... buena suerte a todos nosotros!"

La larga espera había terminado, y finalmente era hora de pasar a la acción. La trampa había sido colocada, la presa había entrado en ella y solo quedaba llegar al acto final y hacer que la trampa se cerrara. Inclclinados sobre sus sillas, los hombres de Liam se alejaron al galope.

Liam había tomado la posición más peligrosa para sí mismo. Lo hacía sin ningún propósito heroico; era simplemente el credo con el que había nacido y crecido. Sabía que al primer atisbo de sorpresa, Coburn y sus hombres se lanzarían hacia adelante. Pero la bienvenida que recibirían en el arroyo los haría retroceder, como una ola que golpea una costa rocosa. Lo que quedara de ellos se le vendría encima. Algunos podrían desviarse hacia los lados, pero volverían cuando se encontraran con la acogida de Bob, Shorty, José y Jim.

Los cinco habían casi alcanzado las posiciones deseadas antes de que los ladrones descubrieran lo que se había preparado para ellos. La prueba fue el trueno de algunos disparos que levantaron nubes de tierra en los senderos polvorientos alrededor de Shorty y Bob. Los dos no perdieron tiempo en responder a los disparos, y desde el flanco opuesto José y Jim hicieron lo mismo.

Atrapado entre dos fuegos, Coburn reaccionó tal como Liam había previsto. Llamó a sus secuaces, decidió que en cuanto al ganado era una causa perdida, y se lanzó directamente hacia Salt Creek. Sin embargo, en esa dirección solo encontraron más desaliento y peligro, ya que una descarga de fusilería a larga distancia derribó a dos hombres y un caballo.

El caballo resultó ser el de Coburn. Este se liberó de la silla mientras la bestia caída se retorció en el suelo, y saltó a toda prisa sobre una de las monturas que había perdido a uno de sus compañeros. Era el caballo de Dopey. El propio Dopey yacía hecho un ovillo en un montón confuso, al final de un tortuoso sendero que había recorrido toda su vida.

Coburn intentó entonces el flanco norte, pensando que si llegaba a los árboles podría escapar. Perdió a otro hombre en ese intento, abatido por la mortal precisión del Winchester de Jim Staley. Otro de la banda de Coburn, corriendo hacia el sur paralelamente al arroyo, se encontró bloqueado por los vigilantes Shorty y Bob. Luchó desesperadamente, maldiciendo.

Shorty cayó, con un lado de la cabeza ensangrentado. Bob Rennifer, con una maldición furibunda, se lanzó contra el ladrón, disparando en cada salto de su caballo hasta que lo acertó haciéndolo caer al suelo. Luego Bob volvió corriendo junto a su compañero y recibió palabras de agradecimiento cuando descubrió que Shorty solo había sido rasguñado.

Hasta ese momento, Liam no había disparado un solo tiro. En realidad, aún no había tenido a nadie a tiro. Pero podía seguir fácilmente el curso de la batalla por el sonido de los fusiles. Y estaba particularmente complacido por la descarga que provenía de los meandros del Salt Creek cubiertos de sauces.

"Esto debería arreglar las cosas," murmuró para sí. "Era la apuesta más grande de mi partida. Si Sleepy no hubiera logrado convencer a Bidwell de intervenir, entonces estos canallas seguramente habrían logrado escapar. Pero tal como están las cosas..."

El polvo que se elevaba en el aire en nubes cada vez más densas le irritaba los ojos. El ganado se agitaba y mugía asustado y confundido, pero la sed era más fuerte que cualquier miedo a los disparos, y el avance hacia el agua del Salt Creek era constante. De repente, el ganado se dividió y de entre el polvo salieron dos rancheros, inclinados hacia adelante y espoleando como locos a sus caballos. No vieron a Liam hasta que estuvieron a diez metros de él. Uno hizo encabritar a su caballo, el otro se desvió a un lado y pasó junto a él al galope. Ambos empezaron a disparar.

La pistola de Liam relampagueó en respuesta al asalto. El ranchero que se había detenido cayó en un revoltijo de polvo y cascos. Y Liam, con el brazo izquierdo inerte, colgando y ensangrentado, se lanzó a la persecución del último fugitivo.

Era Deuce Coburn.

De un torbellino de polvo y gritos surgieron Liam y Coburn, este último con cien metros de ventaja. El rostro de Liam, blanco y tenso por el dolor, era sin embargo como una máscara de hierro implacable, de ojos estrechos y fríos.

Por un tiempo, Coburn logró resistir. Pero su montura estaba cansada por el trabajo del día anterior y la carrera nocturna. El caballo de Liam, en cambio, era más fuerte y podía contar con más energía, y de hecho comenzó a reducir la distancia entre ellos. Coburn espoleaba y fustigaba como loco, pero en vano. Con inexorable certeza, Liam lo alcanzó.

El rostro de Coburn, mirando hacia atrás por un momento, se volvió blanco y contorsionado por la rabia. Comenzó a disparar tiros a ciegas en un intento de detener a esa personificación de la venganza que avanzaba constantemente. Liam conservó las balas, sabiendo que las necesitaría más tarde.

Un disparo hizo volar el sombrero del joven Sanderson, pero él apenas lo notó. Y entonces vio algo inesperado, que le provocó una oleada de disgusto. Coburn hizo detener a su caballo gravemente herido, se deslizó al suelo y se quedó allí, con las manos levantadas sobre la cabeza. Se había rendido, había cedido, se había retirado antes de enfrentar un mal final.

Liam se le acercó, manteniendo la pistola apuntada hacia su corazón.

"¡No dispaes!" jadeó Coburn. "¡Por el amor de Dios, no dispaes! Me rindo. Renuncio al golpe. Devolveré todo el ganado si me perdonas la vida. Dame solo la oportunidad de remediar las cosas, es todo lo que pido. ¡Pero por favor, no dispaes!"

Por un momento Liam permaneció en silencio, aunque sus labios apretados se curvaron con desprecio. Oyó que otros se acercaban a él y un grito agudo le dijo que eran sus hombres. José

Salvatore y Jim Staley se detuvieron a su derecha e izquierda.

"Átalo, Jim," ordenó Liam.

Y Coburn no protestó. Se limitó a temblar y lloriquear, el último destello de coraje completamente desvanecido. Cuando Jim hubo terminado, llegó el resto de la brigada, con Sleepy Burch y Bart Bidwell a la cabeza. Y justo después llegó Bob Rennifer, que sostenía a un Shorty consciente pero maltrecho, en la silla.

"Nadie se ha escapado, Liam," gritó Sleepy. "¿Qué te parece?"

"Creo que ha sido una limpieza completa," dijo Liam tranquilamente. "Esta rata es la última y está tratando de implorar piedad. Bob, ¿cuán gravemente está herido Shorty?"

Bob sonreía aliviado. "No mucho. Tiene la cabeza dura, ese camarón. Desvió la bala como si fuera un trozo de hierro. Pero tú tienes un ala maltrecha."

"No es nada," dijo Liam. "Me las arreglaré. Ahora bien, muchachos, ¿qué piensan hacer con ese de ahí?" preguntó, señalando a Coburn con un gesto de la cabeza.

"Es fácil, Liam," dijo Jim Staley con frialdad. "Él planeó este robo, y los demás han pagado. Él también debería pagar. Sugiero una soga."

"¡No!" jadeó Coburn. "¡Eso no... eso no! Lo arreglaré todo... lo arreglaré, os lo juro."

"No puedes," gruñó Liam. "No puedes devolver la vida a Long Andy, y sé que enviaste a Spider Glick y a Joe Colinga contra él, igual que los enviaste contra mi padre y contra mí. No, no puedes arreglar nada, Coburn. El resto de vosotros, muchachos, habéis oído lo que ha sugerido Jim. ¿Cuál es vuestra opinión al respecto?"

El coro de respuestas decretó la condena de Coburn. Por un momento, Liam pensó que el tipo moriría de miedo allí mismo. Pero el odio lo galvanizó, infundiéndole una apariencia de coraje. Maldijo y escupió, con los ojos enrojecidos fijos en Liam.

"¡Maldito Sanderson!" chilló. "Crees que has ganado, ¿no es así? ¡Descubrirás que te equivocas! Conoces a Texas Jack, ¿verdad? Bien, ¿sabes dónde está? Partió con nosotros, pero tenía una obsesión con esa ramera de Lana Carlyle, y regresó con ella. ¿Ves? ¡Al final, de todos modos pierdes!"

La cabeza de Liam se alzó de golpe.

Se volvió hacia los demás: "¿Quién tiene el caballo más rápido y fresco?" preguntó con voz ronca. "¡Rápido! ¡Dádmelo!"

Sleepy se deslizó de su silla. "Este caballo te servirá, Liam. Pero amigo, estás herido. Déjame ir a mí, o a cualquiera de nosotros. Ya verás que..."

"¡Dame ese caballo!" estalló Liam. "¡Estoy bien!"

Antes de que los demás pudieran hablar de nuevo, ya estaba en la silla y galopando en dirección al rancho Bar C 88.

— CAPÍTULO 9 —

CORAZONES HAMBRIENTOS

Texas Jack estaba agazapado entre los árboles en la ladera principal de las montañas Cobalt, a un cuarto de milla por encima de los edificios del rancho Bar C 88. Sus ojos, pequeños, brillantes e inyectados en sangre, miraban hacia abajo con la salvaje e inquebrantable paciencia de una bestia. Se había separado de Coburn y del resto de los bandidos poco antes de la medianoche. Coburn lo había maldecido con fuerza cuando se enteró de sus planes, pero ese idiota había insistido en llevarlos a cabo.

"¡Si dejas esta manada no obtendrás ninguna parte de las ganancias!" lo había amenazado Coburn.

"Quédate con tus ganancias," le había respondido Texas Jack encogiéndose de hombros. "Yo vuelvo atrás."

Coburn, dominado por la avaricia, finalmente había accedido. Había decidido no decirles nada a los demás, pensando en embolsarse él mismo la parte de Texas Jack. Y Texas Jack había dado la vuelta a su caballo en el sendero de regreso.

El cerebro de ese idiota renegado estaba retorcido. En lo más profundo de su alma mezquina, había alimentado un odio feroz hacia Lana Carlyle desde su primer encuentro; la odiaba casi tanto como odiaba a Liam Sanderson. El recuerdo de la forma ignominiosa en que Liam lo había derribado aquel primer día en Thunder City, cuando había molestado a Lana, le ardía por dentro como un hierro al rojo vivo. Había jurado venganza ese día, y cada hora que pasaba había intensificado su sed de revancha.

Sin embargo, siendo un cobarde, Texas Jack no tenía ningún deseo de enfrentarse a Liam Sanderson. Esperaba que Joe Colinga tuviera éxito donde Spider Glick había fallado. Y había decidido que Lana Carlyle tendría que pagar tanto su deuda como la de Liam. No tenía prisa por actuar. Se tomaría su tiempo, haciendo sus movimientos con absoluta seguridad. Por lo tanto, aunque había llegado al Bar C 88 al amanecer, no se dirigió inmediatamente a los edificios.

Había oído hablar de la forma en que Molly Downs había derribado a Joe Colinga y no tenía ningún deseo de enfrentarse a esa corpulenta y furiosa guardiana. Tal vez había vuelto al rancho para visitar a Lana de nuevo, así que ese canalla había juzgado más prudente esconderse en lo alto, entre los árboles, donde podía observar sin ser visto. Se aseguraría de que Lana estuviera absolutamente sola antes de hacer cualquier movimiento.

El sol salió, disipando las nieblas de la noche y calentando las laderas acariciadas por la primavera. Del camino de la casa principal del rancho subía el humo. Y una hora después, apareció la propia Lana. Fue a los corrales, ensilló un caballo y tomó el sendero hacia Thunder City. El primer impulso de Texas Jack fue intentar alcanzarla, pero desistió después de darse cuenta de que ella lo dejaría atrás al galope. Además, llevaba un rifle y sabía que era capaz de usarlo. Así que esperó pacientemente, y su odio alimentó su paciencia.

Sin embargo, después de un rato el hambre le hizo rugir el estómago y, como el rancho parecía completamente desierto, bajó con cautela y se dirigió hacia él. Del almacén tomó una reserva de comida y volvió a su escondite. Después de comer, se tumbó al sol y durmió. Se despertó a media tarde, reanudando su vigilancia sobre el rancho, justo a tiempo para ver a Lana regresar de la ciudad, de nuevo sola.

Sus labios se curvaron en una mueca de satisfacción salvaje. Su presa estaba al alcance de la mano. Le daría tiempo para instalarse, luego haría su movimiento. Lana desmontó y caminó rápidamente hacia la casa. Desapareció y el lugar quedó soñoliento y silencioso.

De la funda atada a la silla de su caballo, Texas Jack sacó el rifle, se abrochó el cinturón y se tumbó, después de quitarse las espuelas de las botas para no hacer ruido. Eligió un ángulo ciego de la casa principal para avanzar y se deslizó a través del espacio intermedio sin ser obstaculizado en lo más mínimo. Aquí su sigilo y su atención se intensificaron.

Silencioso como un gato, se deslizó y echó un vistazo detrás de la siguiente esquina, para ver el porche. Una sonrisa de triunfo torció sus rasgos repulsivos y sucios de tierra. Había una vieja mecedora a la vista, y sobre ella estaba tendida la figura esbelta y fuerte de la chica. Dormía, el rostro, suave y relajado, vuelto ligeramente hacia él. Se había soltado el cabello que se esparcía bajo su cabeza en una cascada de seda negra brillante.

Los ojos de Texas Jack se entrecerraron, su sonrisa se volvió más pronunciada y macabra. Como un depredador, se acercó a ella a hurtadillas. Lana de repente se movió y suspiró levemente, como un niño inquieto. Texas Jack se puso rígido, la mandíbula apretada. Pero Lana se calmó pronto y él pudo moverse de nuevo. A un paso de ella se detuvo, llenándose los ojos de su belleza. Luego, con una maldición murmurada, su mano crispada se lanzó hacia adelante y se aferró al hombro de la chica.

Lana se despertó sobresaltada, mirándolo con los ojos muy abiertos. El color desapareció de su rostro y, por un segundo, en sus ojos se leyó el terror más puro.

"¡Tú!" jadeó.

"Sí," sonrió Texas Jack. "¡Yo! He vuelto para saldar una pequeña deuda."

De repente, el miedo en los ojos de la chica desapareció y en su lugar aparecieron la ira y el desprecio. "¡Quítame de encima tu asquerosa mano!" gritó. "Liam te dijo que te mataría si me molestabas de nuevo, y puedes estar seguro de que lo hará."

Texas Jack se rió con las fauces abiertas y sombrías como las de un lobo. "No estará en condiciones de matar a nadie después de que Joe Colinga haya terminado con él."

"¡Idiota! El otro día, Joe Colinga cometió el error de querer tomar a Eagle Sanderson por la fuerza. ¿Y sabes qué pasó?" replicó ella con desprecio en la voz. "¡Que recibió un disparo de escopeta! ¿Qué es esa cara? Por lo visto, no lo sabías, ¿verdad? ¡Pero si esperas que Joe Colinga le haga algo a Liam, esperarás en vano!"

Texas Jack intuyó que las palabras de Lana eran sinceras. No había oído hablar de ese incidente en particular y estaba visiblemente sorprendido, pero se recompuso pronto. "Eso no te ayudará de todos modos. Tú vendrás conmigo. Puedes elegir venir por las buenas... ¡o ser atada!"

El cerebro de Lana trabajaba a toda velocidad. Su furia inicial dio paso a una astucia desesperada. Su actitud cambió de repente, pareciendo marchitarse, impotente ante el miedo.

"No... por favor... no me ates," balbuceó. "Te seguiré sin rebelarme..."

Y Texas Jack se vio invadido por una mezquina satisfacción al ver a la chica aparentemente doblegada a su voluntad. Se regocijó con aquel espectáculo: parecía que Lana estaba a punto de romper en llanto. Tenía las manos sobre el rostro, los hombros agitándose convulsivamente. Pero si aquel miserable hubiera mirado con suficiente atención, habría visto, a través de los dedos ligeramente separados, unos ojos color violeta tormentoso que lo escrutaban con atención.

Se enderezó, aflojando el agarre. Era fácil, demasiado fácil. Siempre había pensado que esa chica tenía coraje, que era una luchadora, y había saboreado la idea de domarla. Pero ahí estaba, en una típica actitud de rendición femenina, temblando con solo una mirada suya.

"Bien, ¡ahora levántate!" gruñó. "No te ataré, pero si intentas alguna treta, ¡te haré

arrepentirte!"

Desafortunadamente para él, eso era exactamente lo que Lana tenía intención de hacer. Con una rapidez que Texas Jack no esperaba, la chica se puso de pie y su pequeño puño, apretado con firmeza, se abatió con un golpe respetablemente fuerte sobre la cara de su perseguidor, aturdiéndolo y haciéndole perder el equilibrio. Y, antes de que Texas pudiera recuperarse, ella ya había saltado del porche y corría como un ciervo hacia los corrales.

Maldiciendo y enfurecido, Texas Jack la persiguió. Pero ella lo superó en la primera valla, se escabulló justo fuera de su alcance y llegó a la siguiente antes de que pudiera atraparla. Cuando Texas logró superar también esta, ella ya estaba entre los cobertizos y el granero. Comenzó entonces un desesperado juego del escondite. El miedo hizo brotar alas en los talones de Lana, mientras se escurría de un lado a otro, logrando mantener su ventaja. Sabía que no podría continuar así para siempre. Tarde o temprano, por tenaz que fuera, aquel bruto la acorralaría. Sin embargo, estaba decidida a luchar con todas sus fuerzas por su libertad mientras le quedara un ápice de energía. Se preguntó si aquellos traidores de sus trabajadores habrían dejado alguna arma en la cabaña. Comenzó a merodear para intentar buscar alguna. Pero Texas Jack, intuyendo sus intenciones, la acorraló y la disuadió.

Al oírlo maldecir de aquella manera rabiosa, Lana pensó en un depredador excitado por la caza. Y esto contribuyó a menguar aún más sus fuerzas y sus esperanzas.

"Liam," murmuró con voz quebrada. "¡Liam!"

Agarró un trozo corto de madera y, con la espalda contra la pared de un cobertizo, se preparó para una última y desesperada resistencia. Solo había una posibilidad de que pudiera asestar un golpe afortunado. Con el palo en alto, enfrentó a su ruin adversario, el corazón latiéndole con fuerza, la respiración agitada.

Y entonces apareció Texas.

Furioso y sediento de venganza, el hombre se abalanzó sobre ella; Lana giró el palo con todas sus fuerzas, y Texas Jack recibió el impacto en un brazo que había alzado para protegerse. Pero un instante después la había atrapado, las manos de ella arañándole la piel como garras. En la confusión del momento, ninguno de los dos oyó el frenético golpeteo de los cascos de un caballo, que se detuvo bruscamente no muy lejos de donde estaban. Lana luchó con todas sus energías, pero sabía que perdería. El grito que salió de su garganta pareció surgir desde su alma, desesperado y desgarrador.

"¡Liam! ¡Liam!"

"¡Aquí estoy, Lana!"

Cuando esa respuesta llegó a sus oídos, Lana pensó que era presa de un sueño o del delirio. Pero la forma en que Texas Jack fue arrancado de ella y arrojado al suelo le hizo comprender que se trataba de algo absolutamente real. Y tampoco era producto de un sueño la figura delgada, polvorienta y manchada de sangre que ahora se inclinaba sobre su torturador tendido en el suelo, mientras lo enfrentaba en un combate mortal.

Lana intentó decir algo, pero los brazos le cayeron a los costados debido a la debilidad, y las palabras no salieron.

¿Por qué Liam no la estaba mirando?

¿Por qué no estaba allí, a su lado?

Veía su hermoso rostro, pálido y contorsionado por el dolor bajo el bronceado color caoba: ahora estaba rígido, las facciones severas y frías, como si fuera la máscara de la muerte. En sus ojos amables se vislumbraba ahora un gélido abismo en el que se perdía el pobre Texas Jack, que se estaba levantando trabajosamente, con una expresión que era una mezcla de miedo, odio y

frustración.

Liam estaba hablando, y su voz tenía un tono cavernoso y sombrío: "Se acabó, gusano asqueroso. ¡Tira las armas! Te mataré de todos modos, pero tíralas si quieres sufrir menos."

Sin embargo, Texas Jack se negaba a tirar sus pistolas para un enfrentamiento justo. Su reprochable forma de actuar siempre lo había empujado a buscar una ventaja, para cambiar la situación a su favor.

Pero ahora la muerte lo miraba a los ojos, inexorable y certera. Se lamió los labios, fijándose en el rostro de Liam, rígido, gris y demacrado. Y entonces notó su brazo izquierdo flácido y colgante, y la manga manchada de sangre. Quizás había encontrado una ventaja después de todo. Bastaba con explotar el punto débil de su adversario: probablemente debido a esa herida, los movimientos de Liam se ralentizarían justo en ese instante que marcaría para él la diferencia entre la vida y la muerte. Por primera y única vez en su vida, Texas decidió jugársela.

Y estaba a punto de ganar: el agarre de Liam sobre él se estaba aflojando, cada vez más a medida que las fuerzas abandonaban el cuerpo del joven, al igual que lo hacía la sangre que fluía copiosamente de la herida que se había abierto durante la pelea.

Un poco más... Solo unos instantes... Y luego llegaría el momento de reaccionar. Texas saboreó el momento en que su intuición le haría probar el fruto de la venganza; un fruto que — una vez eliminado Liam y recuperada Lana a su lado — para aquel cobarde sería el doble de dulce.

Pero ocurrió algo que Texas no podía prever. Sus manos sufrieron un espasmo y comenzaron a aflojar su agarre sobre Liam. Y luego un trueno sordo en sus oídos y una fuerza cálida y violenta que le atravesaba el cuerpo, haciéndole tambalearse hacia atrás. Mientras una flor roja se extendía por su pecho y la chispa de la vida se desvanecía, se vio obligado primero a caer de rodillas y luego con la cara en el polvo. Como un saco vacío, inútil y desechado, Texas Jack se deslizó al suelo, dejando caer ambas pistolas que no habían logrado disparar un solo tiro.

Durante un largo minuto, Liam Sanderson miró con incredulidad la figura sin vida frente a él. Luego se enderezó lentamente, tratando de vencer el infinito cansancio. Se giró para enfrentar a la chica que se le acercaba, con el rostro pálido, los ojos brillantes de una alegría inexpressable. Y con el rifle con el que había disparado para salvarle la vida.

"Lana..." murmuró él. "Lana... tú..."

Trastabilló y se desplomó, su rostro cayendo inmóvil y silencioso contra el pecho de Lana mientras ella lo recibía entre sus brazos y lo retenía allí, protegiéndolo con cariño.

— EPILOGO —

"¡Maldita sea!" gruñó Eagle Sanderson, mirando con furia a Sleepy Burch. "¡Me has dicho que está herido, pero no me has dicho qué tan grave es su herida!"

Sleepy esbozó una sonrisa. "¡Vamos, jefe! Deberías sentirte avergonzado de ti mismo. ¿De verdad crees que Liam es del tipo que se desmaya por un solo disparo? ¡Es tu hijo! Diablos, ¡ese tipo no podría ser matado ni con dinamita!"

"Está bien," gruñó el viejo. "Ahora que has terminado de atormentarme, cuéntame qué sucedió. Pero primero, prepárame un cigarrillo."

Sleepy enrolló el cigarrillo, lo puso entre los labios de Eagle, encendió un fósforo y obedientemente relató su historia.

"Cuando el resto de nosotros llegó al Bar C 88," concluyó, "encontramos a Texas Jack muerto, con una bala entre los omóplatos. Un disparo hecho con el rifle de Liam... ¡pero por la propia señorita Carlyle! ¡Vaya fenómeno esa chica!"

Y luego estaba Liam, tendido no muy lejos de donde estaba ese canalla, con la señorita Carlyle sosteniendo su cabeza en sus brazos, llorando por él y... y besándolo. Lo estaba besando... um... en los labios. Lo besaba y lloraba. Pero luego Liam recuperó el conocimiento y... bueno, en ese punto, parecía disfrutarlo mucho, ¡diablos!

De todos modos, José y yo finalmente lo llevamos a la casa, lo arropamos en las mantas, y José fue a buscar al doctor Jasper.

Me quedé con él hasta que llegó el médico y atendió su herida. Luego volví a casa para informarte. Y eso es todo, creo; excepto, quizás, que seguramente habrá una boda por aquí en algún momento."

Eagle Sanderson rió felizmente anticipando ese evento.

"Sleepy," dijo, "no he bebido en un mes. Vamos a celebrarlo."

La vida en el Bar C 88 volvió a la normalidad, aunque nunca sería la misma. Liam había sido gravemente herido, pero su tenacidad y fuerza de voluntad lo ayudaron a superar la convalecencia. Lana permaneció a su lado todo el tiempo, y su devoción y amor ya no podían negarse, ni a él ni a ella misma.

Su relación floreció en un amor profundo y apasionado. Las cicatrices de la batalla, tanto físicas como psicológicas, los unieron de una manera que solo aquellos que han pasado por experiencias similares pueden comprender.

Un día, bajo el cielo despejado de la primavera, Liam y Lana intercambiaron votos matrimoniales en una ceremonia sencilla pero sentida. Rodeados de amigos y familiares, se prometieron amor eterno, sellando su destino con el beso más dulce que ambos habían experimentado.

La vida en el rancho no siempre fue fácil, pero para ellos estuvo llena de aventuras, amistades leales y un amor que ardía con la misma intensidad que el sol del desierto.

Acerca de la autora

Devoradora insaciable de historias, espíritu errante en las bibliotecas, jueza implacable de las muchas series de televisión a las que dedica lo que queda de sus días, siempre ocupados de una forma u otra con las palabras, Sienna nació y creció en Houston. Después de obtener una maestría en literatura, su amor por los libros y la escritura explotó hasta el punto de convencerla de contribuir de la manera más directa y espontánea posible.

Sus historias hablan de pasión y deseo, de la frágil complejidad de la naturaleza humana (especialmente femenina).

Pero a todo esto añade suspense y una tensión constante, algo que inevitablemente empuja al lector a pasar página tras página hasta llegar a un desenlace siempre sorprendente.

Cuando no está inmersa en la creación de su próxima novela —o distraída por los mimos de su gato Orwell—, se deja llevar por el buen comer, que según ella puede ser tan apasionado como un beso bajo la luz de la luna en una noche de verano.

Gracias por leer esta historia.

Recuerda siempre dejar una reseña para animar y mejorar la producción de los autores.